

ORLANDO MILLAS

**EL
ANTIMILITARISTA
DIEGO**

PORTALES

PROLOGO A LA PRESENTE EDICION

CHILE ESTÁ DE ACTUALIDAD porque en él impera una tiranía fascista que intenta revivir la ideología, los métodos y el estilo del hitlerismo y en actitud tartárinésca presenta su política en carácter de modelo a aplicar en todo el mundo. No faltan, en distintas latitudes, quiénes, carentes de información, se encogen de hombros y dicen: «En mi país no pudiese suceder esto. Seguramente Chile no estaba maduro para el ejercicio de la democracia». Sin embargo, el golpe de Estado y el establecimiento de la tiranía terrorista neonazi derribaron en Chile, precisamente, a un gobierno auténticamente democrático, popular, que encaraba con iniciativas dinámicas y creadoras los acuciantes problemas que, en una u otra medida y de una u otra forma, se presentan en las sociedades contemporáneas.

Y hay más. Los asaltantes del poder no sólo asesinaron al Presidente Salvador Allende. Además clausuraron el Congreso, a pesar de que en él tenía mayoría la oposición. Y se trata de uno de los Parlamentos más antiguos del mundo, ya que contaba con más de siglo y medio de funcionamiento ininterrumpido. Han prohibido la actividad de TODOS los partidos políticos, en un país como Chile, en que siempre desde su Independencia hubo la tradición de un régimen de partidos. Incineraron los registros electorales, donde el voto era universal y amparado por un sistema que hacía imposibles los fraudes. Proscribieron la Central Unica de Trabajadores, siendo que en ella se cobijaban en el

ejercicio de una auténtica democracia sindical, los obreros y empleados de todas las tendencias. Lo cierto es que el fascismo ha sobrevenido en un país que, indiscutiblemente, alcanzó cierto grado de democracia porque su pueblo batalló por ello a través de muchas generaciones. De allí que el general Pinochet despotriqué contra «más de cien años de este país», que quisiera borrar de su Historia a metrallazos.

Estas circunstancias hacen que el presente libro pueda ser de interés para un círculo más vasto de lectores. No se trata sólo del hecho, anecdótico, a que me refiero en «**Una Explicación Previa**», de que haya sido quemado en la hoguera encendida por los fascistas de la Junta Militar en la principal editorial chilena. Además, es una obra que ayuda a entender aquella tradición democrática chilena quebrantada, al abordar una época lejana pero decisiva de la historia de mi país.

Fundamentalmente, se trata de un libro escrito para los chilenos. En él, los lectores europeos van a encontrar personajes con los que están poco familiarizados y, en algunos casos, alusiones a individuos y acontecimientos que desconocen, así como citas de autores ignorados o, al menos, que son acá escasamente frecuentados. Otra dificultad para el lector europeo consiste en que el texto presume que no necesitarían explicación previa las referencias a acontecimientos de la vida de Chile del tipo, por ejemplo, de la existencia de una dominación colonial española desde la Conquista, en el siglo XVI^o, hasta comienzos del siglo XIX^o; el breve período de la Reconquista española, que separa la etapa inicial, de la Patria Vieja, de lo que en su tiempo se denominó la Patria Nueva; el mantenimiento durante toda la Conquista, la Colonia y los albores de la República de la guerra de Arauco, especialmente desde el río Bío-Bío, junto a Concepción, hacia el Sur, en la zona, hoy central

del país, que entonces se denominó por ello de La Frontera, etcétera, etcétera.

He debido escoger entre la entrega del libro tal como fue escrito o la incorporación a él de detalladas explicaciones de cada autor, de cada personaje, de cada cita y de cada referencia. Opté por lo primero. Creo que lo segundo hubiera hecho fatigosa su lectura. Tengo la esperanza de que, por sobre los detalles, surja en él, con claridad para cualquier lector, una imagen de un período de la formación de Chile, que estoy seguro contribuirá en algo a que se nos entienda a los chilenos y se comparta así con nosotros la certeza de que merecemos la solidaridad que se nos brinda generosamente y que sabremos librarnos de la pesadilla trágica del fascismo.

Aquí encontrará el lector europeo a Chile en su propia salsa, sin aditamentos, tal como puede vérselo en un escrito polémico que estaba destinado al consumo interno. Aunque, eso sí, se limita este libro a sólo un período ya relativamente lejano. Mucho mejor aún se comprenderá a Chile sabiendo de su clase obrera, de sus luchas populares de este siglo, de su combate ciudadano reciente. No era ese el tema de este pequeño libro sin pretensiones. Con todo, puede ayudar un poco a entender también ese otro gran tema: el del Chile de hoy, cuya gran tarea, primordial y suprema, es liberarse del fascismo.

Además, hay un aspecto de la trayectoria de Diego Portales que cobra hoy singular trascendencia. A la luz de los trágicos acontecimientos recientes y actuales de Chile, es interesante detenerse a examinar la solución dada por Portales al problema de la correlación de las fuerzas para la defensa del proceso político alcanzado.

El llamado antimilitarismo de Diego Portales consistió en asignar toda la importancia a la integración de fuerzas armadas depuradas de resabios caudillistas feudales y de

otras reminiscencias coloniales, junto a fuerzas cíviles organizadas como milicias cívicas en la tarea de salvaguardar el desarrollo republicano. La burguesía, clase entonces ascendente, percibió con Portales que no podía darse el lujo de colocar a las fuerzas armadas en un papel de árbitro, que con ello incluso las dañaba y que favorecía así una desintegración nacional. Para que hubiese república y Chile progresara, así como también para que las fuerzas armadas cumplieran su papel con eficiencia, se requería que no fuesen un cuerpo extraño, sino un instrumento importante de dicha república.

Los nuevos problemas de nuestra época asumen otros caracteres; pero, precisamente, vuelven a colocar en un plano importante la cuestión de que la correlación objetiva de las fuerzas sociales sea traducida —a través de la lucha económica, ideológica y política— en una correlación de fuerzas políticas favorable al progreso y en una correspondiente correlación de fuerzas militares. Lo fundamental es la estructura social objetiva y, en base a ello, el trabajo de masas, la creación de la correlación política adecuada; pero, ésta requiere estar en condiciones de asegurar la defensa de las conquistas que alcance el pueblo.

En el caso de Chile, las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas siguen colocadas a la orden del día. El fascismo, al destruir los cambios operados desde 1964 a 1973 y especialmente lo que realizó el gobierno del Presidente Allende, desató el caos, agudizando al máximo todas las tensiones sociales. La experiencia demuestra que tales transformaciones exigen un elevado nivel de unidad de la clase obrera, la ampliación y el desarrollo de la política de alianzas, la organización de las masas en un nivel superior que permita proteger efectivamente cada avance y decidir la cuestión del poder, a través de la democratización del aparato estatal, que incluye ineludiblemente la democratización de las FF.AA.

En los primeros decenios republicanos, las Fuerzas Armadas estaban corroídas por el reflejo en su seno de las frondas aristocráticas y Portales debió afrontar la tarea de obtener cambios fundamentales en las relaciones de poder. Ahora han chocado y seguirán chocando en las Fuerzas Armadas de Chile las tradiciones democráticas profesionales y las concepciones proimperialistas. Estas últimas se afincan en la dependencia militar de Estados Unidos, que tiende a convertirlas en policía del pueblo y, en la forma extrema de la actual tiranía fascista, en una especie de fuerza de ocupación, incluso no dejando en el planteamiento de insertarlas en una Fuerza Militar Interamericana. El criterio imperialista, derrotado en Vietnam, de «vietnamizar la guerra», se ha aplicado en la monstruosa doctrina reconocida en el proceso «contra Alberto Bachelet y otros», en que el mando fascista de la Fuerza Aérea sostuvo que haber servido a un gobierno patriótico era haber actuado como «traidores», haber «servido al enemigo», o sea que se atribuye a las Fuerzas Armadas un papel contra su país y se ve al pueblo como «enemigo». Pero, el propio putsch fascista, con sus horrendas consecuencias, activa el proceso permanente de redefinición de esas Fuerzas Armadas, inserto en la crisis del poder estatal.

El Partido Comunista de Chile ha planteado la tarea, para todas las fuerzas patrióticas, de unirse a fin de derrotar a la tiranía y crear un aparato estatal democrático antifascista. En cuanto a las Fuerzas Armadas, se ha dirigido a sus integrantes, en la histórica carta de Septiembre de 1974, que les dice: «El destino de Chile como nación, su seguridad nacional exige que se vuelva al camino que los Libertadores señalaron a las Fuerzas Armadas». La vida indica que ello ha de estar acompañado de cambios en su carácter, erradicando de su seno lo que permitió el desarrollo del fascismo e incluyéndolas en el proceso demo-

crático. Por eso mismo, el Partido Comunista de Chile ha propuesto que en el frente patriótico antifascista participen tanto las fuerzas civiles como los uniformados.

Un sarcasmo es que los fascistas invoquen el nombre de Portales, el enemigo mortal de los cuartelazos; pero, justamente su evocación puede ser útil para indicar a los sectores avanzados de ahora que se debe proceder con un rigor no inferior al suyo, abriendo paso al progreso con realismo y flexibilidad no exentos de firmeza.

UNA EXPLICACION PREVIA

ESTE LIBRO SE REFIERE a temas históricos. Su argumento es la época de la formación de la República en Chile. Pero, además, tiene su propia historia, a raíz de que ese asunto se vincula entrañablemente con los hechos de hoy.

Comencé a acariciar la idea de escribirlo escuchando a Ricardo Latcham, en las tertulias nocturnas de la Fuente Iris de la Alameda de Santiago, cuando algunos jóvenes de entonces veníamos de combatir en las calles a las tropas nazistas de asalto y varios de los dirigentes del naciente Frente Popular de estos días, entre ellos Latcham, llegaban a tomar café después de escribir sus artículos en el diario **La Opinión**. Vivíamos pendientes de las noticias referentes a la guerra civil española y la polémica contra los fascistas se desarrollaba con acritud en todos los frentes. Ante la audaz invocación de un hitleriano, redactor de **El Mercurio**, al pensamiento de Diego Portales, contestó Ricardo Latcham, primero en una charla alrededor de la mesa de la Fuente Iris, en la madrugada, y luego en una conferencia pronunciada en el antiguo local socialista de Natañiel 117, reivindicando la trayectoria de aquella figura del siglo pasado como un hito en el camino de un Chile democrático y progresista.

Su primera redacción la alcanzó este libro con el título **Dos Portales** y obtuvo, en su versión inédita, un premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Con sus materiales entregué un artículo al Instituto de América Latina de la

Academia de Ciencias de la Unión Soviética, que lo publicó en un tomo de biografías de figuras señeras de las repúblicas sudamericanas, y pronuncié una conferencia bajo los auspicios del Instituto de Cultura Chile-República Democrática Alemana.

Finalmente, con su actual redacción pero con el título de **Portales en su Epoca**, lo entregué a la Editorial Quimantú. Me alentó a prepararlo, ganándome para su entusiasta preocupación por los problemas históricos, mi antiguo profesor Guillermo Feliú Cruz, cuyas indicaciones me fueron valiosísimas.

Portales en su Epoca, se estaba terminando de imprimir el 11 de Septiembre, cuando una camarilla corrompida de jefes fascistas usurpó el mando de las Fuerzas Armadas de Chile y se declaró en guerra contra nuestro pueblo. Esa camarilla se caracteriza por una indigencia intelectual abismante; pero, asumió bufonescamente toda tipo de funciones, distribuyéndose las rectorías de las Universidades, la dirección de las actividades económicas, musicales, médicas, artísticas, industriales, aeronáuticas, filosóficas, ingenieriles, odontológicas, mineras, jurídicas, diplomáticas, agronómicas. En todas partes en Chile hay ahora un «delegado» militar para ostentár con su sola presencia el desprecio fascista por la cultura y la subestimación del conocimiento. En la Editorial Quimantú también se constituyó un general, el «general literato», que comenzó haciendo quemar centenares de miles de ejemplares de todo tipo de obras, entre las cuales tuvo el honor de contarse **Portales en su Epoca**.

Estoy convencido que, en la única copia salvada de las llamas, cobra mayor actualidad que nunca.

En efecto, con el descaro propio de los ignorantes, cuando los miembros de la Junta Militar se instalaron en el Edificio Gabriela Mistral, se apresuraron a borrarle el nombre, para ellos quemante, de la insigne escritora y lo

reemplazaron precisamente por el de Diego Portales. Esto fue, de su parte, como mentar la soga en la casa del candidato a ahorcado. Ellos habían bombardeado y destruido La Moneda, exponente de la tradición republicana chilena, donde, antes de instalarse allí la casa del Gobierno, trascurió la infancia de Diego Portales, que fuera regida por su padre y en que él mismo trabajó. Ellos hicieron abatir a metralla y fuego la bandera tricolor con la estrella solitaria que flameaba en la Moneda, bandera idolatrada por Diego Portales. Ellos convirtieron en añicos, como blanco de sus bombarderos, el texto original, escrito y firmado por O'Higgins, de la Declaración de la Independencia de Chile, que Diego Portales honró por sobre todas las cosas. Ellos ostentaron una cobardía pintoresca y repugnante al no atreverse a hablar con Salvador Allende y hacerlo asesinar con un despliegue inmenso de fuerzas de aire y tierra con abrumador poder de fuego, mientras Pinochet se mantenía oculto a varios kilómetros de distancia en un refugio cordillerano de Peñalolén, Merino se escondía en Valparaíso detrás de la Infantería de Marina, Leigh encontraba amparo en una oficina todavía poco conocida y semirural y Mendoza se protegía en una Comisaría policial, insospechable en razón de estar destinada a funciones administrativas, los cuatro en abierto contraste con la tradición de virilidad peculiar de O'Higgins y que fuera exigida por Diego Portales como requisito elemental para vestir uniforme de las Fuerzas Armadas. Ellos han brindado el espectáculo de decretar al blanqueo de los dólares con que la I.T.T., la Anaconda, la Kenecott y otras empresas imperialistas multinacionales los sobornaron, al financiar la compra de oficiales fascistas traidores a su patria y de civiles sediciosos, pisoteando así la lección de honestidad y espíritu público que dejara Diego Portales. Ellos han ultrajado, sumiendo al país en los horrores de las torturas más horribles, aquellos

conceptos del honor militar, de la renuncia al empleo de la fuerza contra los civiles, del amor a la patria y del respeto al pueblo que Diego Portales exaltó apasionadamente.

Me parece, por eso, que uno de los rasgos de Diego Portales, expuestos en este libro, el de su antimilitarismo, pasa objetivamente a primer plano.

De allí el nuevo nombre, que lo subrayaba.

El antimilitarismo de Diego Portales no pretendió jamás dividir a los chilenos entre civiles y militares, ni colocar en el bando adversario a todos los hombres de armas. El mismo fue Ministro, sucesivamente, del agricultor Ovalle y del general Prieto y su obra fue continuada bajo las presidencia del general Bulnes y del jurista y maestro Montt. Lo que combatía Diego Portales era el cuartelazo y la guerra de las fuerzas armadas contra el pueblo. Lo que exigió fue el acatamiento a la autoridad democrática. En nuestros días, en diversas fuerzas armadas latinoamericanas se desarrollan sentimientos e ideas antiimperialistas y antioligárquicas. En Chile, son muchos los jefes, oficiales, suboficiales y hombres de tropa asesinados, detenidos o al menos llamados a retiro por la camarilla corrompida de los que gobiernan bajo la batuta de los Edwards, los «Piraña», los Sumar, los Yarur, la I.T.T., la Anaconda y la Kennecott. Necesitaron asesinar al Comandante Arturo Araya y a los generales Carlos Prats y Alberto Bachelet. Pero, serán más los que irán convenciéndose de que Chile debe volver a ser Chile y ser llevado adelante por su pueblo, y actuarán en consecuencia.

Ahora con el título de **El Antimilitarista Diego Portales**, las páginas salvadas de la hoguera fascista encendida en la Editorial Quimantú, quedan a su disposición, amigo lector. Resistí la tentación de reelaborarlas. Hoy las hubiera escrito acentuando determinados capítulos. Sin embargo, no se justificaría retardar aún más su publicación.

EN LA SESIÓN en que la Cámara de Diputados rindió homenaje a Francisco Antonio Encina con motivo de su fallecimiento, una joven maestra, Gladys Marín, salió de los marcos protocolares de los discursos que se acostumbra decir en tales ocasiones, prefiriendo intentar un juicio crítico polémico de la obra del escritor desaparecido.

«Las resonancias de su obra —expresó— suelen ser diferentes a las que él esperaba. Por ejemplo, exaltó a Portales como a un genio que se imaginaba representativo de ciertas fuerzas conservadoras de la sociedad chilena pero lo que consiguió fue, sobre todo, actualizar las páginas magníficas de Benjamín Vicuña Mackenna y lanzar a circular en nuestra vida de hoy la imagen de un Portales que quiso marchar con los tiempos»¹.

Son de siglos diferentes estos dos Portales, el de Benjamín Vicuña Mackenna y el de Francisco Antonio Encina. El **Don Diego Portales** del primero apareció en 1863 y sólo en 1934 el **Portales. Introducción a la Historia de la Epoca de Diego Portales, 1830—1891**, del segundo. Fueron escritos por liberales; pero, uno por el liberal Benjamín Vicuña

¹ «Boletín Oficial. República de Chile, Cámara de Diputados. Legislatura Ordinaria de 1965». Sesión 42 Ordinaria del Miércoles 25 de Agosto de 1965.

Mackenna que amaba el progreso y tenía confianza en el pueblo y el otro por el liberal Francisco Antonio Encina que repudiaba a las fuerzas sociales en ascenso y en su obra invocó a Spengler. Vicuña Mackenna llamándose revolucionario y Encina abominando de las revoluciones parecieran exponentes de dos épocas y, en ellas, el primero de un impulso renovador y el segundo de los sectores en decadencia. ¿Cuál supo descubrir una imagen más auténtica del ministro que coincidieron en calificar con los atributos del genio?

El tema se excede a sí mismo, proyectándose sobre el conjunto de la significación de ambos pensamientos, formalmente liberales pero intrínsecamente contradictorios. Para eludir los riesgos de juzgar a estos dos Portales, el de Vicuña Mackenna y el de Encina, a la luz de meras consideraciones subjetivas, quizás sea más acertado contrastarlos con el Portales real que, en sus grandes rasgos, surge de la investigación histórica de Vicuña Mackenna, Lastarria, Barros Arana y Sotomayor Valdés y de la fantasía de sus panegiristas como Encina, en la perspectiva contemporánea de un Chile que ya puede hoy formarse conciencia madura del real contenido de los conflictos suscitados en los primeros decenios de la república.

LA ESTATUA

VARIAS GENERACIONES de chilenos nos hemos acostumbrado a conocer a Portales como un monumento. Su figura es, antes que todo, para nosotros la de su estatua. En la pobre pero abigarrada retórica de discursos oficiales y algunos de brindis partidistas, así como en los textos escolares, se ha hecho de él un arquetipo.

Esta es una ironía de la Historia. En vida, nadie menos estatuario que don Diego. ¡Cuánto trabajo el de Encina para aderezar, magnificando sus grandezas y también sus debilidades, un Portales que se impone como semidios sobre «el genio racial» chileno! En contraste, resurge con una gran superioridad humana ese Portales menos rebuscado de Vicuña Mackenna:

¿«Cuál vida, cuál índole, cuáles hábitos libertinos, más propios del pipiolo típico, del «pelajeano abarrajado» (pues ésta es la expresión de la época), que la vida, la índole, los hábitos libertinos de don Diego Portales?. ¿Quién sino él llevó a la pesada y circunspecta revolución pelucona de 1829 el elemento popular, en la prensa, por **El Hambriento**; en los tumultos, por las falanges de los «populares», que acaudillaban, bajo su mano, Pradel y Padillas; en las logias de las conspiraciones, en fin, por los brazos fuertes de los

capitanejos del pueblo, a quienes confiaba sus arriesgadas empresas? Cuéntase de él que reconvenido por un sincero amigo a causa de sus pactos con la chusma, exclamó con desenfado: ¿«Eh! Quiere usted que yo tome el **Aquiles** con don Pancho Tagle o don Juan Alcalde»? Quién, además, no ha oído las anécdotas de «don Diego Portales», guardadas todavía por el pueblo, sus nocturnos disfraces, sus conversaciones de cuartel con los soldados, su indulgente curiosidad al pasar por las «chinganas», su decidida afición a los caballos y a su indígena y democrática montura, su entusiasmo por el arpa y la vihuela, sus pasatiempos de la «Filarmonica» y, por último, su culto por la zamacueca, a la que, según él mismo dijo, pospuso la presidencia de Chile? ¿Y era éste, ni podía ser tal hombre, el caudillo de los pelucos, de aquel partido pretencioso de la aristocracia de los blasones y de las talegas, cuando él hacía mofa de pergaminos y no tenía a veces dinero suelto para comprar cigarros? ¿Del partido fastuoso y regalón de las tertulias de malilla y rocabor en salones de oro, cuando vivía en cuartos de alquiler y sus favoritos cortesanos eran Adalid Zamora, don Isidro Ayestas y Diego Bórquez? ¿Del partido, en fin, timorato y compunjado de las sacristías y de las sotanas, cuando era reconocido por un «hereje» (lenguaje de Santiago), y el clérigo Meneses temblaba al escuchar sus blasfemias, que es fama no excusó aún en presencia de su primo, el pulcro y modesto Obispo Vicuña»².

¿Qué hay en Portales para que su figura, decantada de sus «locuras» inseparables de toda su acción, haya llegado a ser la más estatuaria de Chile? Me parece más lógico desentrañarlo de su vida sin los adornos que le colocó Encina para amoldarlo a «algunos pensamientos de Leibniz, de Goethe, de Nietzsche, de Ward, de Comte y de otros

² «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Páginas 588 y 589.

pensadores que, a mi juicio (el de Encina), facilitaban la comprensión»³. En cuanto a la indignación que despertaron en otro prohombre liberal del siglo pasado, don José Victorino Lastarria, las páginas de Vicuña Mackenna, ya la vida le dió la razón a éste, que supo elevarse sobre las pasiones de su época.

Pareciera que el denominado Barrio Cívico, en el centro de Santiago, fuese un monumento a Diego Portales rodeado de un amplio y majestuoso marco urbanístico. Frente a la entrada principal de la Moneda, el vetusto palacio de gobierno, en la extensa Plaza de la Constitución, a unos cien metros se levanta la estatua de Portales como guardando simetría con los altos edificios circundantes a fin de que la residencia de los Presidentes de la República no aparezca disminuída sino realzada. La Moneda fue el sitio fundamental en la niñez, la adolescencia y la juventud de Diego Portales, donde rigió su padre, se concentró su familia y también desempeñó él su primera actividad como funcionario. La Moneda, a la vez, posteriormente se ha transformado en más de un siglo en el centro del gobierno, representando el mando ejercido por los Presidentes de la República elegidos democráticamente y acatados por la fuerza pública obediente, de acuerdo con los principios portalianos. Una escalinata, que eleva la Plaza de la Constitución en la zona de la estatua, deja a Portales, con su pedestal, en la misma línea del segundo piso de La Moneda, donde trabajan los actuales jefes del Estado.*

En la literatura histórica, tan abundante en Chile, uno

³ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964, segunda edición. Tomo 1°. Página 12.

* Como se ha explicado, este libro se publica en su texto anterior al putsch fascista del 11 de Septiembre de 1973, sin modificación alguna. Es sabido que, ahora, la Junta fascista y Pinochet no actúan en La Moneda, sino en el Edificio Gabriela Mistral, al que ellos denominan Edificio Portales, construído en la presidencia Allende.

de los personajes sobre los cuales se ha desarrollado la polémica en sus términos más ardorosos ha sido, precisamente, este Diego Portales, que sólo en dos ocasiones, la primera diecisiete meses y la segunda poco más, desempeñó cargos ministeriales y que, sin haber ocupado la Presidencia, hay consenso, surgido de los juicios condenatorios de sus detractores y de los panegíricos de sus partidarios, para considerarlo la figura más importante de la época de la consolidación de la república independiente. Su rostro preside el despacho de los ministros del Interior y los de Tocornal y Rengifo, como representándolo, enmarcan la oficina de los ministros de Hacienda.

Respecto de los años de la proclamación de la Independencia y de la guerra por ella, todavía aparecen sistemáticamente libros que exaltan a los Carrera o a Manuel Rodríguez atacando a Bernardo O'Higgins y otros que ensalzan a éste intentando rebajar a los primeros. Las heridas de las controversias de la época en que se conquistó la Independencia aún no cicatrizan. Lo singular en cuanto al período siguiente, en que se estableció sólidamente el Estado nacional, reside en que, habiendo sobre él discrepancias profundas y una discusión apasionada que se proyecta con mayor fuerza sobre los problemas actuales, sin embargo el protagonista es, en este caso, uno solo. Alrededor de Portales se concentran en vasta gama las expresiones laudatorias o que lo infaman, quedando sus adversarios en un borroso segundo plano. El tiempo, al ponderar su figura, indentifica su pensamiento con los intereses y con la continuidad histórica de las fuerzas entonces en ascenso y que imprimieron su sello en los acontecimientos chilenos de todo el siglo XIX.

Puede hablarse de Estado nacional en Chile más bien desde Portales hacia adelante. Por otra parte, sus ideas se encuentran en las raíces de la mayor parte de la legislación

chilena en actual vigencia. Suele llegar a ocurrir que los tratadistas deban hacer, incluso, referencias concretas a decretos del efímero paso de Portales por los ministerios, porque siguen siendo las disposiciones que rigen sobre determinadas materias. Es así, por ejemplo, que el tratado de Enrique Silva sobre **Derecho Administrativo Chileno y Comparado**, en su estudio especial de las fuentes positivas del Derecho Administrativo, señala el Decreto N° 32 de 16 de Septiembre de 1830, suscrito por Portales, como la norma actual respecto de la publicación de los decretos⁴.

La constitución vigente, promulgada en 1925 y con frecuentes modificaciones posteriores, se inspira en muchos aspectos substanciales en la Constitución de 1833 promovida por Diego Portales, de la cual llega a mantener la estructura general y la redacción de la mayoría de sus artículos, a veces con meras diferencias superficiales. Además, el Código Civil chileno sigue siendo aquel encargado a Andrés Bello por Diego Portales, cuya confección demoró de 1831 a 1855 y que se promulgó considerándolo la encarnación en el texto legal del denominado «sistema portaliano». El profesor Pedro Lira Urquieta, en su obra sobre **El Código Civil Chileno y su Epoca** considera que la nota dirigida por Portales al Senado en Julio de 1831 contiene en germen la historia de la formación del Código Civil⁵.

⁴ «Derecho Administrativo Chileno y Comparado», por Enrique Silva Cimma. Editorial Jurídica de Chile, Colección de Estudios Jurídicos y Sociales. N° 40. Santiago de Chile, 1962. Tomo 1°. Páginas 211 a 214, 236 y 237.

⁵ «El Código Civil Chileno y su Epoca», por Pedro Lira Urquieta. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile 1956. Página 8: «Esa gloria (componer el Código) estaba reservada al venezolano Bello, quien, a poco de llegar al territorio chileno, ya en 1831, se consagró a ese intento con ejemplar constancia hasta darle cima en 1855, año de la promulgación del Código Civil Chileno». Página 15: «Es muy significativo que en una nota dirigida por el ministro Portales al Senado, en el mes de Julio de 1831, se contenga en germen la historia de la formación del Código Civil». Página 58: «El Código Civil rinde culto fervoroso a la ley . . . En esta especie de religión de la ley se fundamentó el sistema portaliano, el cual alcanzaría su perfeccionamiento bajo el gobierno férreo de Montt y de Varas».

Con todo, la obra legislativa y de ejercicio de la potestad reglamentaria que alcanzó a realizar íntegramente en vida Diego Portales y que le pertenece en forma más directa es, a mi juicio, la Ley Orgánica de Ministerios, primera en el país y que dió una estructura a la administración del Estado. El 31 de Enero de 1837 se promulgó la ley que autorizó al presidente Prieto para decretar esas normas y lo hizo al día siguiente. Se completó este texto, que sirve de cimiento al Derecho Administrativo chileno, con otro del día 15 del mismo mes de Febrero de 1837 que determina con acuciosa precisión los requisitos para ser designado en algún cargo público.

En el Chile burgués que agoniza para dar paso al Chile obrero y popular, ha sido Portales fuerza aglutinante, pero precisamente porque en su tiempo derribó instituciones reaccionarias.

EL PARTIDO CONSERVADOR gustaba y en general los elementos conservadores gustan presentar a Portales como uno de los suyos. La oligarquía terrateniente invoca constantemente, en defensa de sus privilegios, la supuesta conveniencia de retornar al autoritarismo de la época portaliana. Sin embargo, como lo sostuvo Vicuña Mackenna, el volteriano y descreído Portales, de vida personal escandalosa, es la antítesis de la pacatería conservadora. Su obra no fue la de un terrateniente, sino la de un comerciante burgués al servicio de fuerzas que socavaron el régimen feudal abriendo paso al capitalismo. Por otra parte, el realismo característico de Portales estuvo unido a su afán de ponerse al día. Todo retorno al pasado implica una actitud opuesta a la asumida por quienes en los primeros decenios del siglo de la Independencia hicieron progresar a Chile con la vista puesta en el porvenir y atentos a las nuevas ideas.

Cualquier estudio sobre Portales encuentra la dificultad de que su pensamiento no fue expuesto sistemáticamente. Pragmático y, aún más, practicista inveterado, despreciaba tanto la retórica como las teorizaciones. Sus adversarios lo tildan de inculto. Incluso en una obra reciente,

Gustavo Opazo y Manuel Balbontín se basan en el clásico criterio del historiador Domingo Amunátegui⁶ para afirmar: «Su escasez de conocimientos en todo orden lo inhabilitaba para poder desempeñarse con lucimiento en las diversas y delicadas situaciones que ofrece la política. Cuando se trataba de Hacienda, se valía de don Manuel Rengifo; en lo jurídico, de don Mariano Egaña, y en relaciones exteriores apelaba a la experiencia y sabiduría de don Andrés Bello. Portales estuvo en su elemento sólo cuando había necesidad de reprimir un motín o de inspirar el terror en beneficio de la tranquilidad y orden»⁷.

Pero, es distinta la imagen que surge del estudio de su epistolario, de sus artículos periodísticos de batalla, de los recuerdos de sus contemporáneos y de aquellas expresiones peculiares de su estilo personal incluídas en las exposiciones de motivos de sus decretos. Por otra parte, en la legislación surgida a su impulso hay la coherencia de un pensamiento que corresponde en todos los rasgos a sus directrices.

Diego Portales nació en 1793, sólo 16 años después de la Independencia de los Estados Unidos y cuando aún estaba en desarrollo la Revolución Francesa. A Chile llegaba el eco de esos acontecimientos y en 1810 se constituyó la Primera Junta Nacional de Gobierno, iniciándose la emancipación de España. En 1837, a los 43 años de edad, murió siendo ministro, asesinado por militares insurrectos contra el poder civil. Su actuación pública se había iniciado recién en 1830. Para comprenderla hay que referirse a las contradicciones de clases que entonces conmovían al país.

Suele suponerse que la Independencia de Chile habría sido algo así como la simple eliminación del más alto escalón de la jerarquía feudal, que llegaba al rey de España, dejando subsistente e incólume el resto de ese régimen, al que se le presenta consolidado acá como lo estuvo antes en los países europeos. La verdad histórica no se amolda a tal esquema. En el caso de Chile, a la época de la Independencia la aristocracia criolla era de reciente data y mezclaba el ejercicio del comercio, al que debía su fortuna, con la explotación feudal. Una poderosa corriente de su seno, de la que Portales fue exponente típico y caudillo, tendió apasionadamente al comercio y por su mentalidad y relaciones económicas se condujo como burguesía comercial-minera.

Uno de los escritores que ha endiosado a Portales tanto como Encina, aunque con más equilibrio, tuvo que anotar la circunstancia de que su obra se facilitó porque la aristocracia terrateniente no presentaba un frente compacto en defensa del feudalismo. En efecto, Alberto Edwards explica, en **La Fronda Aristocrática**: «La fronda de que hablamos no tuvo su origen, como las de Europa, en resabios del feudalismo malvencidos por el triunfo del poder monárquico. Desde mucho antes de 1810, las viejas familias de conquistadores y encomenderos, arruinadas por el lujo y el ocio, o extinguidas en la guerra o el claustro, se encontraban en plena decadencia. Nuevas stirpes de mercaderes y hombres de trabajo, con sólo tres o cuatro generaciones de opulencia y figuración social, las habían lentamente absorbido o desplazado. Llegó así a dominar económica y socialmente en el país una aristocracia mixta, burguesa por su formación, debida al triunfo del dinero, por su espíritu de mercantilismo y empresa, sensata, parsimoniosa, de hábitos regulares y ordenados, pero por cuyas

⁶ «Pipiolos y pelucones», por Domingo Amunátegui Solar. Imprenta y Litografía Universo, Santiago de Chile, 1939. Páginas 193 y 194.

⁷ «Constanza Nordenflicht en la Vida de Diego Portales», por Gustavo Opazo Maturana y Manuel G. Balbontín Moreno. Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1964. Página 47.

venas corría también la sangre de algunas de las viejas familias feudales»⁸.

Otro autor, Fernando Campos Harriet, precisa que esa aristocracia tenía en los días de la Independencia menos de medio siglo —si se considera la expulsión de 1767 de los jesuítas— de dominio feudal de la tierra: «Los vascos, a excepción de algunas familias viejas como los Irarrázabal, llegan a Chile en el siglo XVIII y la mayoría en su segunda mitad o en sus finales. Nada saben de la conquista, ni de la guerra de Arauco. Enriquecidas en el comercio, adquieren grandes haciendas, especialmente en el remate de las temporalidades de los jesuítas. Superiores al elemento antiguo por el mayor desarrollo de sus aptitudes económicas y con una organización patriarcal, férreamente unidos entre sí, fundan mayorazgos y pasan a ser, al finalizar el siglo XVIII, la clase más poderosa de Chile»⁹.

El «depotismo ilustrado» de los reyes Borbones había echado agua a ese molino con la abolición de las encomiendas, la expulsión de los jesuítas, la creación en Chile de la Universidad de San Felipe y de la Academia de San Luis, el Tribunal del Consulado, la Casa de Moneda, el Estanco del Tabaco, la reorganización de las Aduanas, el servicio de Correos, la independencia de la Capitanía General de Chile respecto del virreinato del Perú, y la apertura al comercio con España de los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia. Pero, el proceso tenía raíces más profundas, no venía de España sino que emergía en Chile. Hernán Ramírez ha demostrado que al producirse la Independencia existían bases económicas para el desarrollo

nacional de Chile¹⁰. Es singular que los Cabildos, nacidos en España para representar a los burgueses de las ciudades en su lucha contra los privilegios feudales y que en sus fueros desde el siglo VIII consagraron garantías individuales, fuesen en Chile exponentes de los encomenderos y después de los hacendados de la aristocracia criolla; pero, en las postrimerías de la Colonia rejuveneciesen como una especie de segundo poder frente al gobernador y de ellos naciera la iniciativa de la Independencia. Julio Alemarte ha expuesto en detalle, aunque deteniéndose preferentemente más bien en sus orígenes, los alcances de esa institución y la influencia que alcanzó entonces en Chile y, en general, en América Latina¹¹.

Lo cierto es que las principales familias feudales que usufructuaban de mayorazgos, descritas en su acusosa obra histórica por Domingo Amunátegui¹², se encontraron en varias oportunidades aisladas durante la época de la lucha por la Independencia. El gobierno antiaristocrático de Bernardo O'Higgins abolió los mayorazgos. Los gobiernos pipiolo consolidaron ese avance cuando O'Higgins estaba en el ostracismo; pero, los restableció Lircay, a pesar de lo cual se les rescató y desaparecieron precisamente en la legislación burguesa surgida de los gobiernos portalianos.

Una serie de historiadores se han enredado en un dédalo terminológico porque, para enfrentar a O'Higgins y sostener privilegios aristocráticos, un influyente sector de los mayorazgos feudales se enrolaron tras banderas liberales y federalistas. Al ir desentrañando los hechos en el curso,

¹⁰ «Antecedentes Económicos de la Independencia de Chile» por Hernán Ramírez Necochea. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1959.

¹¹ «El Cabildo en Chile Colonial» (Orígenes municipales de las Repúblicas Latinamericanas), por Julio Alemarte. R. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1840.

¹² «Mayorazgos y Títulos de Castilla» por Domingo Amunátegui Solar. Toma 1°. Santiago de Chile, 1901; tomo 2°. Santiago de Chile 1903; tomo 3°. Santiago de Chile, 1904.

⁸ «La Fronda Aristocrática», por Alberto Edwards Vives. Editorial Vives. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1959, quinta edición, página 16.

⁹ «Historia Constitucional de Chile», por Fernando Campos Harriet, Editorial Jurídica de Chile, Santiago de Chile, 1963, tercera edición, Pág. 24.

de las exposiciones a veces apasionadas y contradictorias de los historiadores, surge bajo la superficie de sus interpretaciones tendenciosas el cuadro de las corrientes de clase¹³. En apretada síntesis, Fernando Campos Harriet ha enumerado los títulos de Castilla y las órdenes militares nobiliarias suprimidos por O'Higgins. «La política social de O'Higgins es uno de los instrumentos más importantes en su labor. No podía ver las diferencias sociales de la época colonial. **Odio la aristocracia**, exclamaba a sus íntimos». «O'Higgins abolió, junto con los títulos de nobleza, estas órdenes nobiliarias (las de Santiago, Calatrava, Carlos II, Alcántara, San Juan, Monteza y Maestranza de Sevilla). No deseaba ostentación de vanidad de sangre, donde se almenaba el orgullo y la desigualdad social. Mandó picar de los frontispicios de las casas los escudos de armas y en la tolvana cayeron blasones y órdenes mobiliarias, títulos y escudos de armas, con toda su corte de **jeroglíficos**, como llamaba a la ciencia heráldica, cimera, coronas, románticos lambrequines». «Decidido partidario del patronato, no siempre respetó en sus actos la autoridad eclesiástica: estableció la Escuela Militar en el patio de los padres agustinos, porque lo encontró central y apropiado para ello; anexó el Instituto Nacional al Seminario Conciliar a fin de que éste lo sostuviera con sus rentas. Estas medidas le fueron restando el apoyo del clero». «La aristocracia formaba en la oposición; los principios igualitarios de O'Higgins la habían

dejado horra de sus títulos y afanes nobiliarios y habían atentado contra su poder económico, tratando de abolir los mayorazgos. Los Carrera estaban emparentados con toda la aristocracia y asimismo Rodríguez; el fusilamiento de don José Miguel Carrera, tragedia en que ninguna intervención tuvo o pudo tener O'Higgins, aumentó la tabla de sangre levantada en su contra». «Don Miguel Luis Irarrázabal, en Illapel, encabezó la insurrección. Era el hombre más querido y respetado; el más grande terrateniente; el heredero de la más auténtica aristocracia. Formó un ejército a su costa¹⁴.

El cuadro real de las contradicciones de entonces se oculta por las confusiones derivadas de la invocación por elementos feudales a los principios liberales, en razón del prestigio de que éstos gozaban. Y hay más. Aún sin consolidarse las relaciones feudales, ocasionalmente algunos sectores oligárquicos apoyaron audaces reformas de recto sentido republicano como las realizadas en los gobiernos de José Miguel Carrera. Por otra parte, no encontró todavía base social el pensamiento auténticamente liberal de personalidades que se anticiparon magistralmente a sus tiempos, como los hermanos Manuel, Carlos y Ambrosio O'Higgins, por lo cual ellos y otros liberales que interpretaban a la pequeñoburguesía de la época derivaron a la oposición a O'Higgins. Además, cuando el tiempo y la vida hicieron su obra, las corrientes antioligárquicas, que llegaron a abrirse paso en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX y que correspondían al desarrollo capitalista, al levantar la bandera del liberalismo querían honrar a sus predecesores y lo hacían indiscriminadamente. No puede admirar esa actitud porque aún hoy aparecen libros que, sin colocarse en la perspectiva de las contradicciones sociales, suelen repetir la fraseología empleada por los per-

¹³ «Historia de Chile», por Diego Barros Arana. Edición de Rafael Jover. Santiago de Chile, 1884.

«Historia de Chile», por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento. Segunda edición. Santiago de Chile, 1950.

«Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú», por Benjamín Vicuña Mackenna. Edición de Rafael Jover. Santiago de Chile, 1882.

«La Dictadura de O'Higgins», por Miguel Luis Amunátegui, Imprenta Barcelona. Santiago de Chile, 1914.

«O'Higgins», por Jaime Eyzaguirre. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1945.

¹⁴ «Historia Constitucional de Chile» por Fernando Campos Harriet. Editorial Jurídica de Chile. Tercera Edición. Santiago de Chile, 1963. Páginas 105, 106 y 107.

sonajes de hace siglo y medio. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la obra de Alejandro Chelén dedicada a Manuel Rodríguez, meritoria por múltiples conceptos, pero recargada inútilmente de enconados ataques «liberales» a O'Higgins y Portales¹⁵.

Tiene alguna razón Alberto Edwards, al contrastar a José Miguel Carrera y Diego Portales, cuando involucra en la denominación de «régimen sudamericano» a los gobiernos personales surgidos de la preponderancia de diversos sectores feudales y señala la importancia del hecho de que, con Portales, ellos comenzaran a desaparecer de la historia de Chile¹⁶. Tampoco yerra demasiado ese autor cuando define el liberalismo oligárquico, aunque se equivoca al extender el juicio al nuevo liberalismo capitalista que más adelante tuviera tanto arraigo en Chile¹⁷.

En los años de la Reconquista, el gobierno español se ensañó en la familia de Diego Portales; pero, la Independencia de Chile resurgió en los campos de batalla de Chacabuco y de Maipú. La comparación, estremecedora y plena de sugerencias, como antítesis el segundo del primero, de Carrera y Portales, la hizo antes que nadie, marcando parecidos y contrastes, Vicuña Mackenna: «Nacido

en las vísperas del año X, don Diego Portales no pudo ser, como José Miguel Carrera (el chileno que más se le asemeja en su tránsito de la dictadura al patíbulo, que tuvo en ambos casi igual duración y extrañas afinidades de carácter y sucesos), el adalid de las batallas, en la primera lucha, que fue nuestra independencia. Echado al mundo, por la mano inescrutable del destino, diez años más tarde, él va a ser el campeón de esa segunda contienda de las ideas que han sucedido a los hechos; de la política que se ha arrancado del vasallaje; de la discordia de las pasiones que ha sucedido al amor a la gloria; de la República, en fin, que se levanta sobre los escombros de la colonia, sosteniéndose apenas en su pedestal, que mil corrientes subterráneas minan, hora por hora, en su derredor¹⁸.

¹⁵ «El Guerillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos. Precursores de la Democracia y la Libertad», por Alejandro Chelén Rojas. Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile, 1964.

¹⁶ «La Fronda Aristocrática», por Alberto Edwards Vives. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. Quinta Edición, 1959. Página 37: «Pero, sea de ello lo que fuere, Carrera y Portales abrieron y cerraron en Chile el ciclo de los gobiernos personales, superiores a las fórmulas jurídicas y a las influencias sociales colectivas. Fue esa nuestra época de régimen netamente sudamericano.»

¹⁷ «La Fronda Aristocrática», por Alberto Edwards Vives. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. Quinta Edición 1959. Página 43: «Sus principios, si puede darse este nombre a las aspiraciones inconscientes y hereditarias de una colectividad, eran desde 1810 liberales, en el sentido oligarquico. Los soberbios señores chilenos querían la consideración y el mando o, al menos, un régimen organizado de influencias compartidas entre los miembros prominentes de la familia social de que todos formaban parte. No eran más demócratas que el Senado Romano o el Gran Consejo de Venecia; su liberalismo se parecía al de todas las aristocracias.»

¹⁸ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Páginas 575 y 576.

UN BURGUES

YA LA PRIMERA JUNTA Nacional de Gobierno, designada el 18 de Septiembre de 1810, se preocupó de decretar el 21 de Febrero de 1811 la libertad de comercio. Fué ésta una consigna fundamental que desde el instante inicial caracterizó en Chile a la República independiente, incluso antes de que ella misma adquiriese la conciencia de serlo. Diego Portales dedicó su vida a las actividades capitalistas que alcanzaron auge a raíz de esa libertad de comercio.

Hijo de un funcionario, el superintendente de la Casa de Moneda, estaba vinculado familiarmente a la aristocracia; pero, no tenía fortuna. Su familia lo hizo estudiar humanidades y latín para dedicarlo a la carrera eclesiástica, con vistas a que dispusiera de una renta segura. Sin embargo, se resistió a ese destino. Ocupó entonces una beca para estudiar en el Instituto. Debíó aprender en cursos especiales la química y la docimasia para estar en condiciones de optar a un puesto de ensayador en la repartición dirigida por su padre. Después abandonó los cursos de Derecho Romano, porque su carácter no se avenía con la Universidad de estilo colonial, que el profesor Máximo Pacheco define diciendo que se empeñaba en transmitir

una visión ordenada del mundo y de sus problemas abstractos¹⁹. Era una época en que el mundo se desordenaba y Portales prefería los asuntos concretos a las abstracciones.

Francisco A. Encina celebra en él cuanta faceta noble encuentra en su personalidad o le inventa donosamente; pero, casi oculta, como rasgo desagradable, que fuese antes que todo un comerciante. Sin embargo, en la biografía-panegírico no puede dejar de anotar: «Su giro comercial había empezado en 1821, al retirarse de la Casa de Moneda, sobre la base de cuatro mil pesos que le facilitó su deudo Santiago Larraín, en un negocio de paños. El móvil de su actividad es, al principio, alcanzar la independencia, el deseo de levantar su propio peso. No quiere gravar a los suyos. Además, su carácter se aviene mal con la regularidad y la subordinación de los empleos. Ya viudo, es la necesidad de aturdirse, la reacción de su voluntad sobre sus sentimientos. El proyecto de establecerse en Lima, que ha concebido, es comercialmente disparatado. Su padre se lo advierte, pero pasa sobre el consejo paterno y, asociado a José Miguel Cea, se embarcó en 1821. Espera colocar en Perú artículos chilenos y retornar productos tropicales. Los disturbios interiores y la irregularidad de las comunicaciones pusieron el negocio al borde de la quiebra»²⁰.

¹⁹ «Historia y Misión de la Universidad», por Máximo Pacheco Gómez. Trabajo incluido en el tomo «Gabriel Amunátegui, Memoria de Homenaje», que editó en 1961 la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Página 95: «En Chile, por Real Cédula de 1738 se autorizó la fundación en Santiago de la Universidad de San Felipe, así denominada en honor del monarca entonces reinante en España. Inspirada ésta en la vieja casa de estudios de Salamanca y, más próximamente, en la limeña, la Universidad de San Felipe se empeñó como éstas en transmitir una visión ordenada del mundo y de sus problemas abstractos, antes que en proporcionar herramientas prácticas para la lucha profesional. Esta corporación se extinguió en 1839, estableciéndose en su lugar la Universidad de Chile, cuya ley orgánica es de 1842».

²⁰ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Tomo 1º. Pág. 124.

¿Cuál era entonces su posición política? Como la generalidad de la naciente burguesía comercial, apoyaba al gobierno antioligárquico de O'Higgins. En una carta, escrita en Lima el 10 de Febrero de 1822 a su socio José Miguel Cea, le dice: «Qué sabe de Chile? ¿Es cierto que la situación del Gobierno allí está delicada? Yo no lo creo, porque el hombre es querido y sabe, con la estimación que goza, golpear a los revoltosos»²¹.

Poco antes de que el 28 de Enero de 1823 fuese derribado el gobierno de O'Higgins, puso término Portales a su empresa comercial en el Perú; pero, no por eso abandonó las actividades capitalistas. El 6 de Diciembre de 1822 escribió desde El Callao a su socio: «Nos retiramos de la tierra del oro más pobres que cuando salimos de la tierra de la miseria. Dejamos, en cambio, hijos y amores, pero una reputación sobrada y un crédito lleno de dignidad. ¿Qué más pueden pedir los hombres de verdadera honradez?»²².

A la caída de O'Higgins, la aristocracia terrateniente santiaguina se ensañó con el padre de la Patria, llegando a designar un tribunal de residencia para que juzgara todas sus actuaciones gubernativas, negándole el pasaporte, mientras no obtuviera una sentencia favorable. Sin embargo, como representante de los comerciantes en dicho tribunal de residencia, Diego Portales asumió la defensa de O'Higgins. Al respecto, anota Jaime Eyzaguirre: «Desde hacía dos meses había abandonado éste (O'Higgins) las habitaciones de la gobernación de Valparaíso para trasladarse a la casa que poseía el alcalde Boza en el barrio del Almendral esquina de la Merced. Aquí le llegaban periódicamente

dicar cartas de su anciano primo, don Tomás O'Higgins, con quien mantenía afectuosas relaciones, y que, aunque ajeno a las actividades políticas, gozaba de ascendiente en los altos círculos de la capital. Don Tomás había puesto gran empeño en conseguir el despacho del pasaporte, hablando para esto con todas las personas de influjo, entre ellas con Don Estanislao Portales, para mover así a su deudo Don Diego, que integraba el tribunal de residencia. «Portales —le decía el 2 de Julio al ex-Director—, aunque ahora no está en estado de practicar diligencia alguna, me aseguró que había trabajado bastante de antemano con Don Diego Portales, quien siempre estuvo en favor de usted». Como resultado de estas gestiones podía agregar el diligente irlandés la grata nueva de que Freire había acudido a visitar a la familia de Don Bernardo para decirle que «todo estaba corriente y que podía usted marcharse cuando quisiese»²³.

En 1823, los comerciantes inscritos en Santiago eligieron a Diego Portales, como tal, vocal suyo del Tribunal del Consulado. El 20 de Agosto de 1824 emprendió la más audaz aventura capitalista de su época. Formó la casa comercial Portales, Cea & Cía., que en esa fecha contrató con el gobierno el estanco de toda clase de tabaco en rama y en polvo, de los naipes, de los licores extranjeros y del té. Nadie en Chile podría vender esas mercaderías, salvo Diego Portales y sus socios que, además, recibieron del Fisco un préstamo a diez años, sin interés alguno, de quinientos mil pesos. A cambio de tales privilegios, se obligaron a servir la deuda externa del país, depositando en Londres trescientos cincuenta y cinco mil doscientos cincuenta pesos al año y en Santiago otros cinco mil pesos.

²¹ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Edición del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Página 175.

²² «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Edición del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Página 192.

²³ «O'Higgins», por Jaime Eyzaguirre. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 8ª edición, 1972. IIº Tomo. Página 414.

El gobierno que contrató con Diego Portales el estanco fue el del general Ramón Freire, tras el cual, después de la caída de O'Higgins y una vez abatidos a su turno los conservadores, se reagruparon los elementos de la burguesía liberal, los sectores urbanos no vinculados a la propiedad terrateniente y, aún más ampliamente, los que por principios ideológicos tendían a la tolerancia religiosa. Freire había sido el jefe del ejército del Sur, empeñado en acciones bélicas con los restos de las fuerzas españolas. Ese ejército, cuya guarnición básica era Concepción, estaba más libre que el de Santiago de las influencias de la aristocracia terrateniente. En cambio, era permeable a las opiniones de la burguesía comercial y de la pequeño-burguesía penquista, así como de los terratenientes de la Frontera, de Concepción, de Ñuble y de la Isla, o sea de la actual región de Bío-Bío, más pobres que los de la aristocracia santiaguina, con una situación menos consolidada y más preocupados de la exportación de sus productos. En los días iniciales de la Independencia, el personero de Concepción, Juan Martínez de Rozas, expresó la tendencia más definitivamente burguesa y avanzada. Más adelante, de allí surgió como diputado del Primer Congreso Nacional en representación de Bío-Bío y como organizador del aporte militar de la zona, Bernardo O'Higgins. Derribado éste, a corto plazo se impuso sobre los intereses de la oligarquía santiaguina Ramón Freire, cuyo poder provenía de la misma zona. Es lo que más adelante ocurriría con el brazo derecho de Portales en el gobierno y que fuese a instancias suyas elegido Presidente de la República, el general Joaquín Prieto.

El gestor administrativo del negocio del estanco fue Manuel José Gandarillas, antiguo partidario de los Carrera, que había conocido en Argentina el liberalismo bonaerense y tomó la iniciativa de denominar liberales a los sectores anti-O'Higinistas menos reaccionarios, tratando de ganar-

los para esa posición. Junto a Freire, el Ministro que otorgó el estanco fue el prominente liberal Diego José Benavente, uno de los primeros que recibieron de los conservadores el apodo de «pipiolo».

Con el estanco, Diego Portales se colocó en el primer plano de la vida chilena. O sea que no surgió como figura política en razón de luchas ideológicas, de posiciones partidistas ni de detentar cargos de gobierno, sino como capitalista, como hombre de empresa aunque sin capitales propios y sin relación personal o familiar con la propiedad terrateniente, que era entonces la característica de la clase dominante.

Desde que obtuvo el estanco, Portales se mantuvo en posición prominente hasta su muerte. Fueron trece años. Ya poco antes, en abril de 1823, a los pocos días de haber sido reemplazada la Junta de Gobierno de carácter conservador de José Miguel Infante, Agustín Eyzaguirre y Fernando Errázuriz, cuando asumió el cargo de Director Supremo interino, por designación del Congreso de Plenipotenciarios, el general Ramón Freire, éste había nombrado a Portales, como personero de los comerciantes, uno de los cinco vocales que integraban el Tribunal de Residencia, supremo tribunal administrativo encargado de juzgar a los funcionarios fiscales, en cuyo desempeño le cupo la intervención en favor de Bernardo O'Higgins a que ya hice referencia. Después, en 1825 tuvo otro cargo gubernativo. En una de las diversas ocasiones en que Ramón Freire desempeñó el mando ese año, nombró a Portales miembro de su Consejo Consultivo y, como delegado de éste, integró la Junta de Sanidad. El estanco le entregó un poder extraordinario y alrededor de él, en razón de su rango comercial, comenzaron a girar los acontecimientos. Por eso, cuando en Enero de 1827 se produjo el motín militar acaudillado por el coronel Enrique Campino, éste detuvo a Portales,

conocido como inveterado y enérgico enemigo de los pronunciamientos cuartelaceros, al mismo tiempo que a los Ministros del Interior y de Guerra y que al Intendente de Santiago. El que salvó la situación no fue, entonces, el Presidente de la República fácilmente avasallado, sino el propio Portales, que desde su prisión dió orden de que su firma comercial entregase al general Ramón Freire los recursos económicos necesarios para reorganizar las fuerzas leales del ejército y le escribió, inmediatamente que el golpe militar había sido conjurado, una carta con instrucciones, de estilo muy sintomático, que lo presenta en un nivel nuevo, ya como el hombre de mayor influencia en el país, en condiciones de determinar lo que debía hacer el general recién elegido, por el Congreso, Presidente Provisional de la República. Comenzó su carta a Freire con una frase singular: «Las circunstancias peligrosas en que nos hallamos no me permiten abstenerme de dar este paso»²⁴. Poco después pudo verse que no era un paso aislado. Dió otro.

¿Que había sucedido?. Francisco Antonio Encina lo explica así: «Los verdaderos liberales, en el sentido moderno, Gandarillas, Benavente, Rengifo, que formaban el corto número de hombres a la vez ilustrados y cuerdos, se sumaron en la resistencia contra el federalismo a los pelucos, no por afinidad sino por sensatez. Más adelante, se agruparon, por sugestión, en torno a un joven comerciante de ideas mucho más audaces que las suyas, científicamente colocadas en un porvenir tan remoto que no podían ser comprendidas en la época y en el medio en que actuó. Se les apodó los estancieros, a causa de haber nacido los vínculos que los unieron en torno al negocio del estanco del tabaco, del té, de los naipes y de los licores,

²⁴ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Edición del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1936. Página 246.

que más adelante veremos»²⁵. Pero, más que ante un plan científico o a incomprensibles influencias de la sugestión, estamos frente a un fenómeno natural en la correlación de fuerzas de la época. Más perspicaz es otro comentario que agregó Encina algunas páginas más adelante de su misma obra: «La negociación del estanco, al arruinar a la firma contratista y obligar al Fisco a suspender el servicio de la deuda externa, como consecuencia del contrabando y del desorden general, le convenció de la imposibilidad de proseguir con fruto ningún género de actividad económica, sin restablecer previamente el orden y reorganizar la administración»²⁶. Indudablemente, este convencimiento no fue sólo suyo, sino de su clase, de la burguesía, que se propuso asumir el gobierno. Ella encontraba obstáculos a vencer en el federalismo, que tendía a desvertebrar Chile en bastiones feudales atomizados, y en los cuartelazos, que igualmente llevaban al imperio de la arbitrariedad. La aristocracia terrateniente santiaguina, hasta ese momento ingobernable y cuartelacera, temió al federalismo y prefirió reagruparse junto a la burguesía. El comando de las clases dominantes lo asumió la burguesía, que en especial era burguesía comercial, porque los terratenientes no se habían mostrado a la altura de la circunstancias y lo fundamental de esa clase se colocó a la zaga de Portales cuando observó que sabía aferrarse mejor al timón. En cuanto a la pequeña burguesía urbana, que venía también desempeñando un papel, quedó aislada al agruparse el grueso de la oligarquía tras la burguesía comercial y minera.

La célebre carta que escribió José Antonio Rodríguez Aldea, cononado antiportaliano, a comienzos de 1831 a Bernardo O'Higgins dándole una «suscinta idea de lo que ha

²⁵ «Portales», por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda Edición. Tomo 1°. Páginas 51 y 52.

²⁶ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda Edición. Tomo 1°. Página 192.

ocurrido» muestra cómo ya en 1827, al llegar él desde Lima, gravitaban los elementos de la burguesía comercial y minera agrupados alrededor de Portales: «Los **estanqueros**», aunque estaban caídos, eran los más temibles y de importancia por su dinero, influjo, relaciones y plan combinado. El jefe de éstos, don Diego Portales, es hombre ciertamente de revolución, genio vivo, emprendedor y de una actividad increíble; pero, al mismo tiempo, falso, inconsecuente, voluntarioso y de odios implacables. Por una especie de simpatía de cuna, de la que nunca se desprenderán los chilenos, especialmente los de esta capital, los pelucones sólo trataban de hacer causa con los estanqueros; y como éstos tenían dinero y un fondo prevenido en la Logia, pagaban escritores, minaban y ganaban tropas. Primeros tuvieron a Chapuis y a Mora, con quienes después pelearon, porque, como ya dije antes, su principal jefe es inconsecuente y despótico. Ahora tienen al colombiano Bello, que vino de Londres, a Gandarillas, Benavente y Rengifo: éstos son sus escritores»²⁷. He aquí el testimonio de ese tenaz adversario de Portales.

Lo notable consistió en que comenzase a aplicarse en Chile, a esa altura, una política burguesa, cuando en gran parte de América Latina gobernaba y disputaban entre sí capas y grupos de las oligarquías terratenientes feudales, acá también muy poderosos pero desplazados a segundo plano.

La formación del Estado nacional de Chile tuvo un sello burgués, aunque ese proceso fuese condicionado por una coalición con la oligarquía terrateniente, que lo limitó en sus alcances progresistas.

Isidoro Errázuriz, al querer definirlo en cuanto estadista, debió hacer notar en Diego Portales, como su carac-

²⁷ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Página 642.

terística principal, la siguiente: «En la práctica de los negocios había adquirido el hábito de marchar de frente hacia cualquiera dificultad, de llamar a las cosas por su verdadero nombre y de descubrir a primera vista el lado favorable y el lado adverso de toda situación; y el lado flaco de sus aliados y de sus antagonistas»²⁸.

²⁸ «Ideas y confesiones de Portales», por Raúl Silva Castro. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1969. Página 17.

DESDE ENERO de 1827 hasta su muerte, Portales pesó más que nadie en las decisiones gubernativas. Primero, durante más de un año, estuvo encendida la polémica sobre el fracaso del estanco, como el mayor escándalo de la época. El 6 de Septiembre de 1826 se aprobó por unanimidad en el Congreso la cancelación del contrato del estanco y se rechazó la solicitud de Portales de que su firma comercial continuara ejerciéndolo como comisionista fiscal. El desarrollo del juicio arbitral, que al final ganó Portales obteniendo se condenase al Fisco a pagarle ochenta y siete mil doscientos sesenta pesos, además de aprobarle sus cuentas, se mantuvo en medio de una viva expectación.

En ese tiempo, desde el 20 de Diciembre de 1827 hasta el 8 de Marzo de 1828, publicó el celebre periódico **El Hambriento**, de una insolencia inaudita en el ataque a sus adversarios, preferentemente a los pipiolo, aunque también a los conservadores o pelucones. **El Hambriento** es un antepasado de **Clarín** y **Puro Chile**, los diarios populares de ahora que, con su soltura periodística, su gracejo y su causticidad enfurecen a los fascistas. Llama la atención que a Encina no le merezca mayor atención la actividad de Portales como libelista. Raúl Silva Castro dice de **El Ham-**

briento: «Se publicó con el siguiente subtítulo: Papel público sin período, sin literatura, impolítico, pero provechoso y chusco. Es el más famoso de todos los periódicos chilenos de su tipo, a pesar de que la mayor parte de las alusiones políticas que contiene han quedado sin aclarar. La hipotética intervención de Portales en la redacción le ha dado un crédito que de otro modo habría sido difícil de atribuirle, ya que los escritos que contiene distan mucho de ser importantes desde el punto vista literario»²⁹.

La «hipotética intervención» no es tal, sino una real dirección del periódico por Portales. Hace referencia a ella Barros Arana³⁰. La sostienen sin ambages Vicuña Mackenna³¹ y Lastarria, citados también ambos por el mismo Silva Castro³². Lastarria, el más intransigente liberal antiportaliano, observa, sin embargo, en su obra **Miscelánea**: «No obstante es muy notable y significativo que ese papel no hubiese hecho jamás un ataque serio y directo a la administración del partido de los pipiolo, que él mismo clasifica en dos bandos, el de los pelagianos, compuesto, decía de todos los vagos, haraganes, viciosos, aspirantes y tahu-

²⁹ «Prensa y periodismo en Chile», por Raúl Silva Castro. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1958. Páginas 93 y 94.

³⁰ «Historia de Chile», por Diego Barros Arana. Edición de Rafael Jover. Santiago de Chile, 1884. Tomo XV°. Nota de la página 210: «Los contemporáneos creían que el inspirador de esta publicación era don Diego Portales, que pasaba, además, por autor de algunos artículos».

³¹ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile, 1937. Pág. 46 y 47: «Portales fue el alma de aquel periódico, cuyos tipos eran otros tantos dardos para zaherir la honra de sus enemigos. Fue el autor de la parte más chistosa y más hiriente de los diez números que se publicaron entre el 20-XII-1827 y el 8-III-1828. El escribió las adivinanzas en que se caracterizaba a Pinto, Muñoz Bezanilla y el clérigo Fariñas; las noticias marítimas, en que ponía en ridículo a todos los pipiolo, haciéndolos figurar como buques y dando a las mercaderías de que venían cargados los nombres de los defectos que se les atribuían; y, por último, los juegos de prendas, en que se descubre su verdadero ingenio de escritor travieso, y las no menos jocosas, aunque amargas, presentaciones judiciales sustentadas por el escribano Perales y en las que figuraba Angellito Ortiz, célebre saltador, como procurador del pipiolo Muñoz Bezanilla».

³² Ver la cita N° 29.

res; y el de los liberales, en que colocaba a la juventud ilustrada, a los viejos republicanos y a los hombres de saber que deseaban la reforma».

En Mayo de 1829, al efectuarse las elecciones de primer grado para la Presidencia y la Vicepresidencia de la República, se produjo una crisis institucional de la que derivó una situación nueva, en el curso de la cual Portales asumió cargos claves de gobierno. Lo apoyaron el grueso del Ejército del Sur, o sea del Ejército de la frontera cuyo jefe era el general Joaquín Prieto, los O'Higinistas, el sector liberal comprometido con él en los negocios del estanco y la oligarquía terrateniente que se agrupaba alrededor de los conservadores o pelucones. Inicialmente, también contó con el general Ramón Freire. Apareció defendiendo formalmente la continuidad constitucional. Como se analizará en uno de los próximos capítulos, la bandera esgrimida de manera más destacada por el bando de Portales en esa contienda será el sometimiento de las fuerzas armadas al poder civil y a los órganos representativos, no aceptando que ni aún Freire fuese erigido, como Capitán General del Ejército, en autoridad autónoma de los Poderes Ejecutivo y Legislativo. Los acontecimientos se decidieron en los campos de batalla de Lircay, correspondientes a Cancha Rayada; pero, sobre todo en el desarrollo de una nueva correlación de las fuerzas sociales y políticas y en la actitud de Portales al imponerle personalmente su renuncia al presidente Francisco Ruiz Tagle para promover a la primera magistratura al vicepresidente José Tomás Ovalle. Este designó, antes de una semana, a Diego Portales ministro de las tres carteras decisivas: Interior, Relaciones Exteriores y Guerra. Ejerció estos cargos sólo hasta el 31 de Agosto de 1831, cuando se retiró a las actividades comerciales a Valparaíso, desde donde vigilaba la aplicación de su política por el ya entonces presidente Joaquín Prieto, a la vez que

atendía al desarrollo de ese puerto. De nuevo fue ministro desde el 21 de Septiembre de 1835 hasta su asesinato, el 6 de Junio de 1837.

La aristocracia terrateniente no sentía a Portales como uno de los suyos, sino como un mal necesario. Su propio carácter era ajeno al de esa clase. Lo llega a reconocer así Francisco A. Encina: «La extrema vivacidad del temperamento, uniéndose a su repugnancia invencible por lo hipócrita, le impidió siempre embutirse en la librea castellano-vasca, del hombre grave, circunspecto y ponderado. Tuviéronle por loco muchos de sus contemporáneos; y el acuerdo de la aristocracia sólo se produjo bajo la presión del terror a la anarquía, concediéndole el derecho a cosas, o sea a genialidades. **Cosas de Portales** es expresión corriente entre sus partidarios»³³.

A la vez, él muestra en su correspondencia un desprecio absoluto por los terratenientes feudales. Están correspondidos. En su epistolario, por ejemplo, figuran sólo las letras iniciales y puntos suspensivos en reemplazo de las groseras palabrotas con que calificaba a los aristócratas en una misiva del 10 de Diciembre de 1831 en contestación a otra de Antonio Garfias en que éste intercedía transmitiéndole recados de personajes oligárquicos. Vale la pena transcribir ese documento, que el historiador Guillermo Feliú Cruz califica como «una revelación de la manera de ser de Portales»:

«10 de Diciembre de 1831.

Señor don Antonio Garfias

Mi don Antonio:

Dígale Ud. a los c . . . que creen que conmigo sólo puede

³³ «Portales», por Francisco A. Encina. Edit. Nacimiento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo 1º. Pág. 120. Este autor, el mayor endiosador de Portales, que estudia con delectación su árbol genealógico buscando emparentarlo con Papas y reyes, debe confesar: «Portales se creyó siempre comerciante» (Pág. 122 del mismo tomo 1º).

haber Gobierno y orden que yo estoy muy lejos de pensar así y que si un día me agarré los fundillos y tome un palo para dar tranquilidad al país, fué sólo para que los h... y las p... de Santiago me dejaran trabajar en paz. H... y p... son los que joden al Gobierno y son ellos los que ponen piedras al buen camino de éste. Nadie quiere vivir sin el apoyo del elefante blanco del Gobierno y cuando los h... y las p... no son satisfechos en sus caprichos, los pipiolo son unos dignos caballeros al lado de estos cojudos. Las familias de rango de la capital, todas jodidas, beatas y malas, obran con un peso enorme para la buena marcha de la administración. Dígales que si en mala hora se me antoja volver al Gobierno, colgaré de un coco a los h... y a las p... les sacaré la ch...; Hasta cuando... estos m...! Y Ud., mi don Antonio, no vuelva a escribirme cartas de empeño, si no desea una frisca que no olvidará fácilmente.

No desea escribirle más su amigo

D. Portales.³⁴

Menos conocido que **El Hambriento** son otros periódicos con los cuales reincidió Portales en dar gusto a su vocación de libelista. En ellos, más que en **El Hambriento**, aparecieron estocadas maestras contra la aristocracia pelucona, manteniéndose en una línea de defensa del presidente Prieto, jefe del Estado, «arribano», penquista, antiguo pipiolo y O'Higinista, aunque a veces atacando a sus ministros oligarcas.

Por ejemplo, fueron suficientes en 1832 diez números del **Hurón** para derribar con sus sátiras mordaces al ministro Errázuriz, infringiendo una sensacional derrota al poderoso clan de los Litres.

Cuando quisieron socavar las posiciones de Portales con **El Philopolita**, ese periódico fue derrotado rápidamente por el portaliano **Farol**, de un desenfado que seguía la línea de **El Hambriento** y del **Hurón**.

El estilo de Portales se encuentra, más que en sus documentos oficiales, en las páginas chuscas de esos periódicos, tanto en lo que personalmente escribió para ellos como en las producciones satíricas de los miembros de su tertulia y de singulares periodistas del tipo del Dr. Indelicato y otros aventureros de la época.

³⁴ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Págs 352 y 353. (En nota, en esta última página, figura la observación de Feliú Cruz sobre esa carta, que procedió del archivo de Benjamín Vicuña Mackenna, entregada a éste por el propio Garfias, su recadero confidencial en Santiago por medio del cual se relacionaba con el Presidente, los Ministros y sus amigos, mientras estaba dedicado en Valparaíso al comercio.

DESCREIDO

RESPECTO A LA RELIGIÓN católica, fue Portales un descreído que, con ademán volteriano, utilizó a la jeraquía eclesiástica para sus fines políticos. Francisco A. Encina explica esto con la siguiente pincelada: «A Mariano Egaña, que se quejaba del escaso partido que tenía en el clero, a pesar de su ortodoxia religiosa, le contesta irónicamente: —Es que Ud., don Mariano, cree en la religión y yo creo en los curas»³⁵. Cuando años antes estuvieron en Chile el enviado apostólico monseñor Juan Muzi y su auditor el canónigo José María Mastai Ferratti, futuro Papa Pío IX^o, enviados por el Vaticano, se estrellaron con la actitud anticlerical de los gobernantes liberales de entonces y sobre todo de los que después fueron portalianos, en especial el ministro Benavente y Manuel José Gandarillas. Vicuña Mackenna indica certeramente que la raíz de ese conflicto residió en que el Nuncio Papal quiso «imponer un Obispo de la Santa Alianza» europea en la diócesis de Santiago³⁶.

³⁵ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda Edición. Tomo 1^o. Pág. 154.

³⁶ «Obras completas de Vicuña Mackenna». Volúmen V^o. «Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Pág. 737.

La correspondencia de Portales abunda en burlas sobre la religión. Le escribe a su compadre Fernando Antonio Elizalde: «Si no me sobra religión, no me falta filosofía para resistirlos (los golpes pecuniarios). Estamos en la mala, amigo, y así es que sólo me resta que sufrir nuevos quebrantos en los reales y, temiendo que sucedan, he recogido velas y me estoy a la capa para burlar los reveses que tal vez estarían decretados por la fortuna; pero se engaña esta zonzona, porque me ha dado tiempo a esperarla encastillado, y a solicitar el favor de unos Dioses contra otros»³⁷.

En carta a Antonio Garfias, refiriéndose al clérigo Aristegui, lo define así: «este caballero clérigo me parece uno de los muchos que se diferencian de los borricos sólo en el hábito»³⁸.

Cuando Valparaíso estaba aterrorizado por epidemias y los curas se jactaban de que sólo los devotos merecían la merced divina de quedar con vida, Portales se explayaba en una carta a Garfias: «Hoy me he dado por noticioso, porque estoy escribiendo por distracción. La peste o fiebre escarlantina parece que vá desapareciendo en el puerto, aunque si en el Almendral, porque no pasa el Sacramento: es la prueba que yo tengo más a la vista, porque siento las campanas en la Merced y una tambora que acompaña de noche y que no sé como no se ha hecho mil pedazos con tanto trajín. En el puerto han muerto algunos chiquillos de familias conocidas, y hemos tenido sacramentada a la Nieves Santa María; y, al largarla, la mujer de Manterola (Martín), la de Almeida, y otros visibles; pero por la infinita miseri-

³⁷ «Epistolario de Don Diego Portales (1821—1837)» recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1936. Pág. 290.

³⁸ «Epistolario de Don Diego Portales (1821—1837)» recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1936. Pág. 316.

cordia de Dios, ya están todos fuera de peligro. El domingo en la noche ví salir el Rosario de Santo Domingo, que fue a ofrecer a la puerta de la casa de la Santa María; pero ha sido patente el milagro; porque mediante el Rosario y los purgos, sudoríferos, vomitivos y refrigerantes, la Nieves comenzó a mejorar el Lunes. Mas por uno de aquellos altos juicios, que no alcanzamos a comprender, han sanado las otras enfermas, que aunque no se les ha llevado el Rosario, tomaron los mismos medicamentos de la Nieves. ¡Oh Dios! ¡Qué grandes son tus bondades para con tús cristianos! Si no vemos más que hombres de todas las edades j . . . a dos cabos, es porque así convendrá, y si D. Antonio Garfias y yo, que sabríamos hacer tan buen uso de la plata, no la tenemos, es porque conviene que la tengan tantos pícaros, miserables, enemigos de los de su especie! ¡Qué consuelos suministra nuestra santa religión! En ella espero vivir y morir confesando y creyendo todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia»³⁹.

Insiste sobre este tema de ridiculizar las mandas religiosas en una nueva carta a Garfias refiriéndose, esta vez, a las rogativas a San Isidro para producir lluvias: «El aguacero y nevada que han experimentados Uds. en ésa, me quita de encima un motivo de constante disgusto que sentía. En fin, hay un enemigo menos que combatir. Por la mía del 12 sabrá Ud. que por acá nós hizo San Isidro el milagro sin que hubiera habido ni intención de hacerle rogativa. Los de Concepción ya se ahogan y no se acuerdan de este Santo milagroso. Dejemos correr el mundo, mi don Antonio. A mí me parece que veo bien, y que mi razón me lleva en derrota las impresiones de mi primera edad; sin embargo, siempre aconsejaría a Ud. que hiciese lo que yo no puedo

hacer; a saber: no pensar en nada que tenga relación con la materia»⁴⁰.

Vicuña Mackenna cita otro párrafo de una carta de Portales en que envía un recado al ministro Tocornal, conocido por su religiosidad, dándole ánimos para combatir a los adversarios, en estos términos: «Diga Ud. a Tocornal que casi voy ya creyendo que hay Dios, y que es protector de este país. Ya que aparecen unos diablos con aspiraciones, son tan mentecatos y tan sin tino, que obran del modo más adecuado para alejarse de su objeto, y para hacerse despreciables, aunque, a decir verdad, no he conocido aspirante que, ciego de su pasión, no entregue la carta»⁴¹.

¿Qué bagaje intelectual alimenta a esta incredulidad? Francisco A. Encina no asigna importancia a sus estudios o lecturas, presentándolo como un gran intuitivo; pero, resumiendo los testimonios de sus contemporáneos y lo señalado por otros historiadores, anota: «Aprende inglés por necesidad comercial más que por vocación literaria. En cambio, es muy posible que haya sido su simpatía por Voltaire, su lectura favorita, lo que lo movió a estudiar francés. Entre los españoles, Cervantes fue su predilecto. Nunca se cansó de releer el Quijote. Entre los autores ingleses, simpatizó especialmente con Pope»⁴². Pero, además, estimo que debe considerarse su amistad y relación frecuente con Andrés Bello, cuyo pensamiento estaba inspirado —según lo acredita su libro «Filosofía del Entendimiento»— por Hume, Robertson, Dugal, Stewart, Berkeley, Condillac y Destut de Tracy, con un mayor peso de la escuela escocesa.

³⁹ «Epistolario de Don Diego Portales (1822–1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1930. Pág. 220.

⁴¹ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1937. Pág. 232.

⁴² «Portales» por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda Edición. Tomo 1°. Pág. 140.

³⁹ «Epistolario de Don Diego Portales (1822–1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Pág. 109 y 110.

SU LIBERALISMO

EN CUANTO A IDEAS políticas, Portales fue un republicano burgués autoritarista. Comentando algunos tumultos limeños en una carta de febrero de 1822 a su socio José Cea, le escribe desde la capital peruana: «Son débiles las autoridades, porque creen que la democracia es licencia»⁴³. Su autoritarismo se manifiesta constantemente cuando la inestabilidad gubernativa dificulta las actividades comerciales. Al ministro Diego José Banavente le dice en diciembre de 1824: «Los deseos de ver a Ud. tranquilo algunos momentos y de contribuir, por algún camino, al sostén de la Administración en obsequio del país, me hicieron solicitar entre amigos el empréstito de 2.000 pesos, cuya diligencia le prometí antes de ayer; mas sólo avancé con ello el conocer uno de los tristes resultados de la conducta de nuestros representantes en el Congreso. Todos, todos temen que, cansados Uds. de oposición y ingraticudes, abandonen sus propósitos de sacrificarse al bien público, y sólo traten de prepararse y de prevenir, cada uno en particular, los males que sucederían, sin duda, a la variación. En vano he procu-

⁴³ «Epistolario de Don Diego Portales (1821–1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Pág. 175.

rado desvanecerles esta sospecha, que no hace a Uds. aire alguno en cuanto se les cree tan desnaturalizados que sean capaces de entregarnos a una facción y de envolvernos en todo género de desgracias. Sí, señor, éstas son las circunstancias en que nos ha puesto (permítamelo Ud. decir) la absoluta libertad con que se quiere mantener a los hombres recién nacidos, y autorizarlos a los extravíos propios de su edad»⁴⁴.

Su pensamiento completo lo había expuesto antes desde Lima en otra carta: «A mi las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puede opinar con toda libertad y aún censurar los actos del Gobierno. La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra ¿y qué ganamos? La república es el sistema que hay que adoptar; pero, ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual»⁴⁵.

Este esquema estaba indudablemente influido por el carácter incipiente de la burguesía de su época. Su clase aún no había echado hondas raíces. Se trataba de una

⁴⁴ «Epistolario de Don Diego Portales (1821–1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Pág. 236.

⁴⁵ «Epistolario de Don Diego Portales (1821–1837)» recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1939. Pág. 117.

burguesía comercial junto a la cual se desarrollaba una capa burguesa minera, ya vinculada a la producción misma. Es singular que el ala minera de los partidarios de Carrera apoyara a Portales, sintiéndose identificada con su posición social y política. Por otra parte, en varias oportunidades estuvo dispuesto a prestarle respaldo económico y en una ocasión le facilitó treinta mil pesos el más opulento de los mineros de esos tiempos, Francisco I. Ossa. Pero, no se trata sólo de que la burguesía aún no era por sí sola suficientemente fuerte. Lo esencial del fenómeno portaliano es que éste derivó a una posición de coaligarse con los terratenientes colocándoles en segundo plano, lo que influía en dos sentidos su conducta: necesitaban cierto autoritarismo para enfrentar frondas aristocráticas basadas en que la oligarquía mantenía todo su poderío en el campo y, a la vez, su apoyo lo obtenía al precio de exhibir un orden público que pareciese inmovible.

¿Para cuándo postergaba la vigencia del futuro liberal? A lo menos, para una época en que él ya no viviese. En 1832, en una carta a Garfias, formula un interesante comentario sobre la política inglesa, dedicado al entonces ministro Tocornal: «Me ha dado muy malos ratos la noticia de la enfermedad de Tocornal por el estado insalubre en que se halla Santiago; en otras circunstancias no habría tenido mayor cuidado, porque él padece continuamente de esas indigestiones nacidas de que su temperancia es menor que la que necesita su mal estómago. Dele Ud. mis memorias y asegúrele de mi parte que la noticia de su completo restablecimiento me ha sido de tanta más satisfacción cuanto es más necesaria e importante su salud en el día. Dígame Ud. que Wellington se apartó enteramente de la política de Canning, demasiado liberal en mi concepto, y que tendía a poner en las manos del pueblo instrumentos de que abusa casi siempre y que al menos no sabe mane-

jar las más veces. Si Canning no hubiera muerto le habrían traído abajo del puesto los mismos acaso que lo colocaron en él, porque al final habrían probado los ingleses que faltando ese equilibrio en que se mantienen el poder de los nobles y del pueblo, debe caer ese edificio. Wellington quiso desequilibrar ese poder por el extremo opuesto y se le declaró una oposición que lo obligó a entregar los sellos, y que así en materias de aristocracia, liberalismo, protección de las hijas de San Pedro, del Seráfico, del Doctor, del Inquisidor, azote de los albigenses en el siglo XIII^o, etc., etc.; **in medio consistit virtus**: que para mí una de las muchas y mejores cualidades que tienen para el puesto que va a ocupar es el que no andará abrazando a la gente de corona ni maldiciendo de ella: que no buscará las ocasiones de perseguir a nadie, pero que no dejará pasar la que se le venga a las manos para corregir al díscolo y ejemplarizar a los malos con el castigo; y, en fin, que nunca capitulará con los enemigos del orden, de la verdad, de la honradez y de la decencia, y que jamás tendrán poder alguno en su ánimo las consideraciones perjudiciales, que retraen a muchos funcionarios del cumplimiento de sus deberes. Basta de hacer el papel de D. Quijote; pues D. Joaquín no necesita consejos y menos los triviales»⁴⁶.

Ese párrafo muestra uno de los rasgos del republicanismo de Portales. En primer término, su prudente «in medio consistit virtus» lo contrapone a ese otro tipo de autoritarismo, muy diferente, del facismo contemporáneo, revestido de bestialidad y que, precisamente, busca la ocasión de perseguir a millones; pero, de otro lado, en todo caso, tenía

⁴⁶ «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Pág. 191 y 192. (La carta tiene fecha 17 de Abril de 1832 y es la misma en que abogó por convertir el «Águiles» en buque de guerra para «proteger el comercio de Chile en El Callao» e incluso ir a defender propiedades de Chile . . . en Guatemala).

fuertes reminiscencias del paternalismo feudal, que agradaban sobre manera a la aristocracia. Además, su limitación de clase aparece evidente: liberalismo para la burguesía y con una condición, la de que el pueblo no haga uso de él, porque entonces ve el peligro de la caída del edificio . . . Sería injusto, sin embargo, desconocerle el alto mérito suyo de rechazar en esa época absolutamente toda veleidad monárquica. En tal sentido, continuó la tradición, de O'Higgins y de los Carrera, o sea de los dos grandes bandos surgidos entre los patriotas durante la lucha por la Independencia de Chile. Y lo trascendental de su política consiste en haber asentado, en los hechos, un régimen jurídico estable, que se desarrolló constitucionalmente sin interrupciones hasta 1891 y que se caracterizó por favorecer las relaciones mercantiles y el desarrollo capitalista, en condiciones que condujeron desde la década del 50 del siglo pasado al predominio de los liberales.

SU NACIONALISMO

COMO POLÍTICO burgués, fue un decidido nacionalista, quizás si el primer nacionalista a todo trance en la historia de Chile. Su nacionalismo estuvo ensombrecido por algunas dosis de chovinismo que se expresaba, por ejemplo, al llevar la afirmación de su chilenidad hasta el extremo de expresarse en términos despectivos de pueblos de países vecinos. Por ejemplo, su correspondencia de Lima está llena de comentarios hirientes. El 3 de Febrero de 1822 le dice a su socio Cea: «. . . este pueblo se desvive por todo lo extraño y aborrece lo suyo»⁴⁷. El 10 de Febrero le reitera, al referirse al pueblo peruano: «esta gente descontentadiza de todo lo bueno, malo y regular»⁴⁸. El 22 de Agosto del mismo año le hace la siguiente confidencia: «De amores Ud. sabe que me cargué con un hijo a quien pienso reconocer: la historia es conocida de Ud. Lo que siento es que sea pe-

⁴⁷ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 173.

⁴⁸ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 174.

ruano»⁴⁹. El 1° de Diciembre aún añade: «Mi presencia en Lima no tiene objeto y no volveré a esa ciudad desgraciada (esta vez escribía desde El Callao) para nada en este mundo»⁵⁰. El 6 del mismo mes se refiere al fracaso de su empresa comercial en el Perú en estos términos: «Y ahora, mi amigo, es la ocasión para filosofar de los bienes y los males que nos ha reportado nuestra venida a esta tierra maldita»⁵¹.

Tal inclinación era ajena a los hombres públicos chilenos anteriores y en especial a O'Higgins, que organizó la Expedición Libertadora al Perú, mantuvo relaciones entrañablemente fraternales con Argentina, Bolivia y Perú y en el exilio se colocó como soldado a las órdenes de Bolívar para combatir por la Independencia del país del Norte. Es una orientación nueva, que corresponde al nacimiento de tendencias expansionistas desde la cuna de la burguesía chilena, que surgió con mayor empuje y desprecio a las oligarquías feudales anárquicas de los otros países. No es casual que en la misma carta a su recadero Garfías en que se quejaba, el 30 de Agosto de 1832, porque el gobierno del presidente Joaquín Prieto mantenía cordialidad respecto de O'Higgins que continuaba en el Perú, Portales delinease su pensamiento de imponer a ese país una política no discriminatoria respecto de las mercaderías que hubiesen pasado por Valparaíso⁵². Entonces no existía el Canal de Panamá y Valparaíso aspiraba al rango de primer y más

importante puerto del litoral americano del Pacífico. En otros términos, O'Higgins se preocupó de este problema llamando la atención sobre el interés chileno en el Estrecho de Magallanes; pero, se distinguió de Portales en que no sentía la necesidad de un conflicto con el Perú y ponía el acento en la importancia para América Latina de una amistad y colaboración chileno-peruana. Para Portales, este asunto se convirtió casi en una obsesión. Cuando Garfías le informó que sus advertencias no eran debidamente consideradas en el gobierno, el 2 de Septiembre le contestó con una amplia exposición reiterando sus puntos de vista⁵³. Tres años después, al volver al Ministerio, lo impulsaba sobre todo su preocupación por las tentativas de reconstituir el virreinato del Perú en la forma de una Confederación Perú-Boliviana, con miras a extenderse al Ecuador y a Chile. Cuando el 28 de Octubre de 1836 estableció el mariscal

⁴⁹ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 187.

⁵⁰ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 191.

⁵¹ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 192.

⁵² «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Pág. 231.

⁵³ «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Pág. 236 a 242. El párrafo fundamental de esta carta es el siguiente: «El Gobierno del Perú tiene establecidos sus almacenes de depósitos y tiene el derecho de exigir tanto sobre las mercaderías que le vayan en derecho, y tanto sobre las que hayan pasado por Valparaíso, de lo que resultaría precisamente que antes de un año todos los buques de Europa harían su viaje en derecho al Callao; que ninguno de los destinados a él querrían traer carga para Chile, y siempre la mayor parte de ella para El Callao y otros puertos hasta San Blas. Vea Ud. las consecuencias. De Inglaterra, por ejemplo, no vendría un buque en derecho a Chile mientras no se acopiase toda la carga de que fuera capaz, lo que haría muy tardías las remesas. Entre tanto aquí sufrimos multitud de trastornos en la plaza y las fortunas, porque Ud. sabe la diferencia que hay de introducir un cargamento entero de una vez, que de introducir en diversos tiempos y cantidades. Yéndose los buques en derecho para Lima nos privaríamos no sólo del 3% de tránsito en que se ha fijado esa persona, y que ya está suprimido por una ley o debe suprimirse; sino del derecho del almacenaje y de los considerables gastos que hace un buque en la bahía, de composturas y recorridas, de rancho para las tripulaciones, de gastos de jornaleros, y aún de los socorros que reciben las tripulaciones y que quedan en las pulperías de Valparaíso; gastos de agua, etc., etc. Así es como debe mirarse la cuestión y no como dice habersele ocurrido a esa persona. No hay la menor duda de que si el gobierno del Perú tiene buen ojo para calarnos, puede despoblar nuestros puertos». (¿Quién era «esa persona»? Don Antonio Garfías le había transmitido la queja de Portales, de la carta anterior, por la disolución del regimiento Cazadores, «a la persona que me indica» y ésta le objetó que no era previsible el conflicto con el Perú. Se supone que «esa persona» fuese el Presidente de la República, general Joaquín Prieto).

Santa Cruz esa Confederación, Portales se orientó a la guerra a fin de destruirla. En general, la oligarquía terrateniente y el propio Ejército no se sentían inclinados al conflicto. Tal resistencia llegó a conducir a la sublevación de una parte de las fuerzas armadas que, alentada por el ambiente de fronda aristocrática, apresó y asesinó a Portales; pero, los amotinados fueron vencidos justamente en Valparaíso, el centro más vigoroso de un desarrollo capitalista. El gobierno permaneció inmovible y llevó adelante la empresa diseñada por el Ministro muerto. Esto indica que no se trataba de una política personal, sino de una política de la principal clase dominante, que contaba con suficientes fuerzas para imponerse. La proyección de esta política se encuentra en las dos expediciones al Perú, la del almirante Blanco Encalada en 1837 y, más tarde, la del general Manuel Bulnes, triunfador de la batalla de Yungay, en 1839, así como después en la Guerra del Pacífico en 1879, en la cual ya influyeron en primer plano los intereses de la burguesía minera.

Más allá de las contingencias de estas luchas entre pueblos hermanos, perdura sin embargo una saludable lección contenida en lo que Portales entendía por nacionalismo. A medida que Chile se daba instituciones constitucionales avanzando por un desarrollo mercantil de su economía, la expansión incipiente de sus fuerzas productivas y las consiguientes instituciones democráticas burguesas, se levantan en su contra las odiosidades de los elementos feudales y retrógrados y de los caudillos militares bárbaros de otras regiones de la América Latina. Los investigadores han podido establecer vinculaciones foráneas de varias de las conspiraciones contra el Gobierno del presidente Joaquín Prieto y, en especial, de la que culminó con el asesinato del ministro mártir. Pero, la fuerza de Chile dimanaba de ir dándose un régimen económico-social y político más

avanzado, colocándose en su época más adelante que los demás. Tradicionalmente en nuestra historia, a partir de Portales se manifestó una tendencia patriótica de resistencia ejemplar al cerco que sobre Chile intentaron establecer los que deseaban detener en América Latina la marcha del tiempo y de repulsa patriótica hasta el menor intento de traición interna de los reaccionarios. De otro lado, la seguridad nacional de Chile se ha visto debilitada en la medida en que en el país han logrado prevalecer las fuerzas anti-populares en períodos oscuros de retroceso social.

Es en mérito de estas consideraciones que Benjamín Vicuña Mackenna, aunque condenó, movido por sentimientos latinoamericanistas, con franqueza y ejemplar valentía la guerra que Portales promovió contra la Confederación Perú-Boliviana, a la vez estampó estos juicios: «Resumiendo, pues, y apartando a un lado el criterio minucioso de sus virtudes y sus faltas, de sus grandes hechos o de sus funestos errores, don Diego Portales tuvo un mérito preclaro, por el que la posteridad agradecida le tributará siempre el culto del respeto. Portales fue un gran patriota, un gran chileno. Amó a Chile con idolatría y, si no es vulgar la frase, fue chileno hasta la médula de sus huesos y hasta la última tela del corazón. Todo lo pidió al mundo para Chile y todo lo que él era, en fuerza, en fortuna, en abnegación lo puso de ofrenda en el altar de la patria, en cuyas aras derramó su sangre, muriendo tan pobre que, sin el concurso del Estado, sus herederos no habrían tenido con que honrar sus huesos. Decía que Chile era la joya del nuevo mundo. Llamaba a la República, con orgullo, «La Inglaterra del Pacífico», y afirmaba que en las aguas de este mar inmenso no debía dispararse jamás un cañonazo sino para saludar la estrella de nuestro pabellón: tan grande era su ambición de gloria y poderío para el suelo en que había nacido. Los partidos continuarán todavía largos e ingratos

años disputando sobre la mortaja o el bronce que ha reproducido las facciones de la víctima del Barón, su grandeza o sus errores. Pero, en los venideros siglos, cuando las pasiones y los hombres descansan en el mismo osario, no quedando en pie de todas sus efímeras luchas sino el único sentimiento que sostiene y engrandece a los pueblos: **el amor a la patria**, el nombre de Portales será perdonado de sus errores y su memoria, limpia entonces de toda sombra, brillará alta y justificada, porque si fue tirano, fue también mártir y nunca, nunca, dejó de ser chileno»⁵⁴. Esa encendida defensa tiene la cualidad de completar las páginas en que el historiador liberal del siglo pasado dá la razón, como he dejado constancia, desapasionadamente, al Perú y Bolivia en la controversia sostenida con el gobierno de Chile, en que Portales era factor determinante.

Además, Portales no limitó jamás su nacionalismo al nivel de los meros antagonismos con los países vecinos. En una época en que gran cantidad de ingleses y otros europeos se establecían en Chile y disponían de influencias, su posición fue de celoso resguardo de la dignidad del país, declarándose enemigo consecuente de que cualquier capitalista extranjero gozara de un trato más favorable que sus congéneres chilenos. A comienzos de 1832, algunos cónsules reclamaron al gobierno que Portales en Valparaíso tendría el propósito de alistar a sus connacionales en las Guardias Cívicas. En la respuesta, del 16 de Enero de ese año, Portales no se limitó a dejar constancia de que eso no había ocurrido y que había pensado «proceder con una discreción cual conviene para no causar alarmas que aunque injustas y de ninguna importancia es mejor que no las haya». En esa carta, dirigida al ministro Joaquín Tocornal, le agrega: «El pulpero, el tendero y todos los extranjeros

⁵⁴ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VIº. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Páginas 591 y 592.

empleados en el país en giros u ocupaciones que no le son permitidas por la ley sino a los hijos del país deben servir con éstos en la guardia cívica; si se resisten es preciso que dejen esas ocupaciones o que se derogue la Ley que se las prohíbe declarando con la derogación que son los extranjeros de mejor condición que los chilenos, pues que gozan de todos los beneficios que se conceden a éstos sin ninguno de los gravámenes». E insiste: «Hagamos justicia a los extranjeros, demosles toda la hospitalidad que sea posible; pero nunca hasta colocarlos sobre los chilenos. Es preciso que les hagamos también entender que no podemos ser la befa ni el desprecio de ellos, y que los contengamos en sus límites, antes que pasando más tiempo quieran hacer prescribir las leyes, autorizar sus avances con la posición inveterada, posesión en que sólo se han podido ir entrando por nuestras debilidades y nuestros descuidos»⁵⁵.

Aún antes de que el 2 de Diciembre de 1823 se formulase la Doctrina Monroe, ya cuando algunas expresiones del Presidente Monroe la anticipaban, Portales la criticó acerbamente, denunciando el peligro yanqui. En carta desde Lima fechada «Marzo de 1822» y que es anterior a otra del 7 de ese mes, dirigida a su socio José M. Cea, le expresó casi simultáneamente con el Mensaje del jefe del gobierno norteamericano al Congreso recomendando el reconocimiento diplomático de los gobiernos latinoamericanos, estas proféticas palabras: «Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie de este particular, voy a dar mi opinión. El Presidente de la Federación de N. A., Mr. Monroe, ha dicho: **se reco-**

⁵⁵ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1936. Páginas 392 y 393.

noce que la América es para éstos. ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar Ministros, delegados, y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia de toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento»⁵⁶. Esta rotunda condenación de Portales a la dominación norteamericana es precursora de la recta línea antiimperialista del movimiento popular chileno y sale al paso de los vendepatrias que entregaron el cobre y de los traidores a Chile que se confabulan ahora con la I.T.T. y tratan de conseguirles a la Anaconda y la Kennecott que se deje de hecho sin efecto la nacionalización, por la vía de otorgarles indemnizaciones inconstitucionales, contratos de asesoría y participación en los órganos de comercialización del metal rojo.

Ha extrañado a los historiadores que Portales, recién asumida por él la gobernación de Valparaíso a fines de 1832, se empeñase terca e inflexiblemente en hacer ajusticiar al piloto norteamericano de barco ballenero Mr. Padock, que en un acceso de locura cometió algunos asesinatos en ese puerto. El 15 de Enero de 1833, Mr. Padock fue ahorcado en el muelle de Valparaíso, después que Portales desestimó agriamente las gestiones que hizo en su defensa

⁵⁶ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia. Santiago de Chile, 1936. Páginas 176 y 177.

primero el Cónsul de Estados Unidos, Mr. Bispham, y después el Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos, Mr. Ham, y ordenó relegar a Valdivia al médico Dr. Antonio Torres por haber emitido un informe favorable al norteamericano. La razón de dicha actitud estuvo, según se desprende de su correspondencia y del testimonio de sus contemporáneos, en que compartía el juicio popular intransigente en cuanto a rechazar todo privilegio para un influyente extranjero en desmedro de las víctimas nacionales y hasta el menor indicio de un trato diferente al usual para los chilenos.

La correspondencia suya sobre esta materia muestra a un Portales que es consciente de su posición de clase diferente al elemento popular, particularmente al obrero y al artesano, pero a la vez cuidadoso de auscultar los sentimientos de los masas trabajadoras. Respondiendo el 12 de Enero de 1833 a Guillermo Blest y Santiago Ingram, que le habían solicitado clemencia para el yanqui, les advierte: «En conclusión, aseguro a Uds. que no desconozco la buena intención que les ha movido a escribirme la carta que dejo contestada; les soy agradecido por ella y les ruego se persuadan de la rectitud de mi conciencia y de mis justos deseos de evitar que, convertido mañana Valparaíso en un San Andrés, pueda repetirse la tragedia de San Bartolomé. Con la suspensión que se ha hecho hoy de la ejecución de la sentencia, no se oye decir otra cosa entre ciertas gentes que **si el reo fuera chileno ya estaría olvidado**. Así se disponen los ánimos insensiblemente, y un día, al hacer fusilar un roto, puede levantarse el grito de que para ellos sólo hay justicia, y armarse una fiesta en que tal vez me toque morir defendiendo a los señores que hoy me critican». Pero, no es únicamente temor a la reacción popular. Llevó al caldoso al yanqui, según expresa en la misma carta, proclamando: «Soy naturalmente compasivo; pero más amante de las leyes, del buen orden y del honor de mi pobre y des-

graciado país». Ese concepto del honor nacional, incompatible con privilegios para el norteamericano, lo lleva también en ese documento a protestar contra lo que denomina «extranjerismo»⁵⁷.

Nada más ajeno a la xenofobia que este repudio de Portales al «extranjerismo». El se oponía, precisamente, a que el extranjero fuese colocado en un plano superior o inferior al chileno. Su tesis era la igualdad jurídica. Pero, no se conformaba con ello y sostuvo enfáticamente la conveniencia de aprovechar para Chile los servicios de extranjeros eminentes. Se conoce, al respecto, su amistad afectuosa y su afinidad ideológica con Andrés Bello. Se preocupó en Valparaíso de prestar ayuda al naturalista Gay. Se interesó por la contratación de diversos profesores europeos. Entre sus colaboradores de mayor confianza se contaron el español Victorino Garrido y el guatemalteco Antonio José de Irrisarri, el primero uno de sus jefes militares y encargado de la captura de la flota peruana y el segundo su Intendente de Colchagua. Precisamente, uno de los argumentos aducidos por los amotinados de Quillota para apresar al Ministro de Guerra fue que Portales daba preeminencia al general peruano La Fuente. Y en la batalla del Barón el vicealmirante Blanco Encalada contó con los húsares de Junín, reclutados por dicho general La Fuente, y entregó además un importante mando al general Castilla, igualmente peruano.

Y hay algo aún más decidor. Desde tiempos de Portales se hizo tradicional en Chile brindar asilo a los luchadores por la libertad de otros pueblos latinoamericanos. La república portaliana fue la que dió hogar en nuestra tierra y plenos derechos para trabajar, escribir y prestar su colaboración a la contienda que mantenían los patriotas

⁵⁷ «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Pág. 269, 270 y 271.

en sus países, a eminentes demócratas como, por ejemplo, los argentinos Sarmiento, Mitre y López, el primero de ellos fundador de la Escuela Normal en Santiago, establecimiento ahora tan odiado por la reacción profascista.

Lo que debe entenderse en la posición de Portales es el cuadro de la época y su actitud en él. Fue una honrosa tradición de los fundadores de nuestra república su solidaridad y afecto por la Revolución Francesa y su repudio a la Santa Alianza, en términos similares a lo que hoy se conoce de parte de las fuerzas populares de solidaridad y afecto por la revolución soviética y de repudio al eje fascista. Portales, volteriano y «afrancesado», no fue ajeno a esos sentimientos. Durante su gobierno se diseñaban dos peligros incisivos: la Santa Alianza europea y la Doctrina Monroe de Estados Unidos. Con celo extremo, Portales estuvo decidida, audaz y categóricamente contra ambas amenazas.

Entre los tantos episodios de tiempos de Portales que examinó Vicuña Mackenna y silencia Encina se encuentra la separación del vicecónsul francés en Valparaíso M. Verninac, que tuvo que ser retirado por su gobierno ante la notificación de que, en caso contrario, se le cancelaría el exequáter y expulsaría del país. El fondo del asunto consistía en una intriga promovida, a través de ese cónsul, por la Santa Alianza y que fue cortada de raíz. El encargado de negocios de Francia, M.A.L. Regueneau, interpuso una reclamación en la Moneda acogiendo acusaciones de supuesta descortesía formuladas por M. Verninac contra Portales, entonces Intendente de Valparaíso. El gobierno, a través de notas redactadas por Andrés Bello, acusó al encargado de negocios de conducta irresponsable, obligándolo a dar explicaciones, e hizo salir al vicecónsul.

La documentación proporcionada por Vicuña Mackenna demuestra que Portales no acostumbraba pagar las visitas

de etiqueta de los comandantes de los barcos que arribaban a Valparaíso ni rendir de ninguna manera pleitesía a las grandes potencias, en esos años en que desde la Santa Alianza europea, el gobierno expansionista norteamericano y la altiva Albión se manifestaban tendencias opuestas al desarrollo independiente de la nación chilena⁵⁸.

Por otra parte, tampoco sería justo condenar con ligereza los atisbos de un nacionalismo mal orientado que he señalado en él con relación al Perú. Sin conciliar de forma alguna con tales tendencias, hay que entender las expresiones de su correspondencia tomando en cuenta que Portales fue un comerciante, por lo tanto hombre de un sector relativamente avanzado de esa época, que llegó al antiguo Virreinato detrás del Ejército Libertador patrocinado por O'Higgins, conducido por Lord Cochrane y que comandara San Martín. Hijo de la Independencia, al juzgar a la sociedad peruana pesaban en su ánimo los antiguos resquemores contra la Corte española, en cierta medida sentidos también por los chilenos respecto de la Corte limeña.

Lo más importante fue que en su nacionalismo, a pesar de todo, predominaron los quilates de buena ley de la altivez respecto de las grandes potencias capitalistas de su tiempo, un amor efectivo a su tierra y un ansia de independencia y de progreso, o sea valores que lo presentan como precursor del antiimperialismo contemporáneo, y en contradicción con las corrientes fascistas que, hoy en día, incrustadas en el Partido Nacional, enmascaran en el término «nacionalismo» un nazismo regresivo, proimperialista y antipopular.

En efecto, los tópicos portalianos se vinculan en nuestro siglo XX a asuntos influídos por acontecimientos que no

podían considerarse en el siglo XIX por la sencilla razón de aún no haber acaecido. Mientras en la Guerra de Secesión triunfaron en Estados Unidos las fuerzas antiesclavistas, abriendo paso a un desarrollo impetuoso de la economía, en cambio en Chile se impusieron en la Contrarrevolución de 1891 las fuerzas regresivas, con las más funestas consecuencias. En 1903 Theodoro Roosevelt dió el zarpazo de Panamá, que en lo particular redujo la importancia en el Pacífico de Magallanes y de Valparaíso y en lo general colocó a toda América Latina, incluso a Chile, ante la más brutal amenaza a la independencia económica y política de cada uno de nuestros países.

Amar a Chile como lo amó Portales pasó a ser inseparable de bregar, como lo hizo Balmaceda, por la recuperación de las riquezas básicas y contra las «inversiones extranjeras» de carácter imperialista. Volvió a cobrar plena actualidad el concepto de solidaridad latinoamericana, de hermandad de los pueblos, proclamado y vivido por O'Higgins, San Martín, Bolívar, Sucre. Ya Vicuña Mackenna levantó bandera en Chile de apoyo a la lucha emancipadora de Cuba y aquí la «enmienda Platt» fue sentida como una espina clavada en el corazón de América Latina. Poco después de apoderarse Estados Unidos del Canal de Panamá, en la Escuela Santa María de Iquique se efectuó una masacre horrible, con la que se estrenaron en Chile las ametralladoras; había allí miles de familias de trabajadores mineros del salitre chilenos, peruanos y bolivianos; los cónsules de Bolivia y del Perú fueron a prestar amparo y obtuvieron el derecho a salir de sus connacionales; pero, éstos no aceptaron separarse de sus compañeros chilenos y murieron con ellos, en una definición de internacionalismo proletario que continuó la tradición de argentinos, bolivianos, peruanos, chilenos, paraguayos, ecuatorianos, colombianos, venezolanos, antillanos, centroamericanos, uru-

⁵⁸ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VIº. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Páginas 737 a 761.

guayos, mexicanos, enfrentando juntos a los enemigos de la Independencia a comienzos del siglo anterior.

Al irrumpir la clase obrera en el escenario histórico, enarboló el internacionalismo proletario y rechazó el nacionalismo burgués, o sea la tendencia a contraponer los intereses del país a los intereses comunes de los pueblos. Ella, cuyos intereses son inseparables de los auténticos intereses nacionales, ha demostrado cómo el patriotismo más consecuente y la defensa intransigente de cuanto conviene efectivamente a la nación chilena se funden con la solidaridad de los pueblos. El Partido Comunista de Chile ha educado a su clase y a su pueblo en el rechazo a los odios nacionales, a las querellas nacionales y al aislamiento nacional.

En la tierra latinoamericana la gesta de Fidel Castro elevó inmensamente la conciencia patriótica antiimperialista de todos nuestros pueblos. Las victorias del pueblo cubano han contribuido a que se despliegue más potente el orgullo sano de ser latinoamericanos de esta época, inaugurada en escala mundial por la Gran Revolución de Octubre, de paso del capitalismo al socialismo.

Mil ingredientes forman este sentimiento poderoso. En Chile, no son ajenos a él la condenación de Portales a la Doctrina Monroe y al Panamericanismo y su amor entreñable a la independencia y la grandeza de la patria.

LOS COMUNISTAS, al juzgar a personalidades de otro tiempo como Diego Portales, lo hacemos con absoluta objetividad y ajenos a cualquiera tentación iconoclasta. Carlos Marx y Federico Engels, junto con plantear rigurosa y magistralmente en el **Manifiesto del Partido Comunista** la revolución socialista, dejaron constancia con precisión científica del aporte que en su época brindó la burguesía a la historia de la humanidad. Los comunistas no nos referimos a las formaciones económico-sociales anteriores desde el punto de vista de condenaciones morales que intenten aplicarles los valores contemporáneos, sino de la apreciación del desarrollo real de las fuerzas productivas y de la cultura y de la lucha de cada momento por la consecución del progreso, las condiciones sociales de la vida de las masas y los cambios experimentados en ellas. Esta es la exigencia que formuló Lenin a quienes aborden temas históricos. Indicó, al respecto: «El marxismo señaló el camino para una investigación universal y completa del proceso de nacimiento, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales, examinando el **conjunto** de todas las tendencias contradictorias y concentrándolas en las condiciones, exactamente determinables, de vida y de producción de las dis-

tintas **clases** de la sociedad, eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las diversas ideas «dominantes» o en su interpretación y poniendo al descubierto las **raíces** de todas las ideas y de todas las diversas tendencias manifestadas en el estado de las fuerzas materiales productivas, sin excepción alguna. Son los hombres los que hacen su propia historia, pero ¿qué determina los móviles de estos hombres, y, más exactamente, de las masas humanas; ¿a qué se deben los choques de las ideas y aspiraciones contradictorias; ¿que representa el conjunto de todos estos choques que se producen en la masa toda de las sociedades humanas?; ¿cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actuación histórica de los hombres?; ¿cuál es la ley que preside el desenvolvimiento de estas condiciones? Marx se detuvo en todo esto y trazó el camino del estudio científico de la historia concebida como un proceso único y lógico, pese a toda su imponente complejidad y a todo su carácter contradictorio»⁵⁹.

El mismo Lenin advirtió, en otras de sus obras: «La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales enseñan con toda claridad que no hay nada en el marxismo que se parezca al «sectarismo», en el sentido de una doctrina encerrada en sí misma, rígida, surgida **al margen** del camino real del desarrollo de la civilización mundial»⁶⁰.

Los chilenos comunistas nos enorgullecemos, antes que todo, de la conciencia y la obra de nuestra clase obrera, de la labor de Luis Emilio Recabarren y de Elías Lafertte, de la firmeza ejemplar con que el proletariado ha afrontado horribles masacres y represiones prolongadas, de la capacidad con que ha erigido sus destacamentos de

lucha, pero también de los aportes que otras generaciones y otros hombres han dado en esta tierra bregando por la independencia, la libertad y el progreso.

Son muchos los que se han estrellado, sin poder llegar a la comprensión de Portales, con el odio de Lastarria. Lo que debe esclarecerse es el gran avance que tuvo Chile en el breve lapso entre Portales y Lastarria. Este último quiso ser fiel a su época, negando al Portales que representaba un momento de nuestra Historia, aunque indispensable y vital, ya entonces superado. Sin lo que hizo la generación de Portales no puede concebirse la generación de Lastarria; pero, esta última no habría sido tal sin una lucha sin tregua contra los rasgos negativos de su antecesora. Excede, eso sí, los alcances de este trabajo, juzgar las inconsecuencias de los liberales de tiempos de Lastarria, que recibieron un país pujante y no supieron plantearse, tampoco ellos, una revolución democrática profunda que aventase al latifundio. De allí que incurrieran en cierta retórica casi hueca, de la que al menos está libre el Portales que, en alguna medida, fue su precursor abominado.

Otro factor que encandiló a muchos investigadores fue hacer abstracción, al estudiar a Portales, no sólo de las grandezas, sino también de las limitaciones de los años en que tomó el timón del país.

Pareciera muy grosero su maniqueísmo, aquel culto a la ley que la erigía, a cada paso, en juez absoluto, para colocar a su diestra a buenos sin tacha y a su siniestra a malos sin remisión. Tanto a los que rediculizan esa ética primitiva como a los que intentan reaccionariamente reeditarla, hay que decirles: se trata del Chile de 1830. En la vieja Europa, aún Carlos Marx y Federico Engels eran niños. Todavía no habían sido publicadas algunas de las principales obras de Hegel. En la filosofía predominaba el pensamiento de Kant, con su idealismo trascendental.

⁵⁹ «Carlos Marx» por V. I. Lenin. Incluido en «V. I. Lenin. Obras Escogidas en tres tomos». Ed. Progreso, Moscú 1970. Tomo 1º. Páginas 33 y 34.

⁶⁰ «Tres fuentes y tres partes integrantes del Marxismo», por V. I. Lenin. Incluido en «V. I. Lenin. Obras escogidas en tres tomos». Ed. Progreso. Moscú, 1970. Tomo 1º, Página 61.

Precisamente, ¿quién se ha referido con mayor unción que Kant a la rígida necesidad de la ley, glorificando su «majestad»? Es sabido que, al reintroducir el concepto de fin en la filosofía, lo hizo antes que todo en el terreno de la actividad humana. Su moral pura ignora hasta la menor posibilidad de colisión de deberes. Era el apogeo de las ilusiones sobre la perfectabilidad del desarrollo de la sociedad burguesa. En tal sentido, lo admirable al releer hoy a Portales es que, sin jactancia, estuviera de una manera tan notable al día con los criterios que en Europa representaban la filosofía avanzada de entonces.

En cuanto a liberalismo, conviene traer a colación lo que, refiriéndose a poco tiempo antes en Alemania, explica Lukacs al escudriñar en la biografía del «joven Hegel». Dice al respecto: «Los liberales alemanes de la época suelen presentar sus reivindicaciones de un modo dogmático, sin ser consideración de la real correlación de fuerzas. (Y para evitar todo malentendido subrayaremos explícitamente que estamos hablando sólo de los ideólogos del liberalismo, no de los pocos demócratas revolucionarios alemanes, del tipo de Georg Forster.) En los lugares en que, a consecuencia de las guerras francesas, ha surgido una especie de pseudo-constitucionalismo, el dogmatismo de esos liberales se mezcla con un oportunismo pequeño burgués y con una política de campanario de lo más limitado mentalmente (por ejemplo, los liberales de la Alemania meridional). Como Goethe, de un modo parecido Hegel descubre las limitaciones de ese liberalismo alemán. No comparte sus ilusiones ni en el juicio acerca de la situación alemana ni por lo que hace a las condiciones económico sociales de la vida de la sociedad burguesa. Pero su crítica al respecto, acertada muchas veces, está también en él mezclada con ilusiones de otro tipo y que ya conocemos. Esas ilusiones le llevarán más tarde, en algunas cuestiones concretas, a tomas de

posición abiertamente reaccionarias. Las limitaciones y las ilusiones de las dos actitudes entonces posibles reflejan, cada una a su manera, la misma «miseria alemana»: la derrota incluso de los más altos ideólogos alemanes, los que tenían un horizonte internacional más amplio, por la mediocre, provinciana situación social de Alemania. Sólo con el nacimiento de un **movimiento** resueltamente democrático inmediatamente antes y después de la Revolución de Julio en Francia (1830), empieza la real superación de aquella mezquindad (Heine, Georg Büchner). Pero basta recordar la lucha del joven Marx con los «jóvenes hegelianos» radicales para comprender las profundas raíces que han tenido esas ideologías limitadas en la situación social de Alemania»⁶¹.

Y no se venga a decir que la comparación es muy traída de los cabellos. Hegel defendía en esos años la reforma constitucional «desde arriba», arremetiendo contra los representantes de los derechos de los estamentos, con argumentos que estaban dirigidos contra los aspectos conservadores de esas reivindicaciones aparentemente liberales. No en balde citaba a su favor el ejemplo del pueblo francés que destruyó el «viejo derecho» de los feudales. En cuanto a atraso y provincialismo, no puede discutirse que Chile estaba más atrás y era una dimensión más limitada en relación a la Alemania de Hegel y de Goethe. ¡No le exijamos a Portales más que a ellos! Y lo cierto es que Portales, al menos, enfrentó a la Santa Alianza, a Monroe y a las tendencias de constitución de una Confederación heredera del Virreinato del Perú, que con el apoyo de las oligarquías venía a ser un remedo, guardando las proporciones, de la vía hacia un imperio como el de Bismarck.

Hoy participan nuevas fuerzas sociales en la gran

⁶¹ «El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista», por George Lukacs. Ed. Grijalbo. México, 1963. Páginas 152 y 153.

pugna histórica de Chile y del mundo. La clase obrera ha sido educada por Marx en la valoración objetiva de quienes la antecedieron en el escenario. En Portales encuentra caracteres muy diferentes a los suyos; pero, también, sorprendentes anticipaciones a un estilo de nuestro tiempo, el que tiende a despersonalizar la política, abominando de caudillos para asentar los partidos y los movimientos populares en la sólida base de las direcciones colectivas.

Además, el hecho mismo de que el gobierno popular de Salvador Allende esté resolviendo tareas de la revolución democrática que ya eran acuciantes al nacer la república, especialmente la necesidad de una reforma agraria, y que se haya propuesto eliminar una dominación extranjera en nuestra economía que había cobrado una magnitud que hubiera parecido inconcebible en 1830, son factores que colocan de sorprendente actualidad ciertos tópicos portalianos. Uno de ellos, cuando el gorilismo campea en algunos países de América Latina y levanta sus orejas en nuestras fronteras con Bolivia, es la firmeza con que Portales combatió, declarándolo incompatible con el progreso de Chile, el golpismo cuartelero y sostuvo, como requisito para que las fuerzas armadas sirvan a la nación y defiendan con honor su soberanía, el acatamiento a la autoridad democrática. Del modo que Carlos Marx bucea en su **Ideología Alemana** en las razones históricas que hicieron del funcionario un factor hiperdesarrollado en su significación en ese país, pudieran indicarse muchas circunstancias que han contribuido en América Latina a que las oligarquías feudales del siglo pasado y las oligarquías financieras criollas y de las potencias imperialistas en este siglo hayan erigido, en rueda decisiva el desquiciamiento regresivo, de manera similar al funcionario prusiano, acá al militar que arbitrariamente ejerce un mando usurpándolo.

Ramón Sotomayor Valdés describió el cuadro en que

se presentaba este fenómeno en Chile antes de ascender Portales al gobierno: «El ejército, cada vez más desmoralizado, era una amenaza continua, y las insurrecciones y motines se repetían con una frecuencia desesperante, en tanto que el gobierno hacía alarde de un linaje de liberalismo que consistía en no castigar los delitos contra el orden público, en mendigar la obediencia del ejército cerrando los ojos sobre su corrupción, y en escrupulizar muy poco con respecto a la conducta y cualidades de los hombres públicos con tal que rindiesen su homenaje farisaico al platonismo político de la época»⁶². En esos días todo cuartelazo contaba con impunidad.

Diego Portales no vio otra salida que colocar un contrapeso a la fuerza del ejército, organizando una milicia o guardia cívica armada y con instrucción de combate, de carácter civil, formada por la burguesía y la pequeño-burguesía urbanas, y que obedeciera directamente a la autoridad representativa surgida de las elecciones.

A raíz de la crisis institucional de 1829, renunciados el presidente de la república y el vicepresidente y en lucha el ejército central con el ejército del Sur, se suscribió el Pacto de Ochagavía y se entregó el mando a una Junta civil que convocase a nuevas elecciones. La situación era muy inestable. ¿Como consiguió Portales producir un viraje? Refiriéndose a ese momento decisivo, José Victorino Lastarria, su crítico implacable, anota la determinación que fue como un golpe de timón. Deja constancia que: «La Junta había reorganizado la guardia nacional de Santiago con el nombre de **milicia cívica**»⁶³. De acuerdo con el Pacto de Ochagavía, el general Ramón Freire era Capitán General

⁶² «El Ministro Portales», por Ramón Sotomayor Valdés. Artículo incluido en el Tomo 1º de la «Revista Chilena», publicada bajo la dirección de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Imprenta de la República. Santiago de Chile, 1875. Página 85.

⁶³ «Don Diego Portales. Juicio Histórico», por José Victorino Lastarria. Imprenta de El Correo. Santiago de Chile, 1861. Página 64.

del Ejército Nacional con autonomía de hecho respecto del Ejecutivo y del Parlamento. Esto le pareció a Portales intolerable. Con intransigencia abogaba por la dependencia y subordinación obediente de las fuerzas armadas al poder civil, o sea a las autoridades generadas dentro de las imperfectas reglas democráticas de la época. Por eso, se preocupó de que se consolidaran rápidamente las instituciones representativas y la milicia cívica de Santiago estuviera en condiciones de neutralizar al Ejército. En estas condiciones, hizo regresar al Ejército del Sur, dirigido por Prieto, que recién había derrotado a los montoneros proespañoles Pincheira. El Ejército central quedó con sus espaldas amenazadas por las guardias cívicas de Santiago y sucumbió al enfrentarse con el Ejército del Sur, que mantenía una línea de acatamiento a la autoridad civil.

Desde 1830 hasta 1891, durante 61 años, en Chile fracasaron todos los complotos militares. Sólo en 1891 la oligarquía terrateniente y los banqueros, dirigidos por el imperialismo británico, lograron destruir la obra de Portales al sobornar a la Marina de Guerra y a algunos cuerpos del Ejército y derrocar, mediante una sangrienta Guerra civil, al Presidente Balmaceda. Todos los historiadores coinciden en denominar república portaliana al período 1830–1891. Ramón Sotomayor Valdés explica en los siguientes términos el secreto del poder que naciera bajo la inspiración de Portales: «Entonces aparecieron instituciones y reformas de trascendencia. Se instituyó la guardia cívica que, aunque no desconocida en el país en épocas anteriores, vino a ser bajo la mano de Portales una novedad y una institución formal por la ancha base en que fue planteada y por la organización y disciplina que desde el principio recibieron los diversos cuerpos de ciudadanos armados. El mismo tomó a su cargo la comandancia de uno de estos cuerpos, a cuya disciplina se dedicó con una constancia ejemplar. El Ejér-

cito, instrumento por tanto tiempo de las pasiones políticas, tuvo en la guardia cívica un contrapeso que debía disminuir con mucho su funesta y exclusiva influencia en la suerte de los gobiernos y de los partidos. A este contrapeso añadió Portales la preparación moral y científica de los futuros jefes del ejército, mediante el establecimiento de la Academia Militar de Santiago»⁶⁴.

El célebre retrato de cuerpo entero, de tamaño natural, de Diego Portales, que preside impresionantemente el gabinete de trabajo en La Moneda de los Subsecretarios del Interior, lo presenta vestido de uniforme. A algunos suele sorprenderlos este hecho, ya que Portales fue siempre civil; pero, el uniforme que ostenta con orgullo en ese cuadro, como constantemente lo hiciera en vida, es el de comandante de la guardia cívica, o sea de la milicia. Es por demás sabido que, mientras desempeñó el cargo de Ministro de Guerra, no descuidó jamás de alternar su actividad como jefe gubernativo del Ejército con la atención dedicada a la guardia cívica.

En la prensa y en los discursos parlamentarios de la época portaliana se rendía culto a la tradición clásica que, a través de las grandes epopeyas, junto con celebrar a los combatientes de la patria y rendirles homenaje, aborrecía la interferencia directa del Dios griego Ares o del Dios romano Marte en los asuntos gubernativos y le denostaba con la

⁶⁴ «El Ministro Portales», por Ramón Sotomayor Valdés. Artículo incluido en el Tomo 1º de la «Revista Chilena», publicada bajo la dirección de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Imprenta de la República. Santiago de Chile, 1875. Página 85.

⁶⁵ «La Iliada», por Homero. Editorial Bruguera S.A. Barcelona. España. 6a Edición, 1972. Pág. 119: «Hera: ¡Padre Zeus! ¿No te indignas contra Ares al presenciar sus atroces hechos? ¿Cuántos y cuáles varones aqueos ha hecho perecer temeraria e injustamente? Yo me aflijo, y Cípris z Apolo, que lleva arco de plata, se alegran de haber exitado a ese loco que no conoce ley alguna». Pág. 121: «Atenea: Ea, endereza los solípedos caballos a Ares el primero, hiérole de cerca y no respetes al furibundo Dios, a ese loco voluble y nacido para dañar, que a Hera y a mi nos prometió combatir contra los teucros en favor de los argivos y ahora está con aquellos y se ha olvidado de sus palabras». Pág. 205: «Ares, funesto a los mortales». Pág. 381: «Ares, manchado de homicidios».

energía con que le caracterizó Homero por presentarlo como arquetipo de lo más opuesto a una sabia dirección política⁶⁵.

Lastarria colocó entre los motivos de sus acerbas críticas a Portales esta preocupación suya constante por hacer imposibles los golpes de Estado militares. Dijo al respecto: «El Ejército estaba bien pagado y desde sus jefes hasta el último de sus soldados sabían que la delación era un nuevo medio consagrado para adquirir ascensos, recompensas y favor del gobierno; y para el caso en que, a pesar de semejantes alicientes, fuese desleal, se había prestado una atención preferente a la organización y disciplina de la guardia nacional, agasajando a los artesanos y empeñando su gratitud por medio del trato personal e íntimo, como por decretos supremos, tal como el de 6 de Mayo de 1830, en que el gobierno decía que **«deseando dar un testimonio de su reconocimiento a los importantes servicios que estaban prestando a la nación los cuerpos cívicos de la capital desde el momento en que los pueblos resolvieron vengar el ultraje con que fueron hollados sus sagrados derechos,** había solicitado del Congreso de Plenipotenciarios autorización para invertir cinco mil pesos en vestuarios que decían dárseles sin cargo alguno»⁶⁶. Sería absurdo idealizar la incipiente democracia burguesa de esos años en el país, con voto censitario, intervención electoral y otras limitaciones y que estaba erigida sobre un sistema de clases basada en la explotación de las masas trabajadoras urbanas y rurales, estas últimas sometidas a relaciones feudales y semif feudales; pero, es impresionante el hecho de que Lastarria se coloque en una posición aún más aristocratizante, al combatir al gobierno portaliano criticándole por el «trato personal e íntimo» con los artesanos. El hecho histórico objetivo es que

⁶⁵ «Don Diego Portales. Juicio Histórico», por José Victorino Lastarria. Santiago de Chile, 1861. Imprenta de El Correo.

tales artesanos y, en general, la pequeña burguesía urbana, se separó de sus ideólogos liberales y fue en las milicias cívicas un apoyo de la burguesía, manifestándose, según lo acreditan innumerables testimonios, con cierto orgullo por alcanzar un relieve social por esa vía.

Durante la etapa de Valparaíso de la vida de Portales, su preocupación más constante fue también allí la guardia cívica. Sus cartas desde el puerto están llenas de referencias al respecto. Ramón Valdés Sotomayor lo destaca: «En Diciembre de 1832 aceptó la gobernación de Valparaíso, y en los pocos meses que la desempeñó se contrajo con asiduidad a la organización de la guardia cívica y a la moralización del pueblo de aquella provincia»⁶⁷.

Pero, ¿qué valor práctico alcanzaron con Portales las milicias de comerciantes, artesanos, profesionales, empleados y obreros, dirigidas por el gobierno burgués, frente al ejército profesional? La prueba de fuego se dió en la batalla del Barón. El grueso del ejército preparado para la guerra con la Confederación Perú-Boliviana se sublevó, asesinando al ministro de Guerra. El almirante Blanco Encalada lo enfrentó y derrotó a la entrada de Valparaíso, en El Barón, teniendo como fuerza básica la guardia cívica de esa ciudad, que había sido organizada, adiestrada y comandada inicialmente por el propio Portales. El parte oficial de Blanco Encalada expresa: «Coloqué mis fuerzas en el orden siguiente: en la altura que domina de frente el camino que cae a la quebrada de Cabritería, formé en línea los dos batallones de la guardia cívica y, a corta distancia sobre su izquierda, la compañía de cazadores del Valdivia. Dos compañías que saqué de los primeros ocupaban la altura de la derecha, y un poco a retaguardia para pro-

⁶⁷ «El Ministro Portales», por Ramón Sotomayor Valdés. Artículo incluido en el Tomo 1º de la «Revista Chilena», publicada bajo la dirección de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Imprenta de la República. Santiago de Chile, 1875. Página 92.

teger ese flanco, y otra de los mismos fue colocada en el castillo del Barón. Dos compañías del batallón Valdivia frente al camino y a la subida de la posición, formando un martillo con el ala izquierda de la línea; y veinte pasos a retaguardia sobre el mismo camino las tres compañías restantes del Valdivia, en columnas cerradas por mitades. Tres piezas de artillería en frente de la línea, y una avanzada sobre dicha ruta delante del Barón, y la caballería al desembocadero de la misma sobre el estero del puerto»⁶⁸. Sin desmedro de la capacidad combativa de los cazadores y del Valdivia, el hecho histórico es que esta disposición de batalla los colocó, en la práctica, como reserva, porque es suficientemente conocido que el ejército insurrecto fue aniquilado desde las alturas que dominan el camino ante la quebrada de Cabritería.

La batalla misma la describe Encina en los siguientes términos: «Las descargas de los cívicos, casi a mansalva, ralearon las columnas de asalto desde el frente, mientras los cañones de los buques pronto las enfilaron de flanco. A pesar de las pérdidas, lograron avanzar algo; pero antes de producirse el choque, se desordenó la vanguardia y, al retroceder, envolvió las filas que la seguían. Sobrevino la confusión y la batalla se tornó una simple cacería para los cívicos de Valparaíso»⁶⁹. Fue así el pueblo de Valparaíso en armas la fuerza fundamental que aplastó a los golpistas cuartelaceros.

Derrotado el pronunciamiento militar, fueron condenados a muerte el coronel José Antonio Vidaurre; el comandante José Antonio Toledo; los capitanes Santiago Florín, Narciso Corvallo, Raimundo Carvallo, Daniel Forelius, Francisco López y Francisco Ramos; los tenientes Carlos Ulloa

⁶⁸ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964, segunda edición. Tomo 2º. Página 99.

⁶⁹ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964, segunda edición. Tomo 2º. Página 100.

y Luis Ponce; y el sargento Andrés Espinoza. La cabeza de Vidaurre se colocó en una picota en la plaza de Quillota, la cabeza de Florín en el camino de Quillota a Valparaíso y el brazo derecho de éste en el sitio en que asesinó a Portales. Las dos cabezas y el brazo cayeron más tarde a tierra, como consecuencia de la descomposición, y terminaron comidos por los perros.

En los solemnes e imponentes funerales de Diego Portales, pronunció la oración fúnebre monseñor Rafael Valdivieso, que expresó: «Según su máxima favorita, para mantener la libertad de los pueblos y la independencia del gobierno, debía hacerse entender al soldado que su oficio era pelear contra los enemigos de la nación y no discutir con espada desnuda las cuestiones políticas. A fin de reprimir el orgullo militar y dar un noble giro al espíritu marcial de la juventud chilena, consagró todos sus desvelos al establecimiento y arreglo de las guardias cívicas, hasta ponerlas en un estado que dejan poco que envidiar a los países en que ha progresado más esa benéfica institución. Fruto es de sus tareas la victoria del Barón, que no alcanzó a disfrutar, pero que servirá de lección saludable a cuantos en adelante pretendan combatir la autoridad con las armas que la nación puso en sus manos para defenderla».

Los criterios de defensa nacional y la política misma de seguridad nacional se desarrollaron históricamente en Chile sobre el cimiento del acatamiento de las fuerzas armadas a la dirección superior del poder civil. Eso condujo a que tales fuerzas armadas alcanzaran un alto nivel profesional, que las destacó en América Latina, permitiéndoles contar con el afecto popular. Allí estuvo la base del heroísmo de Arturo Prat y de los mártires de la Concepción. La ruptura de 1891 de estos principios constituyó una traición a la memoria de Prat, de Cruz y de sus compañeros de armas, una victoria del imperialismo y una derrota nacional

de Chile que, con la caída del gobierno antiimperialista de José Manuel Balmaceda, entró en una etapa de retroceso y en el subdesarrollo.

La oligarquía terrateniente no se ha resignado nunca a que las fuerzas armadas se atengan a la concepción portaliana. En la obra más representativa de la mentalidad del terrateniente chileno clásico, el novelista Eduardo Barrios presenta al gran señor y rajadiablos José Pedro Valverde disponiendo en Melipilla de su «pelotón bravo», que expresa en la dimensión pueblerina lo que su clase quisiera como ideal de fuerza armada manejada por ella para aplastar a quien le venga en gana. Pascualote, Bruno y Cachafaz de esa novela son los arquetipos de una posible junta castrense con que sueña eternamente la oligarquía, quizás si acompañados por un cuarto del estilo de los cuatrerros convertidos en policías «El Pelluco» o «El gallo». Su orientación la dá el terrateniente Valverde: «Evocó al viejo gobernador de antaño, entrabado por un juez leguleyo hasta la manía . . . El sí, él llamó a su teniente, sus sargentos y sus cabos Pascualote, Bruno y Cachafaz, y les dijo: —A mi no me traen bandoleros vivos. Fosa tengo abierta; no cárcel. Con que ya lo saben»⁷⁰.

Con esta mira, la oligarquía trata de revivir, la horrenda masacre de la Escuela Santa María de Iquique, a cargo del general Silva Renard y todos los otros crímenes perpetrados después de la caída de Balmaceda, durante la época del parlamentarismo aristocrático. De allí las constantes conspiraciones contra el gobierno de Pedro Aguirre Cerda hace más de un cuarto de siglo y ahora contra el Gobierno de Salvador Allende, conspiraciones que también han amenazado a los gobiernos reformistas de Arturo Alessandri, Juan Antonio Ríos y Eduardo Frei e incluso hasta a la segunda

administración del presidente Ibáñez, cuando tomaba rumbos igualmente reformistas.

En 1970 me correspondió, por mandato del Partido Comunista y de la Unidad Popular, ser uno de los redactores de las reformas constitucionales denominadas «de garantías democráticas». Personalmente me preocupé de que en la Carta Fundamental se definiese a las fuerzas armadas de acuerdo con el criterio patriótico y estricto de la antigua tradición democrática portaliana. Es así que el actual artículo 22 de la Constitución, del cual soy coreactor, expresa que son «las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros, instituciones esencialmente profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes»⁷¹. Les está, por lo tanto, expresa y categóricamente vedado considerarse árbitros o asumir funciones políticas o administrativas que no le sean ordenadas por la autoridad de elección democrática.

El movimiento popular chileno ha mantenido, sobre esa base, una actitud amistosa, de respeto y comprensión para unas fuerzas armadas impermeables a las presiones del imperialismo y de la oligarquía y celosas del cumplimiento de su juramento de respeto a la Constitución democrática, faltar al cual constituiría un perjurio y una traición a la patria y al honor de sus uniformes.

En reiteradas oportunidades, Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, ha argumentado en favor de una relación amistosa entre el pueblo y las fuerzas armadas. En el Senado de la República se ha referido varias veces a ese tema, evocando el mandato que O'Higgins legó a los hombres de armas, que no es de una imposible neutralidad, sino, de lealtad al pueblo y lucha contra la opresión. Cuando en instituciones armadas de

⁷⁰ «Gran señor y Rajadiablos», por Eduardo Barrios, Nascimento. 15ª edición. Santiago de Chile, 1967. Pág. 274.

⁷¹ «Reglamento de la Cámara de Diputados y Constitución Política de la República de Chile, 1971. Página 173,

América Latina se ha esbozado una definición antiimperialista patriótica como la planteada, por ejemplo, en el Perú por el general Velasco Alvarado, la ha valorizado de inmediato. Son conocidas, por otra parte, sus manifestaciones de respaldo y afecto a la actuación que en el gobierno popular le ha cabido al general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército. En su informe al último Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, en Noviembre de 1969, Corvalán advirtió: «Los partidos de la burguesía han buscado siempre puntos de apoyo en las Fuerzas Armadas. Y hay que dar por descontado que ahora el imperialismo y la oligarquía manejan los hilos para que uno que otro sector político, aunque de ello no todos tengan plena conciencia, promuevan «soluciones» militares, a fin de cortar el proceso revolucionario auténtico de nuestro pueblo. Nuestro Partido se ha pronunciado contra todo tipo de solución militar. Las Fuerzas Armadas son instituciones del Estado. Si bien los soldados y suboficiales provienen de las capas modestas de la población, los mandos medios y superiores emanan de la burguesía y de la pequeña burguesía. Además, desde hace unos treinta años, los distintos gobiernos, cediendo a la presión yanqui, han tratado, cual más, cual menos, de incorporar a nuestras Fuerzas Armadas al dispositivo militar de los norteamericanos y de educarlas y entrenarlas para la lucha contra la llamada subversión interna, en defensa de los intereses creados, del orden establecido. Se han empeñado en formar en sus filas una mentalidad antiobrera, anticomunista y antipopular. Sabemos que, pese a ello, un número apreciable de militares mantiene una posición crítica frente al imperialismo norteamericano y concepciones antireaccionarias. Sin embargo, está fuera de duda que aquella educación malsana ha hecho su efecto». En el informe que presentó a ese Congreso, junto con llamar la atención sobre la tendencia del gobierno de Washington a

promover gobiernos militares para aplastar la independencia de algunos países, entre ellos de Chile, Corvalán precisó: «El Partido Comunista no tiene un criterio unilateral respecto de las Fuerzas Armadas. No piensa que son simples y obsecuentes apéndices del imperialismo y de las clases dominantes, pero tampoco el brazo armado del pueblo. Lejos, pues, de nuestro Partido están las concepciones antimilitaristas dogmáticas y lejos también se hallan de él las tentaciones que apuntan a favorecer algún tipo de salida militar. Miramos el problema con objetividad. Consideramos que la preparación doctrinaria de las Fuerzas Armadas debe impartirse de acuerdo a los intereses de Chile, de la independencia nacional, de la paz y la amistad entre los pueblos y que su formación profesional debe hallarse abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna. La educación y el entrenamiento que hoy reciben, en tanto estén inspirados en la lucha contra la llamada subversión interna, tienden a crear un abismo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo, a contraponerlos con perjuicio de la unidad y de la capacidad de defensa que debe tener la nación frente a los peligros reales que amenazan su soberanía desde el exterior y que provienen del imperialismo y de algunos regímenes gorilas»⁷².

Diego Portales cumplió en su tiempo una tarea. Al definirlo, el historiador Jaime Eyzaguirre sintetiza su obra en estos términos, escuetos y directos: «Enemigo de las dictaduras militares y el endiosamiento de los caudillos»⁷³. Sería pretencioso extender los alcances de la experiencia histórica chilena. Otros países han vivido en condiciones diferentes y el asunto del militarismo revistió o reviste distintas connotaciones. Pero, en nuestro caso el progreso, la inde-

⁷² «Camino de Victoria», por Luis Corvalán L. Sociedad Impresora Horizonte. Santiago de Chile, 1971. Páginas 316, 317 y 318.

⁷³ «O'Higgins», por Jaime Eyzaguirre. Zig-Zag 8ª edición. Santiago de Chile, 1972, 2º tomo. Página 466.

pendencia, la grandeza de Chile son inseparables del mantenimiento de aquella posición de «enemigo de las dictaduras militares y el endiosamiento de los caudillos» que se marcó a fuego en los años iniciales de la república.

Sus contemporáneos, los hombres de la época de Diego Portales, al referirse a él siempre destacaron, como lo hiciera monseñor Valdivieso en su oración fúnebre, el antimilitarismo de este ministro de diversas carteras y, entre ellas, la de Guerra. Por eso, José Santos González Vera, en el prólogo al libro de memorias más importantes escrito en Chile, el de Pérez Rosales, describe el momento en que el autor vuelve al país y encuentra la república portaliana, con las siguientes palabras: «Viene a Curicó en Abril de 1837 con un piño de animales. El país estaba en guerra con la Confederación Perú-Boliviana, y luchaba en el interior contra los pipiños y los restos de militarismo que salvaron del manotazo de Portales»⁷⁴.

Los historiadores se han detenido, para realzarlos, en unos u otros aspectos de la vida de Diego Portales. Es importante, sin embargo, dar también la palabra a sus contemporáneos. Nada más decidor, en esta esfera, que lo contenido en aquella obra clásica de las letras chilenas, **Recuerdos del Pasado**. ¿Qué considera Pérez Rosales determinante en Portales? Veámoslo. Al referirse a él expone: «Ya las repúblicas hermanas habían entrado de lleno en la segunda fase (la organización de la independencia), aunque por una desgracia de sencilla explicación, ostentaban todavía el espectáculo conmovedor de desastrosas guerras intestinas, en las cuales luchaba cuerpo a cuerpo el patriotismo organizador más o menos exagerado contra las exigencias avasalladoras del patriotismo del soldado. Y no podía ser de otro modo, atendidos el carácter y las tenden-

cias generales del corazón humano. Muy recién entradas en las carrera de naciones independientes, y sin más antecedentes preparatorios para ocupar con debida dignidad tan alto puesto que aquellos que les dieron el triunfo obtenido contra las tropas peninsulares, era natural que los victoriosos guerreros proclamados Padres de la Patria pretendiesen los honores de organizadores y aún de jefes supremos de los Estados que debían a sus esfuerzos su temprana existencia. Mas, como los calificados militares eran tantos, y no fuese posible crear un Estado aparte para cada uno de ellos, ni mucho menos tardar más tiempo que el corrido en entrar en pleno goce de las imprescriptibles garantías sociales que aseguran al individuo, junto con la vida, la libertad y la hacienda, los pueblos, sin desconocer los méritos de sus guerreros, solicitaron de la toga y de la pluma lo que no les era dado conseguir de la rústica espada del soldado, por templada y gloriosa que ella fuese»⁷⁵. Sobre la guerra con la Confederación Perú-Boliviana, el juicio de Pérez Rosales es éste: «... contaba el astuto Santa Cruz con sus antiguas relaciones en Chile, con el descontento de los vencidos restos del partido pipiño y, sobre todo, con el indignado militarismo, al que el genio organizador del insigne hombre de Estado don Diego Portales había asestado, no hacía mucho tiempo, un golpe mortal»⁷⁶.

En esa época, la extirpación de raíz, sin contemplaciones, del cuartelazo, haciendo imposible que se repitiesen los Golpes de Estado militares, fue la médula de toda una política de conjunto, que resolvía las contradicciones sociales en términos que redujeron la influencia oligárquica y acrecentaron la influencia burguesa.

⁷⁵ «Recuerdos del Pasado», por Vicente Pérez Rosales. Ed. Pomaire. Santiago de Chile. Pág. 162.

⁷⁶ «Recuerdos del Pasado», por Vicente Pérez Rosales. Ed. Pomaire. Santiago de Chile. Página 164.

⁷⁴ «Recuerdos del Pasado», por Vicente Pérez Rosales. Editorial Pomaire. Santiago de Chile. Página 13.

Portales cumplió a cabalidad sus funciones de Ministro de Guerra. Se preocupó de dotar al país de un Ejército eficiente. Brindó su amistad sincera a jefes militares. Como ministro, se preocupó de que muy rápidamente se convocase a elecciones de acuerdo al artículo 65 de la constitución de 1828, para que no quedase ni una sombra de dudas de que el Congreso de Plenipotenciarios, a pesar de su carácter representativo, no intentaba aprovechar la crisis derivada de las anteriores renunciadas del Presidente y el Vicepresidente, y para las elecciones del 15 de Marzo 1831 patrocinó la candidatura a la primera magistratura de un general, Joaquín Prieto, caracterizado por su acatamiento a las autoridades civiles. No era de ninguna manera anti-fuerzas armadas; pero, si era enemigo a muerte de la militarocracia, del militarismo, del pronunciamiento de cuartel. Ya a mediados de 1831 tenía 25 mil milicianos civiles integrando marciales guardias cívicas, dotadas hasta de artillería. Hizo suyo el principio expuesto por alguien que no simpatizaba con él, el general Tupper: «... ningún gobierno libre o estado ordenado podría existir una hora si a los militares fuera alguna vez permitido poner su espada en la balanza y decidir puntos de legislación por la fuerza de las armas, como ordinariamente sucede en la América del Sur». En su célebre nota al general de división José Santiago Aldunate ordenándole dejar sin efecto el pacto de Cuzcuz que otorgaba perdón a militares insurrectos, Portales notificó que Chile desde entonces, según sus palabras textuales, decidía «desterrar ese sistema de condescendencias injustas, de criminales disimulos, de consideraciones indebidas que han confundido al bueno con el mal ciudadano, al militar inepto e insubordinado, con el apto y buen servidor»⁷⁷.

El ejército que se guiaba por los principios de Portales

sucumbió en los campos de batalla de la guerra civil de 1891, defendiendo con heroicidad al Gobierno Nacional del Presidente José Manuel Balmaceda. Lo derrotaron la Marina insubordinada y un nuevo ejército que organizó el general prusiano Körner. La Marina fue movilizada a base de influencias, presiones e incluso soborno del imperialismo británico. La acción de Körner fue el aporte del imperialismo alemán. Ambos cerraron así el paso al Chile que se desenvolvía con independencia. Después, las fuerzas armadas constituidas en remodos de la Marina británica y del ejército prusiano se convirtieron en exponentes del militarismo odiado por Portales y se les empleó para perpetrar masacres tan horribles como las de la Escuela Santa María, La Coruña y San Gregorio. En 1947 estuvo detenido e incomunicado, durante la represión efectuada por González Videla, en el cuartel del Regimiento de Concepción, que se había caracterizado por su persecución a los mineros del carbón, cuyo nombre es Regimiento Silva Renard, en honor del general que dirigió la masacre de la Escuela Santa María. Pero, en el seno de las fuerzas armadas de este nuevo cuño renacen en sus sectores más esclarecidos las tradiciones patrióticas del General Bernardo O'Higgins, a las que se contraponen la instrucción reaccionaria, anticomunista y de odio al trabajo y la cultura que trata de inculcarles el imperialismo yanqui, heredero de la hegemonía que otrora ejercieran en ellas los imperialismos británico y germano.

⁷⁷ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo 1º. Página 245.

SERVICIO PUBLICO

ENCINA CREE ver en Portales un renacentista. Dice: «Había en él un intenso hervor de vida. Es el hervor de una vida joven, de una savia nueva. Es la savia aún no gastada por la civilización y el exceso de intelecto, que circula por las venas de los hombres del Renacimiento, trasportada por el azar histórico a un pueblo frío y somnoliento, que balbucea una civilización en el extremo austral de América. Hay una superabundancia positiva de la cual, fuera del Renacimiento, apenas se encuentran ejemplos. Odia el pasado colonial y conoce a fondo la endeblez de la ideología revolucionaria»⁷⁸.

El reaccionario Encina ignora desenfadadamente que una de las características esenciales del Renacimiento consistió en su ideología revolucionaria. Y, en cuanto a Portales, en lugar del cuadro que traza idealistamente, se destacan, en la realidad, sus modos de ser concretos. Por ejemplo, su individualismo, manifestado especialmente en su actitud de cinismo ante la mujer. De Lima le escribe a Cea: «Diga Ud. a la señorita Z. los deseos que me alcanzan a verla, y que no he olvidado los días que estuvo en El Callao. Decididamente, prefiero las mujeres chilenas a las

⁷⁸ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo 1º. Página 157.

peruanitas: son muy refinadas y falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas. Vivo aquí en compañía de Julia; pero estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes! Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo»⁷⁹. En este caso se mezcló, también, cierta dosis de aquel falso orgullo nacional chovinista al que ya me referí y que asume los caracteres de la picardía habitual en el estilo de Portales, por lo que no se le puede tomar en serio al pie de la letra, ya que por una parte escribió esas líneas poco antes de tener que salir precipitadamente del Perú para eludir la acción judicial de «Julia» y, por otra parte, reaccionaba contra el engrandecimiento limeño, queriendo pagar con la misma moneda el sentimiento de superioridad que observaba en la antigua capital del virreinato. Pero, a cada paso, en toda la correspondencia de Portales se observa, igualmente, refiriéndose a las chilenas, similar cinismo. A su amigo Garfias le aconseja mantenerse soltero: «Ud. si la naturaleza se lo pide, con toda decencia y secreto que le sea posible; pero jamás piense en un estado que sólo puede hacer felices a los lesos; venza Ud. cualquiera pasióncilla la victoria es muy fácil haciendo un pequeño uso de la razón»⁸⁰. Durante algunos períodos llevó una vida más o menos licenciosa. Su comportamiento con la madre de sus hijos, Constanza Nordenflucht, a la que sedujo a los 16 años abusando de la confianza de su familia, no fue digna, abundando al respecto, incluso, detalles mezquinos.

Por lo mismo, llama mayormente la atención que su vocación política lo llevara a vencerse a sí mismo y lo in-

⁷⁹ «Epistolario de Don Diego Portales (1821-1837)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Página 174.

⁸⁰ «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)», recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Edición de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Página 22.

dujera a conducirse en la dirección del Estado con sobriedad y espíritu público, iniciando una tradición que se conservó en Chile durante gran parte del siglo pasado, que luego fue aventada por el afán de lucro de banqueros y oligarcas sobornados por el imperialismo británico y que, en nuestra época, ha sido reivindicada por los personeros de la clase obrera.

La entrega personal de cada día al servicio público suele ser tanto o más difícil que, incluso, el heroísmo expresado en un momento decisivo de inmolación. Cuando una clase social en ascenso consigue que sus personeros estén dispuestos a subordinar todos sus afanes a este servicio público, y, llegada la ocasión, a brindar la vida, da con ello a sus países una dirección efectivamente patriótica, que se manifiesta en hechos sencillos pero significativos.

Francisco Encina ha hecho referencia a la vida privada de los Presidentes de la República de los años de la hegemonía burguesa en el siglo XIX y, deteniéndose en los ejemplos de los mandatarios Manuel Montt, Aníbal Pinto y Domingo Santa María y el ministro Antonio Varas, continuadores de la política de Portales, verifica: «Los mandamientos que constituyen la base del prestigio moral del régimen se cumplen inexorablemente. Mientras los caudillos de la América española escapados al puñal ostentan en el extranjero la opulencia sostenida con el producto de sus latrocinios; mientras los grandes gobernantes de los demás Estados labran a expensas de las tierras nacionales y del prestigio que da el cargo, su fortuna personal conjuntamente con la prosperidad pública, los presidentes chilenos afrontan una existencia de privaciones; y legan a sus hijos sólo el recuerdo de su honradez y el ejemplo de su austeridad. Los que tenían fortuna, la consumieron, en todo o en parte, procurando aliviar al erario el peso de los gastos de representación. Los que eran pobres,

conocieron todas las angustias de la miseria. Manuel Montt, para nivelar su sencillo presupuesto de vida, arrendaba una parte de su casa. El ruido de los inquilinos mortificaba sus nervios alterados por la enfermedad; y dirigiéndose al hijo que más tarde debía gobernar, también, la república, dijo con resignación: **Hay que conformarse con las molestias que impone la pobreza.** La señora Irene Herrera, por recomendación del médico, insinuó a su marido, el ministro Antonio Varas, la necesidad de llevar sus hijos pequeños a la costa. Varas estudió su presupuesto de gastos, y al día siguiente le contestó: **Este año no podemos hacerlo.** Aníbal Pinto, que había heredado alguna fortuna, salió de la presidencia con tal estrechez financiera que Juan Pablo Urzúa, no queriendo herir su delicadeza, para que subviniera a sus necesidades más premiosas, inventó en su diario **El Ferrocarril** un puesto adecuado a la situación y al carácter del exmandatario. Domingo Santa María bajó de la presidencia dejando al país en posesión del salitre. Antes de irse a Valparaíso, y ya herido de muerte, tuvo que analizar minuciosamente las economías necesarias para vivir con sus pequeños recursos. Y, sin embargo, ninguno de estos mandatarios necesitaba prevaricar para vivir una vida de opulencia, de desahogo a lo menos. A todos se les ofrecieron representaciones y juicios cuantiosos; los rehusaron, porque su conciencia los conceptuaba ofrecidos en razón del ascendiente moral que su prestigio podía ejercer sobre los gobernantes o sobre los magistrados; y el mandamiento portaliano prohibía explotar en provecho personal el prestigio que emana del desempeño presente o pasado de un cargo público»⁸¹.

No es casual que Encina haya debido limitar sus ejemplos al período propiamente denominado por él de repú-

⁸¹ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964, segunda edición. Tomo 2°. Páginas 284, 285 y 286.

blica partialiana, o sea hasta antes del pronunciamiento militar y naval antipatriótico que, con la guerra civil de 1891, al derribar al gobierno constitucional y antiimperialista de José Manuel Balmaceda, traicionó los juramentos de acatar las fuerzas armadas a la autoridad democrática y cerró el paso a que Chile desarrollase su independencia económica. Balmaceda sucumbió derrotado por las fuerzas sobornadas por los capitalistas ingleses a fin de que se opusieran a la nacionalización del salitre. La caída de Balmaceda aparece como la culminación de una etapa de Chile, después de la cual la corrupción, la decadencia moral y la carencia de espíritu público de parte de la burguesía van aparejadas a la mediocridad de sus objetivos, a la dependencia respecto de los imperialistas ingleses y norteamericanos y al cosmopolitismo. Pero, el mandamiento portaliano no ha caído en desuso, sino que lo ha hecho suyo una nueva clase social que ha relevado a la burguesía en la tarea de impulsar el progreso. Esta clase revolucionaria, el proletariado, promueve un proceso más profundo y completo, con vistas a la plena liberación humana. La austeridad de los personeros del Partido Comunista; el hecho de que todo comunista: ministro, intendente, subsecretario, senador, diputado o jefe de servicio o de empresa reciba un salario relativamente bajo y la diferencia la entregue a la Junta Nacional de Jardines Infantiles o, en el caso de los parlamentarios, al Partido; la norma, contenida en los Estatutos del Partido y aplicada rigurosamente, de que todo ciudadano está en condiciones de formular cualquiera denuncia o queja sobre la conducta de un militante, para que sea escrupulosamente investigada y, de ser procecente, conduzca a la adecuada sanción, son manifestaciones del principio de que no puede haber dos normas morales, una pública y otra privada, sino una sola, la cual exige que los luchadores por la emancipación social y nacional den ejemplo permanente de honestidad.

DIFERENTES historiadores han entregado diferentes imágenes de Portales. Buscan explicaciones al hecho de que su obra haya tenido una vasta proyección. Me parece que la causa de esa repercusión reside en que tendió a establecer las bases de un desarrollo económico nacional independiente.

Por ejemplo, a raíz de sus actividades personales como minero explotando yacimientos cercanos a Copiapó y de haber dedicado su goleta **Independencia** al acarreo de metales, concibió el proyecto de montar en Logunilla, en la bahía de Concón. «un ingenio para fundir metales de color y otro de reverbero para los bronces»⁸² y como gobernante, más adelante, atendió de preferencia al fomento de la minería. Esto no es un hecho aislado, sino la constante de

⁸² «Epistolario de D. Diego Portales (1821-1936)», recopilación de Ernesto de la Cruz y prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Ed. del Ministerio de Justicia, Santiago de Chile, 1936. Pág. 314. (Hay otra carta suya, del 14 de Enero de 1832, que aparece en las páginas 386 a 390 del mismo epistolario, en que pone el grito en el cielo y le encarga a Garfias hablar con el propio Presidente de la República protestando porque los presidiarios fugados de la isla de Juan Fernández habían saqueado en Copiapó su goleta con un cargamento de cobre. Esa carta, también le pide a Garfias apresurar los trámites, ante el Ministerio de Hacienda, para habilitar en Logunilla el puerto para la fundición, lo que no obtuvo).

preocupaciones que se encuentran día a día en su epistolario y en su labor ministerial.

Defendió con energía el derecho de los chilenos a ser los únicos armadores con el privilegio de ejercer el cabotaje. Cuando supo que el gobierno podía mostrar cierta transigencia al respecto, se indignó con estos términos: «Véase —le escribe a Garfías el 1° de Abril de 1832— con el Ministro de Hacienda y dígame que he sabido que D. José Manuel Cea, o hablando con más propiedad Miller y Patrickson, el más defraudador de las rentas fiscales y el más suciesito de todos los comerciantes extranjeros, han hecho una solicitud al gobierno pidiendo que se les permita trasbordar unos ladrillos venidos de Inglaterra a otro buque extranjero para que los conduzca al Huasco. La tramitación que ha dado el Ministro al expediente me hace creer que ha dudado de la resolución de dicha solicitud y quiero que le prevenga que escandaliza ver a D. José Manuel, un hijo del país, suscribiendo una representación de esta naturaleza, como se lo diré cuando yo lo vea, y que escandaliza más ver esos extranjeros del carajo presentarse con toda la arrogancia necesaria para robar a los chilenos el único bien que poseen, con exclusión de ellos, y cuya posesión supo respetar hasta el mismo D. Francisco Antonio Pinto —el comercio de cabotaje— que en todas partes del mundo está estrictamente declarado a los buques nacionales»⁸³.

Con esa altivez se refería tanto a los capitalistas de Estados Unidos como, en este caso preciso, a los de Inglaterra, entonces la potencia más poderosa del orbe. Fue el creador en Valparaíso de la primera Academia Náutica,

⁸³ «Epistolario de Don Diego Portales (1822-1833)». Recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1930. Páginas 176 y 177. (En esa carta tuvo el escrúpulo de explicar: «Estoy bien cierto que el Ministro me hará justicia de creer que no me hace hablar así el interés particular como dueño de la goleta Independencia»).

en 1834, de la cual redactó personalmente el reglamento y se encargó de inspeccionarla. De hecho, fue un segundo fundador de la Marina de Guerra de Chile, porque ésta había desaparecido y se interesó en restablecerla, planteando que ella estaría vinculada al desarrollo de la marina mercante nacional y preocupándose, después, de trazar el plan y dirigir la célebre captura en El Callao de la flota militar peruana. Su ley del 28 de Julio de 1836 dió un impulso a los astilleros nacionales y a la escuadra comercial, exigiendo, además, que los capitanes de los barcos y determinados porcentajes de las tripulaciones fuesen chilenos.

El país moderno que comenzaba a forjarse era incompatible con el obscurantismo feudal de la Colonia. Fue el primer Ministro de Educación, al crearse esa Secretaría de Estado a iniciativa suya. En su memoria como tal, de 1836, pudo jactarse de que ya en la ciudad de Santiago el porcentaje de niños que asistían a la escuela primaria, en relación al número de habitantes en edad escolar, era los dos tercios del promedio de Francia y proponía como meta que hasta en los más remotos ángulos de la república los más pobres tuviesen acceso general a la enseñanza. En su correspondencia se encuentra reiteradamente la expresión «marchar según los tiempos». Dió instrucciones a los representantes diplomáticos en Europa de estudiar el funcionamiento de las Escuelas Normales para instalar una en Chile. Entre las nuevas asignaturas de la enseñanza media que le interesó desarrollar estaba la agrimensura. Como ya he señalado, fue amigo y colaborador de Andrés Bello, con el cual se compenetró profundamente, apoyándolo para la realización de su gigantesca obra cultural, que llegaría a manifestarse en la fundación de la Universidad de Chile, en el Código Civil y en el establecimiento de las premisas del pensamiento nacional que, dinámica, polémica y contradicto-

riamente, se desplegó en el curso del siglo pasado. La antítesis de la actitud brutal de los fascistas que en el Chile contemporáneo han soñado con González Videla y después con otros pigmeos exterminar las ideas del marxismo, se encuentra en la actitud absolutamente opuesta de la república portaliana y del propio Portales y sus colaboradores más inmediatos, que se empeñaron en que estuvieran abiertas las fronteras y las mentes en nuestro país para las corrientes del pensamiento universal de su época. En sus años de gobernante enseñaron en Chile el sabio matemático y español Andrés Gorbea y el jurista argentino José Gabriel Ocampo y se contrató al naturalista Claudio Gay a fin de que estudiara la geografía física del país.

En el terreno administrativo, Portales limpió las oficinas estatales del moho nacional y puso orden en ellas. Inspeccionaba personalmente todas las reparticiones llegando inopinadamente y comportándose con una rigurosidad severa. Vicuña Mackenna propuso como símbolo de su actividad administrativa el plumero⁸⁴. Organizó el Ministerio de Hacienda y las finanzas públicas. Son de su época la reforma monetaria introduciendo la moneda de cobre, la ley de habilitación de radas y caletas, la ley de importaciones y la ley de elecciones de 1833. Respetuoso del régimen de partidos, rechazó enérgicamente toda sugerencia de coartar de alguna manera, ni aún en los días inmediatos a la batalla de Lircay, el funcionamiento del partido que se había

⁸⁴ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Página 579: «Portales inicia así la más grande de las revoluciones a que aspira la República hoy mismo, la revolución contra la rutina. No quiere el polvo de lo antiguo ni en los códigos, ni en las costumbres, ni en la educación pública, ni siquiera en las oficinas del Estado. Casi sin riesgo de ser vulgar podría el escritor político describir a Portales, en aquella época, armado del «plumero» (mueble que él aclimató en las regiones oficiales, donde parecía exótico) y, pasando por todas partes, sacudió la espesa capa de ollín que dejó la Colonia, sólo que a veces empleaba el mango, cuando la mancha no estaba en los muebles sino en los hombres . . .».

opuesto al gobierno surgido del Congreso de Plenipotenciarios y apoyaba al Director Supremo del Ejército general Freire. Aún se cita constantemente el célebre «decreto de Portales» de junio de 1830, que exige a todo empleado público que recibe una acusación en la prensa se querelle obligatoriamente por calumnia contra su detractor; siendo, en caso de no hacerlo o de no ser vindicado en el juicio, suspendido de su cargo y denunciado por el fiscal ante el tribunal competente. El 12 de Julio de 1832, al asumir el ministro Tocornal, éste le pidió consejos y, aunque previniéndolo contra las reformas parciales que podían enmarañar la legislación, le propuso una Ley de Régimen Interior que, como producto de la práctica administrativa, llegaría a promulgarse después de su muerte.

Como ya lo señalé, en lo jurídico sus criterios se reflejan en dos cuerpos legales que han sido fundamentales en el Chile burgués: la Constitución de 1833 y el Código Civil. Esa Constitución, la de 1833, rige, en la práctica, desde entonces, habiendo sufrido una serie de modificaciones parciales en el curso del siglo pasado, una reforma más amplia en 1925 y la serie de enmiendas, especialmente sobre el derecho de propiedad, de los últimos años. Era una Constitución presidencialista y autoritaria; pero, republicana y con una disposición declarando la igualdad de los seres humanos ante la ley y rechazando la existencia de esclavos, de siervos y de clases privilegiadas. El catedrático Mario Bernaschina la enjuicia en los siguientes términos: «La Constitución de 1833, promulgada el 25 de Mayo de ese año, surgió de una Gran Convención. En el fondo no difiere mucho de la que le precedía; pero tiende claramente a hacer más efectivas las atribuciones del Jefe de Estado. No obstante, en su texto llevaba el germen del régimen parlamentario, de preferencia por algunas indicaciones de Don Mariano Egaña, que junto con don Manuel José Gandarillas, fueron sus principales

autores»⁸⁵. Esta flexibilidad de la legislación portaliana tenía una razón de ser histórica: se trataba del pensamiento jurídico de la burguesía de tendencia liberal y parlamentarista concretado antes que esa clase se hubiese desarrollado y cuando, en alianza con la oligarquía terrateniente, deseaba consolidar las instituciones a fin de enfrentar tanto la anarquía feudal como los avances pequeño-burgueses y populares. De allí la aparente paradoja de que el más combativo de los políticos liberales de los años siguientes, Benjamín Vicuña Mackenna, junto con enrostrar a Portales su autoritarismo dictatorial, reiterase que éste no fue nunca el legítimo representante de la reacción, llegase a asegurar que ningún hombre público chileno había sido más democrático que él en cuanto a sus hábitos y a su carácter personal y concluyese que dejó incólumes las ideas republicanas y democráticas de Carlos Rodríguez y de los demás verdaderos precursores del liberalismo en el país.

El Código Civil se promulgó cerca de veinte años después de la muerte de Portales; pero, los estudiosos establecen unánimemente una relación evidente entre la Constitución de 1833, la evolución iniciada bajo la administración del Ministro mártir y el Código que fue producto de ella. Oficialmente, el Código surgió, como ya señalé, a raíz de una nota de Portales, de Julio de 1831, al Senado de la República, en que anunció el propósito de dejar de lado el camino de las recopilaciones de las leyes coloniales y sus enmiendas y encomendar, en cambio, a una sola persona, Andrés Bello, que redactase con la indispensable unidad un Código nuevo.

El Código Civil de Bello es un cuerpo jurídico escrito con un dominio del idioma que lo convierte en un texto de

⁸⁵ «Las Constituciones Chilenas en 150 años, por Mario Bernaschina. Trabajo incluido en el tomo «Gabriel Amunátegui, Memoria de homenaje», que editó en 1961 la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, Página 30.

calidad literaria. Eliminó todas las trabas de la feudal legislación colonial al derecho de propiedad, trasplantando las doctrinas liberales del Código napoleónico. Sus cuatro libros no consideran dignos de resguardo los derechos de los obreros, sólo de pasada hay en ellos una referencia al contrato de trabajo y mantienen para los trabajadores de casas particulares condiciones de servidumbre doméstica; pero, es meticoloso en proteger la propiedad capitalista en términos que impusieron un sello a todo un período histórico. Ya más lejos del Código napoleónico al contemplar, incluso, un sistema de inscripción de las propiedades. Sin embargo, es más atrasado en cuanto a la concepción de la familia, acentuadamente romanista, supeditando a la mujer, colocada en condiciones de notoria inferioridad. Uno de sus exégetas más entusiastas no se equivoca al reconocer: «Las críticas marxistas podrán decir ahora que se trataba de un código de propietarios y que desdeñaba a la masa proletaria. Algo de verdad hay en ello; pero, cabe observar que cualquier código civil, incluso el soviético, supone una cierta elevación cultural y económica y que si se compara el Código de Bello con los que regían en su tiempo en Europa es avanzado y sumamente democrático»⁸⁶.

⁸⁶ «El Código Civil chileno y su época», por Pedro Lira Urquieta. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1956. Página 28.

LA SUPERIORIDAD DE VICUÑA MACKENNA

EL ACIERTO de la obra de Benjamín Vicuña Mackenna dedicada a Diego Portales puede apreciarse en razón de que, en pleno fragor de la lucha política, apenas a los 26 años de su muerte, juzgó al adversario y supo hacerlo con honestidad intelectual y con un generoso impulso de rendir culto, antes que todo, a la verdad.

Tiene la razón Vicuña Mackenna al criticar con apasionada vehemencia la crueldad de Portales, tanto su ensañamiento con los presos comunes encerrados por él en carros rejas constituídos en presidios ambulantes, «invencción diabólica que dió origen a bárbaras matanzas y que reducía a los hombres a una condición peor que la de las fieras bravías»⁸⁷, como la entrega de sus adversarios políticos al sistema inaudito de terror representado por los Tribunales Especiales encargados de revestir el asesinato de remedos de formalidades legales. Pero, junto con condenar esas miserias, el insigne historiador supo tomar, en la carrera de postas de la vida nacional, el bastón con lo que hubo, en cambio, de aportes positivos de Portales, para llevarlos más adelante. Su concepción de los años de Por-

⁸⁷ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales. Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1937. Página 402.

tales fue la de una etapa cumplida en la vida nacional, a la que sería suicida retroceder, pero durante la cual se avanzó en términos que debía reconocerse.

La reacción conservadora reivindicaba a Portales muerto como su caudillo. Vicuña Mackenna demostró una tesis opuesta: «Verdad es que como **hecho** la hizo triunfar, pero como principio **triunfó** de ella misma, y se le sobrepuso avasallándola con su poderosa personalidad»⁸⁸. «Por eso —agregó— puede decirse que si el movimiento de 1829 era la reacción, Portales sólo era la revolución que en sus agitados extrañas traía oculto aquel trastorno»⁸⁹. Lastarria se irritó sobre manera ante la audacia intelectual de Vicuña Mackenna; pero, las páginas de éste han permanecido irrefutables.

Vicuña Mackenna puso los pies sobre la tierra para levantar la cabeza y elevar el pensamiento. Se dió cuenta de que Portales era de «los hombres de influencia y caudal que existían en el país, y cuyo mayor número era entonces de comerciantes, pues no había mineros millonarios antes de Chañarcillo, ni hacendados semimillonarios antes de California»⁹⁰. Esta es una observación interesante. Muestra la correlación de clases dominantes en la esfera mercantil; pero, no debe inducir ello a error, porque el peso del latifundio y por lo tanto de los hacendados se basaba en una economía seminatural feudal y en que recién comenzaban a manifestarse relaciones capitalistas incipientes, la cual dispuso entonces de un peso aún extraordinario en la vida social de Chile, en su producción y en su política. Con todo, Vicuña Mackenna percibió el enlace histórico entre la capa

⁸⁸ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales. Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1937. Página 25.

⁸⁹ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales. Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1937. Página 30.

⁹⁰ «Obras completas de Vicuña Mackenna, Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1937. Páginas 97 y 98.

de los comerciantes y el desarrollo en Chile de las relaciones mercantiles que socavaron el feudalismo. No se engañó por los rútolos y calificó, casi temerariamente pero con acierto, a la tertulia portaliana de más liberal que los gobernantes pipiolos.

Encina quiso justificar el rescate de Portales por la oligarquía. El capítulo fundamental de su biografía lo encabeza citando a Spengler, al caudillo conservador Walker Martínez y a Goethe. De Spengler un intento de justificación del oportunismo reaccionario: «El verdadero hombre de Estado es, ante todo, un concededor de hombres, situaciones y cosas. Tiene una visión que, sin vacilar, inmediatamente, abarca el círculo de las posibilidades . . . Hacer lo conveniente, sin saberlo, tener la mano segura, la mano que acorta o alarga insensiblemente las riendas; esto, es, justamente, lo contrario del talento del hombre teórico . . . Los grandes papas y los jefes de los partidos ingleses, cuando tenían que dominar las cosas, no han seguido otros principios que los que siguieron los conquistadores y caudillos de todos los tiempos . . . : No mirar hacia atrás ni buscar el criterio en el pasado! Menos aún mirar al lado hacia un sistema! En épocas como la actual o la de los Gracos, hay dos clases de idealismos, ambos fatales: el reaccionario y el democrático. El primero cree en la reversibilidad de la historia; el segundo, en un fin de la historia». Este es el ideario de los piratas y de los filibusteros, de los gangsters y de los fascistas y no de hombres de Estado como los que dieron la Independencia a Chile y los que construyeron la república. De Goethe escogió Encina la frase más desafortunada que profirió en un momento de debilidad el gran alemán y que contrasta con todo su humanismo: «El hombre de acción no tiene conciencia»⁹¹. Para Encina, el asunto se

⁹¹ «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo 1º. Páginas 165 y 166.

reduce a que Chile estaría en decadencia irreversible pero en otra época lo salvó un genio, Portales, que habría sido tal en razón de sus defectos.

Hay determinados capítulos en que Encina entra en polémica directa con Vicuña Mackenna. No tienen mucha importancia. Lo esencial es la discrepancia de fondo del conjunto de ambos enfoques. Tal política directa se refiere sólo al análisis del motín de Quillota y del asesinato de Portales. Cuenta Encina, al respecto, con la ventaja de poder utilizar las memorias de Necochea y la investigación de Sotomayor Valdés. Acusa a Vicuña Mackenna de haber escrito movido por «su generosidad y su honda simpatía humana»⁹². Es efectivo que en esos capítulos se aprecia nítidamente la elevación de Vicuña Mackenna. Es posible que éste haya ido demasiado lejos al negar en la forma más terminante toda posibilidad de que Vidaurre encargase a Florín el asesinato. En 1874 se publicó la Memoria del general Necochea, la cual entrega antecedentes muy convincentes para pensar más bien en tal encargo⁹³. Sin embargo, no basta que Florín haya empleado las armas personales de Vidaurre y se las haya devuelto después del crimen, ni que recibiera recados de éste, su jefe, a través de determinados militares, antes de perpetrarlo. Lo cierto es que algún margen de duda subsiste, contra el alegato de Encina, entre otras razones, por las reiteradas y terminantes confesiones tanto de Vidaurre como de Florín. En la Historia suelen quedar algunos episodios en penumbras. Pero, al margen de tal controversia, contrastan la descripción de la batalla del Barón escrita por el gran tribuno del siglo pasado con arte, sabiduría y poder de convicción y, en cambio, la

⁹² «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo IIº. Página 77.

⁹³ «Memoria sobre el asesinato del Ministro Portales», por el general Eugenio Necochea. Escrita el 16 de Julio de 1837. Santiago de Chile. Imprenta del Ferrocarril, 1874.

tesis de su émulo sobre este episodio, que narra exactamente lo mismo, ya que la disposición de las fuerzas y su acción son de una claridad muy grande, pero que sobre esta base deja la sensación de estar dictada sólo por afán exagerado de presentar al coronel Vidaurre como una nulidad militar.

La verdad le juega a Encina una mala jugada; si él tuviese la razón, lograría con ello demostrar que su ídolo Portales era un mediocre desconocedor de la calidad de los jefes militares o que por razones subalternas encumbraba a un incapaz: ¡Que lejos estaría de la definición spengleriana de «conocedor de hombres, situaciones y cosas»! Vicuña Mackenna, reivindicando en todo lo que es posible la memoria de Vidaurre, rinde homenaje, indirectamente, también, al buen criterio con que lo había designado jefe de la expedición militar al Perú su protector, el Ministro que tuvo en él a su peor enemigo. Lo que ocurre es que la batalla del Barón no hubiese podido ser ganada ni por un genio militar, ya que se libraba contra la Historia, contra la vida. Vidaurre obtuvo el éxito inicial, dispuso de la fuerza militar que Chile le había entregado para la defensa de su seguridad nacional y que él dedicó al cuartelazo. Pudo llevar las cosas hasta al asesinato de Portales. Sin embargo, esa victoria fue efímera. De haber sido otras las circunstancias, quizás le hubiese durado días, semanas, meses o hasta unos pocos años. Pero, estaba condenado al fracaso. Y éste lo encontró muy pronto en el Barón. Con sólo las bayonetas, la reacción no podía cambiar sino temporalmente un curso histórico que correspondía a necesidades objetivas del desarrollo social y a la correlación de las fuerzas de clases.

Los méritos del trabajo de Vicuña Mackenna derivan de no haber mutilado la verdad para acomodarla al lecho de Procusto de teorizaciones subjetivas. Prefirió colocarse a su servicio y así honró sus páginas. La verdad es un buen aliado del escritor.

EL MARTIROLOGIO otorga dimensiones distintas a los inmolados. El sacrificio está en la base de diferentes religiones, no sólo de la cristiana. La literatura universal contiene muchas páginas con ese tema, entre ellas algunas de perfección clásica, como las del discurso de imprecación a Bruto que Shakespeare puso en boca de Antonio. En la escala de nuestras contiendas latinoamericanas, las víctimas de crímenes políticos son muchas. Un libro que condensa sabiduría popular, la **Historia de un Cimarrón** de Miguel Barnet, recoge este comentario de Esteban Montejo, el excimarrón, sobre el asesinato del patriota cubano Manuel García: «**Cuando un hombre es así, grande como él, es difícil saber quién lo mató**»⁹⁴. En efecto, aún con testigos, sayones conocidos y mil precisiones, tales homicidios suelen obscurecerse como episodios que se desarrollasen en la nebulosa de una gran altura.

No bastan Vidaure y Florín para entender el desaparecimiento de Portales. Joaquín Edwards Bello provocó un justificado escándalo cuando comentó en **La Nación** la obra de Encina lanzando una acusación extraña: «Portales,

⁹⁴ «Biografía de un Cimarrón», por Miguel Barnet. Editorial Ariel, Barcelona, 1968. Página 108.

con toda su astucia y su experiencia, armado de su inmensa chilenidad, desconoció más el carácter chileno que Bello, «ese intelectual de corte europeo», según le llama el señor Encina. Bello nos adivinó, y gracias a ello no fue fusilado, ni deportado, ni asesinado, y continuó **gobernando desde su apequenamiento**, imprimiendo huellas mucho más hondas que las de Portales, aunque sin suscitar el romanticismo donjuanesco de esta sociedad que mata y después hace mausoleos y panegíricos llorones a sus víctimas»⁹⁵.

El asunto comenzó entonces a intrigar a Edwards Bello. Volvió a referirse a él, en numerosos artículos, hasta que, en uno titulado directamente ¿«Quién mató a Portales?», con la cita en epígrafe de Lope de Vega: ¿«Quién mató al Comendador/Fuenteovejuna, señor . . .»?», planteó sin ambages su tesis: «El asesinato de Portales, el 6 de Junio de 1837, tuvo como causa principal la ausencia de respaldo de dicho Ministro en la clase rica o pelucona. El apoyo de esta clase vino después de su muerte. Nuestra república era aristocrática entonces, bastante más que ahora, y ni aún ahora, después de dos trastornos en pro de la democracia, el de 1920 y el de 1924, hay gobierno posible sin el apoyo de las derechas conservadoras. A Portales le faltó este apoyo, y sin él **no fue respetable** en el sentido social de la expresión. Ningún militar hubiera osado ponerle una mano encima, en caso de haber tenido el respaldo sustentador de que hablamos. Nadie tocó este punto, y para mí es de importancia primordial en la comprensión del drama 1837. El Presidente Prieto era respetable, pero no lo fue Portales». Más adelante, después de citar a Cicerón: «**Todas las gentes honradas, tanto como pudieron, mataron a César**», Joaquín Edwards Bello concluyó sosteniendo: «La aristocracia chilena, en 1837, cuando supo el asesinato de Portales, se concentró

⁹⁵ «La Quintrala, Portales y algo más», por Joaquín Edwards Bello. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. Página 44.

en sí misma y tuvo miedo. Comprendió tardíamente lo que Portales fue para ella. Entonces tuvo lugar uno de esos cambios teatrales, o escamoteos históricos, en que es maestra la aristocracia. Al estupor y al miedo por el futuro siguió un movimiento defensivo de acaparamiento del héroe muerto para su gloria y seguridad. Desde entonces Portales, que había sido un talento sin paralelo, con algo de granuja de novela picaresca, comenzó a transformarse en el santo y en el pelucón de la estatua. Todavía quedan enemigos francos de Portales y de su compadre Bello. Don Andrés Bello comprendió la necesidad de Portales y la respetó. Su muerte fue para él un duro golpe. Lastarria no quiso nunca a Bello. Respetó al sabio, pero no quiso al hombre. En torno a Portales hay ahora politiquería, pasión y superstición, antes que razón. Algunos le repudian a causa del tono de su Epistolario o Confesiones»⁹⁶.

Para disipar tales brumas de politiquería, pasión y superstición, hay que enfrentar la leyenda portaliana y, también, la antileyenda en que, igualmente, se mezclaron, a veces ingenuamente, esos factores.

Miguel de Unamuno dejó una obra teatral, titulada «El otro», que pareciera llevar a la abstracción literaria la tragedia que imprimió su sello a todo un siglo de la vida chilena, haciéndola comprensible. En el drama de Unamuno, se enfrentan dos hermanos gemelos, que amaban la misma mujer, uno asesina al otro y el sobreviviente se debate en la locura de no saber cuál de los dos es él y cuál es su víctima, lo que tampoco logran descubrir los demás. «Al rato —se explica— me fue retornando la conciencia, resucité; pero sentado ahí, donde tú estás, y aquí, donde estoy, estaba mi cadáver . . .! Aquí, en este mismo sillón, aquí estaba mi cadáver . . ., aquí . . ., aquí está! ¡Yo soy el cadáver, yo

⁹⁶ «La Quintrala, Portales y algo más», por Joaquín Edwards Bello. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1969. Páginas 60 y 61.

soy el muerto! Aquí estaba . . . , lívido . . . Aún me veo ¡Todo es para mi espejo! ¡Aún me veo! Aquí estaba, lívido, marán-dome con sus ojos muertos, con sus ojos de eternidad, con sus ojos en que se quedó, cómo en trágica placa, la escena de mi muerte . . . Y para siempre . . . , para siempre . . . »⁹⁷

En el régimen portaliano hubo una dicotomía de burguesía y oligarquía terrateniente, comerciantes y mineros de una parte y latifundistas de la otra. Allí estuvo, simultáneamente su fuerza y su debilidad, su ímpetu renovador y su limitación esterilizante, su fecundidad y sus aberraciones, su equilibrio y su inestabilidad, su alborada y su peso de la noche. Este pacto social explica muchas cosas de la historia de Chile.

Por ejemplo, un sistema de esa especie sólo era concebible sobre cimientos jurídicos sólidos, convirtiendo a la ley en un dogma y garantizando, en un Estado de Derecho, las prerrogativas de ambas partes contratantes. Necesitó un poder impersonal, a pesar de una autoridad presidencialista acentuada. De allí provienen los orígenes de la juricidad chilena. Después, ya establecida, sus formas sirvieron de cause a nuevos contenidos, aportados en el curso de las tempestades sociales de una época distinta. La clase obrera irrumpió y se quiso aplastarla no sólo con las masacres sino también con los códigos, los artículos y los incisos rabulescos; pero, nada fue suficiente para abatirla, ni lo será. Aún más, debiendo luchar en este escenario, llegó a imponer modificaciones de las leyes, derogó los textos que justificaban su represión, tampoco eludió el combate en el Parlamento, reclamó para sí los derechos y las libertades proclamadas formalmente, los conquistó con sangre y a través de inmensas movilizaciones de masas resultantes de la paciente acción reivindicativa económica, social y política

⁹⁷ «El Otro», por Miguel de Unamuno. Editorial Aymá, Barcelona, 1964. Páginas 56 y 57.

iluminada por su ideología revolucionaria, y agrupó, junto a ella, una coalición popular, proponiéndose y obteniendo erigirse en gobierno. En terminos paralelos a los enfrentamientos reales en todas las esferas, se han desarrollado, además, los enfrentamientos en el campo jurídico, en las condiciones de una singular tradición institucionalista, hasta el punto en que hoy ésta ahoga a los reaccionarios, que reniegan de ella y están dispuestos a lanzarla por la borda a la primera de cambio, en una especie de venta del alma al diablo similar a la invocación que hicieron a Batista sus congéneres de Cuba, con las consecuencias conocidas de no detener por mucho tiempo, sino de terminar acelerando, a cortos años, un proceso indefectible.

Muchas veces hemos estado en las batallas de miles de familias por la toma de terrenos de propiedad de cualquiera y la fundación de ellos de nuevas poblaciones, pudiendo verificar que, a continuación, una de las reivindicaciones más preciadas de tales contingentes populares consistía en que, lo alcanzado rompiendo la ley burguesa, fuese reconocido de acuerdo a esa misma ley y se inscribiesen sus títulos de dominio en el Conservador de Bienes Raíces. Este es el Chile con una juricidad más que centenaria, el Chile que proviene de los años de Portales, legal aunque no legalista, al que ningún precepto de Derecho ha podido dejarlo estagnado, pero que traduce cada cambio en alguna ley. El fascismo no podría echar raíces en este terreno y sería planta efímera. El terrorismo y la arbitrariedad acá resultan estériles.

La imagen de un gobierno portaliano homogéneo y de una pieza es falsa y no tiene que ver con la realidad de ese tiempo. Tampoco es homogénea y sencilla la proyección de los tópicos portalianos a nuestro tiempo. En el propio problema de la juricidad, por sobre las circunstancias en que una determinada coalición de clases explotadoras la hizo

indispensable, hoy se constituye en peculiaridad nacional objetiva y en ella se entrelazan ventajas y desventajas para el proceso social de transformaciones revolucionarias. Eduardo Novoa ha hecho notar las segundas: «El chileno —escribe— es esencialmente legalista. Quiere conocer de cierto las reglas por las que será juzgado su comportamiento y el ajeno. Usará la ley para demostrar que el no la infringió sino que el otro. Pero, al mismo tiempo, se le ha ido produciendo una deformación explicable: cree que basta dictar una ley para que lo ella que preceptúa se convierta en realidad. Tal vez a ello se deba la increíble abundancia de leyes en Chile. Es tanto su número, que nadie podría conocerlas, no obstante que una de las bases más importantes de nuestra «juricidad» es que «la ley se presume conocida por todos y nadie puede alegar su ignorancia». Lo cierto es, sin embargo, que nadie, ni aún los mejores especialistas, podrían conocer todas las leyes que existen en el país y que uno de los problemas más serios que se presentan a quienes deben aplicarlas es saber si una ley está vigente o si hay otra posterior que la derogue. Conviene aclarar, sin embargo, que profusión de leyes no significa régimen jurídico perfecto o próximo a la perfección. Ya para demostrarlo bastaría el propio ejemplo de Chile. La legalidad chilena no es sino una maraña frondosa de normas carentes de sistemática, desordenadas y no pocas veces incoherentes. Dentro de tan deteriorado conjunto pueden observarse dos estratos bien definidos: uno corresponde a la legislación del primer siglo de nuestra República (que llega más o menos hasta 1920) y otro constituido por la legislación surgida en Chile en el último medio siglo»⁹⁸.

No cabe aquí dejarse llevar por la tentación de polémica para reivindicar algunos rasgos positivos de esta juri-

⁹⁸ «El difícil camino de la legalidad», por Eduardo Novoa Monreal. Artículo publicado en la «Revista de la Universidad Técnica del Estado. N° 7. Abril de 1972». Página 13.

cidad, ganados en difíciles contiendas sociales, que no obstan, por lo demás, para plantear su superación, su reemplazo inevitable y la lucha contra sus determinantes clasistas. Más bien, es útil subrayar la acertada distinción que hace el profesor Novoa entre el estrato de las viejas leyes del primer siglo de la república y el estrato de las nuevas leyes del último medio siglo. En el primero de esos estratos hay, según la definición que expone más adelante en su trabajo. «un número muy medido de leyes concisas, generalmente bien estudiadas, en buena parte agrupadas en grandes códigos»⁹⁹. Corresponden, por la tanto, a un período en que se asienta la hegemonía social de una clase, la burguesía, ejercida en la forma de un contrato jurídico de alianza con la oligarquía terrateniente. En el segundo de esos estratos, al que el mismo profesor Novoa se refiere como a «una legislación variada y copiosísima, casi torrencial por su número y frecuencia»¹⁰⁰, el desorden y la incoherencia reflejan el que aún no se haya definido definitivamente la hegemonía de la clase obrera en alianza con las masas populares de la ciudad y del campo. Se puede comparar esta especie de actual caos legal con la situación existente en Chile en el primer cuarto del siglo pasado, desde que entró en crisis la Colonia hasta la legislación portaliana. Para los códigos clásicos se necesitó que, antes de ellos y a fin de hacerlos posibles, se ganara la Independencia y una determinada clase fuese capaz de reagrupar las fuerzas suficientes a fin de transformar el país a su imagen y semejanza.

La desintegración del esquema de la hegemonía burguesa en Chile, que era ejercida en alianza con la oligar-

⁹⁹ «El difícil camino de la legalidad», por Eduardo Novoa Monreal. Artículo publicado en la «Revista de la Universidad Técnica del Estado. N° 7. Abril de 1972». Página 13.

¹⁰⁰ «El difícil camino de la legalidad», por Eduardo Novoa Monreal. Artículo publicado en la «Revista de la Universidad Técnica del Estado. N° 7. Abril de 1972». Página 13.

quía terrateniente, no comenzó en los años 20 de este siglo, sino antes, con la derrota de la burguesía en la guerra civil de 1891, cuando la aristocracia feudal tuvo el apoyo del imperialismo inglés y de la capa social de los banqueros. El golpe de Estado naval, la formación de un Ejército al servicio del movimiento reaccionario y la caída del gobierno antiimperialista proyectó, con el suicidio del Presidente mártir, José Manuel Balmaceda, el drama de algo así como un suicidio de Chile, ahogando en su sangre el sueño de O'Higgins y de Portales de un papel destacado de nuestro país en el Pacífico, que fue reemplazado, abdicando de la herencia de Prat, por el sometimiento al subdesarrollo. La legislación portaliana perduró algún tiempo aún, como una sombra sin vida, mientras las oligarquía creía posible afirmar su victoria con horrendas masacres de los obreros y un elegante juego de anarquía parlamentaria y de especulaciones bursátiles. Pero, Chile no se resignó a la frustración y la decadencia. La bandera de su progreso fue enarbolada por su clase obrera. Se inició nuestra época. En ella, a medida que el bando de la reacción se siente más débil, se desespera y hace esfuerzos por conjurar imágenes que lo acompañen y lo galvanicen. No le sirven los fundadores de la república, porque su lucha revolucionaria por la Independencia de Chile y de América Latina es demasiado evidentemente ajena a todo conservantismo. Como último recurso, los reaccionarios han recurrido a Portales, reviviendo una leyenda sobre él que no corresponde a la realidad. No les importa incurrir en un abuso incalificable y falsificar la Historia. Cabe desenmascararlos y dejar constancia que Portales hizo en su tiempo lo contrario de lo que ellos se proponen hoy.

La peligrosidad del mito de un Portales de Derecha reside en estar respaldado por querellas del siglo pasado, tergiversaciones y errores, cuya raíz viene de la repercusión

de su martirologio, cuando la fronda aristocrática que estuvo detrás de Vidaurre fue incapaz de romper el sistema de alianza con la burguesía y las batallas que ganó después de muerto el ministro inolado condujeron a que los terratenientes trataran de librarse de su culpa proclamándose hipócritamente identificados con él. El drama unamuniano cobró entonces dimensión histórica y aún se proyecta sobre un Chile diferente pero en el que, a pesar de haber iniciado el gobierno de Eduardo Frei la reforma agraria, los terratenientes expropiados, unidos a los agentes del imperialismo y a la oligarquía financiera, cifran esperanzas en reeditar a destiempo la fórmula de su coalición tantas veces repetida con la burguesía centrista, esta vez para que sirva a su revanchismo fascizante. Con Portales, en los años del ascenso burgués, a pesar de los pelucones y arreándolos, el ministro comerciante mantuvo firme el timón para que el bloque de su gobierno, a base de una plataforma de cambios, desbrozase sin contemplaciones el camino del progreso. Por eso, la conspiración que le cobró la vida fue organizada en los salones elegantes, las señoras emperifolladas invitaban a las esposas arribistas de oficiales para sugerirles que la expedición al Perú tenía por objeto deshacerse en Chile de sus maridos, los aristócratas enviaban plumas de gallinas a los jefes militares enrostrándoles la sumisión al gobierno constitucional, las cabezas que cayeron en la represión efectuada por el ministro Portales eran de terratenientes y no de gente del pueblo y el motín de Quillota sólo vino a culminar y darle forma castrense a una fronda aristocrática. Ahora, en los años de la decadencia burguesa y del imperialismo, una coalición opositora al gobierno popular, que sirva de caballo de Troya para los herederos de los victimarios de Portales, se encuentra en evidente antagonismo con el contenido real de la alianza de clases que éste patrocinaba y, adquiriendo connotaciones

regresivas y antinacionales, se le puede legítimamente identificar con el bando de Vidaurre y de Florín.

Pero, singularmente, en las más diversas obras históricas ha dejado alguna huella el afán de los conservadores por apropiarse de Portales y la inconsecuencia de los que han contribuido a facilitarles su ocultamiento de la verdad. El resultado no favorece al ministro mártir, porque lo erige en caudillo de causas que jamás fueron las suyas y que no puede representar con propiedad. Queda, así, un Portales, desvaído, artificial y confuso.

Uno de los admiradores más perspicaces de Portales, el escritor Carlos Keller, al entregar la versión en castellano del primer tomo de «Reise in Chile, Perú und auf dem Amazonenstrom während der Jahre 1827–32» de Eduard Poeppig, escrito hace casi siglo y medio, celebra alborozado que ese autor alemán defina a Portales como «un personaje de gran categoría, ilustrado y realmente meritorio, jefe del partido de gobierno»¹⁰¹. Le parece que «... la historia de la época de la anarquía y del advenimiento de Portales tendrá que ser reescrita una vez conocido este libro. Y no sólo será preciso corregir la historia de aquel tiempo, sino que habrá necesidad de cambiar substancialmente muchísimas opiniones sobre el pueblo chileno mismo; acerca de sus orígenes, los elementos raciales que lo integran, sus rasgos sociológicos esenciales, etc.»¹⁰² Efectivamente, es de muchos méritos la obra de Poeppig, arroja luz sobre una serie de problemas históricos, avala en múltiples formas el enfoque que he desarrollado en estas páginas y, en cuanto directamente a Portales, pega en el clavo al subrayar con concreción dos rasgos esenciales de su política, los únicos que toma en

cuenta pero que son de verdad significativos: la «ordenación de las finanzas públicas» y el sometimiento de las fuerzas armadas al poder civil al demostrarles «que habían pasado en Chile los tiempos en que un coronel podía hacer revoluciones a su gusto a la cabeza de un batallón», como expresa cáusticamente¹⁰³.

Y hay más libros, fuera del de Poeppig, que resaltan igualmente la significación de Portales desde ángulos desdeñados por la leyenda portaliana y por la antiportaliana. Por ejemplo, el Diario de María Graham ahonda con acierto en la descripción del Chile anterior a Portales y prodiga atinadas observaciones como la siguiente: «Con todo, creo que no se presta atención alguna a algo que se asemeje al comercio de cabotaje, y de aquí que el carbón de Concepción, a pesar de su abundancia y de estar situada la mina a 300 millas de distancia, cuesta en Valparaíso más caro que el que se trae de Inglaterra»¹⁰⁴. Eso fue lo que cambió en términos absolutos al desarrollarse las fuerzas productivas con el gobierno burgués en que Portales descolló.

Sergio Villalobos ha argumentado, con una documentación profusa, que Chile habría gozado de libertad de comercio sin necesidad de la Independencia y desde antes de ella, por lo cual cree que ésta no hizo sino confirmar una tendencia ya existente. Sin embargo, ante el hecho objetivo de que los fundadores de la república debieran vencer resistencias para imponerla, incluso el primer golpe de Estado militar conocido en el país y que fue el del general Tomás de Figueroa contra la Independencia, necesita respaldar su tesis mirando en menos a los sostenedores de una medida que incuestionablemente tenía más apoyo del

¹⁰¹ «Eduard Poeppig. Un Testigo en la alborada de Chile (1826–1829)». Santiago de Chile, 1960. Editorial Zig-Zag. Página 210.

¹⁰² «Eduard Poeppig. Un Testigo en la alborada de Chile (1826–1829)». Santiago de Chile, 1960. Editorial Zig-Zag. Página 11.

¹⁰³ «Eduard Poeppig. Un Testigo en la alborada de Chile (1826–1829)». Santiago de Chile, 1960. Editorial Zig-Zag. Página 210.

¹⁰⁴ «Diario de mi residencia en Chile en 1822», por María Graham. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1956. Página 79.

que supone cuando dice: «Dentro de este cuadro, quienes deseaban el libre comercio eran muy pocos y no llegaban a formar un grupo coherente. Figuraban entre ellos tres o cuatro comerciantes idealistas, maltrechos en sus negocios, que imbuídos de nuevos conceptos o menos temerosos de las consecuencias, miraban sin apremios la reforma»¹⁰⁵. Es cierto que Villalobos reconoce la aspiración general de los patriotas, en esos años, al fomento de la producción. «Curiosamente —señala más adelante— son los ideales del mercantilismo los que conformaban la esencia el pensamiento renovador; pero ello es explicable si atendemos al hecho de que los criollos estaban pensando no en un mercantilismo a favor de la metrópolis, sino a favor de Chile. Es decir, una protección a la economía chilena y de esa manera la concepción mercantilista venía a resultar revolucionaria al aplicarla en este apartado rincón colonial»¹⁰⁶.

El asunto no es curioso, sino complejo. La primera burguesía chilena fue burguesía comercial. En **Recuerdos del Pasado** aparece, con caracteres inconfundibles, el padrasto de Vicente Pérez Rosales, uno de los tantos personeros de esa clase, que no era tampoco una recién aparecida en los días de la Independencia¹⁰⁷. Y esto viene de antes. El

¹⁰⁵ «El comercio y la crisis colonial», por Sergio Villalobos. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1968. Página 262.

¹⁰⁶ «El comercio y la crisis colonial», por Sergio Villalobos. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1968. Página 263.

¹⁰⁷ «Recuerdos del Pasado», por Vicente Pérez Rosales. Editorial Pomaire. Santiago de Chile. Página 58: «Mi padrastro, doctor don Felipe Santiago del Solar, a quien daba yo y doy todavía el nombre de padre». Página 58: «Era éste uno de los acaudalados y tenaces patriotas, a quienes la política de Osorio convenía atraer o arruinar. No habiendo podido conseguir el logro de la primera parte de esta terrible disyuntiva, entró Osorio de lleno en la segunda, imponiendo a Solar tal acopio de contribuciones, de préstamos y donativos forzosos, que, a no haber sido por las relaciones mercantiles que conservaba aquella poderosa casa en Buenos Aires, le hubiese arruinado por completo. Parecióle esto, sin embargo, poco al despidado mandatario; quiso tocar cuerda más sensible para reducir al incorregible insurgente, y su exquisita crueldad le sugirió la idea de herir al rebelde en el corazón, encarcelando a mi madre». En la página 59 deja constancia Pérez Rosales

propio Sergio Villalobos, refiriéndose a la expansión de los negocios comerciales en Chile durante la segunda mitad del siglo XVIII, registra, citando el oficio de la Audiencia al rey de fecha 26 de Octubre de 1770, que se encuentra en la Biblioteca Nacional en la Sala Medina, MS volumen 195, página 68: «Varios otros comerciantes de Chile tuvieron embarcaciones propias que destinaron al comercio entre Chile y el Perú. Don Diego Portales, abuelo del ministro del mismo nombre, era dueño del navío **Nuestra Señora de la Hermita**, que se hundió en Valparaíso en 1769, sumando la nave y su cargamento 70.000 pesos»¹⁰⁸.

La burguesía comercial venía formándose en Chile. Y no sólo ella, sino la manufacturera y la dedicada a la minería. El comercio no apareció acá súbitamente con la Independencia, sino que fue uno de sus requisitos. Pero, la apertura absoluta de los puertos y la amplia libertad de comercio constituyeron medidas superiores, de otra calidad, que únicamente llegaron a ser posibles con la Independencia. Esta política no sólo trajo consigo beneficios. Afectó negativamente durante todo un período a las manufacturas chilenas. Pero, el mayor peso correspondía a la actividad comercial dentro del incipiente capitalismo de la época y éste disponía de un campo de expansión al desarrollar las relaciones mercantiles, en desmedro de la economía natural de tipo feudal. A corto tiempo, el crecimiento de la burguesía comercial se manifestó en un auge, también, de la flota naviera nacional y de la minería y en el comienzo de nuevas empresas de producción. La perspectiva, trazada en

del decreto de reconocimiento a Felipe Santiago del Solar, firmado por Gamarrá en Lima el 8 de Octubre de 1833, de la deuda del Estado peruano de 60 mil pesos, en parte del saldo de las cuentas de habilitación del Ejército Libertador al mando del general José de San Martín, aprobadas por el Congreso el 3 de Diciembre de 1832.

¹⁰⁸ «El comercio y la crisis colonial», por Sergio Villalobos. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1968. Página 215.

los decenios iníciales del siglo XIX, de la grandeza de Chile, tuvo esos cimientos. El edificio creció con asombrosa rapidez, hasta que en 1891 el imperialismo impuso un cambio de rumbos. De nuevo Chile vuelve hoy a proponerse despegar y es por eso que se conspira para repetir en su contra el atraco que llevó al sacrificio de Balmaceda.

Claudio Véliz discute, en su *Historia de la Marina Mercante de Chile*, la significación de la política de Portales en el auge de nuestro país como potencia naval del Pacífico. Reconoce que, como ministro de Marina, don Diego promulgó una legislación de la que dice que fue «la única de corte netamente proteccionista que siquiera alcanzó a sobrevivir algunos años»¹⁰⁹. Sin embargo, le echa en cara no haber sido ésa una legislación inédita y que «en cuanto a la idea mismo de fomentar la marina mercante —y, por lo tanto, la de guerra— ésta era hija de la época y no de determinados hombres de Estado»¹¹⁰. Con todo, valoriza su preocupación traducida en el establecimiento de la Escuela Náutica que dirigió el capitán de navío José Villegas y Córdoba.

Lo cierto es que, como demostración del gran cambio operado Chile entre la situación descrita por María Graham y la que vivió el país en los días de Portales, la obra de Claudio Véliz anota que en 1835 la marina mercante nacional ya contaba con 61 barcos, con 558 tripulantes, un tonelaje promedio de 119,23 y un tonelaje total de 7.273. Aunque el tamaño medio de los barcos construídos en Chile era entonces de 67,8 toneladas, en comparación con 187 de los construídos en Inglaterra y 164,5 de los construídos en Estados Unidos —lo que se explica por nuestro extenso

¹⁰⁹ «Historia de la Marina Mercante de Chile», por Claudio Véliz. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1961. Página 45.

¹¹⁰ «Historia de la Marina Mercante de Chile», por Claudio Véliz. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. Página 46.

litoral y las necesidades de cabotaje que no requerían barcos de la dimensión de los trasatlánticos— no debe olvidarse que «Chile ocupaba el segundo lugar, después de los Estados Unidos, como constructor de los barcos que llevaban su bandera»¹¹¹. Ese llegó a ser, tan rápidamente, el rango en dimensión mundial del país que recién salía de la condición de colonia atrasada.

Tanto la leyenda de un Portales demiurgo y conservador como el afán iconoclasta de sus denostadores, dejan de lado el hecho de que su estatura corresponde a la estatura de una época, sencilla y austera, ruda y pujante, en que le correspondió ser exponente de la clase que forjaba entonces el progreso, contradictoria y a veces confusamente, aunque en forma persistente y con una notable confianza en la capacidad de Chile para abrirse paso. Las debilidades y limitaciones de esa clase la llevaron a formar bloque con el peluconismo terrateniente, que se cobijaba bajo sus instituciones pero horrorizándose de su vuelo. La sangre de Portales fue vertida a causa de que tal alianza era inestable y fallaba por el lado de su componente conservador.

¹¹¹ «Historia de la Marina Mercante de Chile», por Claudio Véliz. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1961. Página 55.

LA POLITIQUERIA

EN LOS AÑOS de la decadencia de la oligarquía terrateniente, al ir a desaparecer como clase, sus personeros en consunción han dado en proclamarse portalianos. De tal suerte, se guarecen tras la estatua de Don Diego, convencidos de que no resucitará para apostrofarlos, los espécimenes contemporáneos de los pelagianos y, con ellos, los de «las familias de rango de la capital, todas jodidas, beatas y malas». Son «portalianos» que constituyen la negación de Portales como hombre, como estadísta y como patriota.

Ya Ricardo Donoso se dió a la tarea de desenmascarar la laboriosa elecubración barroca de Encina. El capítulo XIV del primer tomo de su obra denominada «Francisco A. Encina, simulador» constituye una ejemplar demolición de la biografía novelada aparecida en 1934. La obra de Donoso es de una prolijidad de investigación admirable. Su conclusión, después de analizar detalle por detalle, hecho por hecho, afirmación por afirmación, es que «no hay en la literatura histórica chilena del presente siglo un libro más disparatado, extravagante, grotesco y fantástico que el que con el título de **Portales. Introducción a la Historia de la época de Diego Portales, 1830–1891** (el mismo que, en su segunda edición se denomina más económicamente **Portales**), publicó

Encina en 1934, que en realidad marca el comienzo de su labor de pretendido historiador»¹¹². El principal mérito del estudio de Ricardo Donoso es el de haber demostrado la inconsecuencia, precisamente, de los tópicos que, puestos en circulación por Encina, al «componer no ya el panegírico más exaltado, sino las exageraciones más absurdas, disparatadas y grotescas»¹¹³, han, nutrido la corriente de la subliteratura reaccionaria que intenta boquejar una especie de «concepción portaliana» ajena a la verdad histórica.

Hecho a un lado el mito Encina, reaparece el Portales descrito por Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés y Barros Arana, combatido con talento por José Víctorino Lastarria y analizado con brillo por Isidoro Errázuriz y Domingo Santa María. Es un Portales que no sirve a la mistificación del neopeluconismo.

La singular personalidad del ministro mártir se manifiesta en el hecho de que los libros en que Alone o Silva Castro buscaron presentarlo como exponente de un pensamiento conservador, acorde con sus predilecciones, de hecho entregan valioso material para desentrañar su verdadera actitud, por sobre todo renovadora, inquieta e intergérrima. Eso ocurre especialmente con los artículos de Raúl Silva Castro y con su libro **Ideas y Confesiones de Portales**, confeccionado con honestidad intelectual, a cuyo término escribió, en el trabajo que entregó a la imprenta como Introducción, el simil de Portales con la Esfinge, atraviéndose sólo a asegurar que «emite, desde la soledad de la historia, señas perceptibles». De ellas, apenas evoca una, aunque por demás significativa, pero precisamente condenatoria de los politiqueros supuestamente portalianos. En efecto, compara

¹¹² «Francisco A. Encina, simulador», por Ricardo Donoso. Editorial Ricardo Neupert. Santiago de Chile, 1969. Tomo 1°. Página 140.

¹¹³ «Francisco A. Encina, simulador», por Ricardo Donoso. Editorial Ricardo Neupert. Santiago de Chile, 1969. Tomo 1°. Página 145.

Silva Castro el espíritu público de tiempos de Portales con el espectáculo de los gobiernos recientes: «En los tiempos de Portales fue posible que el gobierno saliera a buscar en su retiro al ciudadano útil y le dijese: Venga usted a mi lado, le necesito. Más tarde, avanzada la disolución moral de la república, no serán los hombres de gobiernos los que elijan, sino las asambleas irresponsables. Se acepta en el servicio público, sin llamarle, no al más idóneo sino al mejor recomendado, y no escasean los funcionarios de aptitudes universales que se mueven por la administración desempeñando las más disímiles ocupaciones. Un descarado nepotismo acapara cargos, empleos, sinecuras y sueldos para premiar con opulencia los más triviales y livianos menesteres»¹¹⁴. ¿Qué mejor descripción pudiera intentarse de gobiernos conservadores, nacionales y liberales, de Alianza o de Coalición, de la época de la anarquía parlamentaria, o sea de la hegemonía de los terratenientes o banqueros conquistada mediante el alzamiento armado contra Balmaceda? ¿Y no ha sido éste, también, el cuadro del comportamiento de la Derecha en la política contemporánea? ¿Y no es así como procedería una presunta dictadura castrense, al ideal de los reaccionarios, en que altos mandos dispongan del país como de un botín, lo distribuyan entre sus ramas armadas y supongan idóneo a todo egresado de una de sus escuelas profesionales para los cargos más especializados? Sin pretenderlo, Silva Castro dejó en evidencia que la reacción actual es absolutamente ajena a las ideas, confesiones y maneras de ser de Portales.

Pero, ¡cómo se aferra a ellas para contradecirlas!

La oligarquía no sabe guardar siquiera las formas. El corazón de Portales era conservado en una urna, en el Cementerio N° 1 de Valparaíso, en una redoma de vidrio.

¹¹⁴ «Ideas y Confesiones de Portales», por Raul Silva Castro. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1969. Página 12.

Cuando el terremoto de 1906 destruyó el mausoleo, un trabajador del Cementerio N° 1 rescató la reliquia. Pero, ¡caramba que habían cambiado las cosas en Chile! Ahora, el corazón del republicano y austero ministro mártir fue capturado por el Banco Edwards, el que al servicio del imperialismo financió la traición a Chile, consumada con la guerra civil contra Balmaceda. En el Boletín de la Academia Chilena de la Historia (año IV°, 1937, N° 8, página 320), lo describe Roberto Hernández: «El mausoleo de Portales había rodado desde su base. Por fin, a las nueve de la mañana del 17 de Agosto de 1906, Bernardino Castro halló, entre la tierra y los ladrillos y las piedras, la reliquia que tantas veces había contemplado emocionado, y horas después pudo entregarla al inspector del Cementerio N° 1, don Abel R. del Canto. De allí la tomó, con todo género de precauciones, el administrador y gerente del Banco Edwards en ese entonces, don Ricardo H. de Ferrari. De esta manera se recuperó el histórico corazón, quedando guardado en un copón de plata, que fue colocado, mientras tanto, en una caja de seguridad de la bóveda del Banco Edwards»¹¹⁵. En verdad, ya antes que el mausoleo rodó por su base en 1891 la república portaliana. El corazón de su fundador, en el peregrinaje hacia la sacristía de la iglesia porteña del Espíritu Santo, lo experimentó al ser encarcelado en la fría bóveda del Banco más antinacional. Tuve presente esa profanación, junto a otras mil cosas, al firmar, como Ministro de Hacienda del Presidente Allende, la resolución que limpió algunas páginas de nuestra historia declarando en liquidación el Banco Edwards. También Portales fue reivindicado mediante esa resolución que anuló la personalidad jurídica y el permiso para que el Banco Edwards existiese como tal.

¹¹⁵ «Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia», por Magdalena Petit. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1967. Página 12.

La cita que he hecho del episodio de 1906 no² la encontré originalmente en su fuente, o sea en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia, sino en la referencia a ella contenida en una «biografía novelada», al decir de su autora, que condensa la mojigatería con que los oligarcas encaran el gran tema constituido por la vida y la obra de Portales.

Es lamentable que a una escritora como Magdalena Petit le haya correspondido el triste honor, en el afán de adonizar la figura de Portales y hacerla apta para la veneración de señoras aristocráticas, de falsificar la Historia y, con el objeto de que no restara ni asomo de concupiscencia en el personaje, llegase a inventar que Constanze Nordenflycht, la adolescente seducida abusando de la confianza de sus familiares con los que residía en Santiago, habría venido desde Lima, huyendo del hogar en un gesto teatral, para entregarse a Portales y obligarlo a hacerla suya. En el retrato ramplón de un Portales de tarjeta postal, Magdalena Petit no pudo dejar de lado significativas manifestaciones de la actitud de la oligarquía respecto de nuestro pueblo. Cuando describe algunas protestas contra el gobierno anterior al de Portales, lo hace en este tono: «No hacía mucho, un grupo de inválidos se había amotinado igualmente a la hora de las compras nocturnas, clamando con ostentación por sus escasos y atrasados sueldos. Resultaban cómicas estas revoluciones de los débiles, aunque a punta de alaridos ayudaban a manifestar el general descontento¹¹⁶. El dolor de esos inválidos de la guerra de la Independencia nacional no sólo resulta cómico a la señora Petit, sino a su clase, según lo acredita su propia versión: «Grupos de pelucones entraban ahora al café a soltar la lengua en contra del nuevo régimen que, proclamando la libertad, la igualdad y la frater-

¹¹⁶ «Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia», por Magdalena Petit. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1967. Página 65.

nidad, protegía de tan risible manera a los desamparados»¹¹⁷. Era, para ellos, algo «risible» y digno de ser comentado sólo desde el ángulo de una explotación politiquera oportunista. En cuanto al propio martirologio de Portales, la gran tragedia histórica se resume, más adelante, en giros sensibleros: «Cavada emprende la fuga hacia el mar, y Espinoza lo persigue voltéandolo de un tiro. Florín, entonces, sin perder más tiempo, ordena hacer fuego sobre el ministro y le intima a que éste se hingue. Pero Portales, estorbado por los grillos, logra solamente encúclillarse un poco. La humilde actitud de la víctima no ha conmovido el cruel corazón de Santiago Florín, pero sí el de los rudos soldados que le apuntan . . .»¹¹⁸. El efecto de esa tragedia en el ánimo público se expone en el estilo de las conversaciones de los salones elegantes, celebrando como una gran condescendencia que, en vista de un acontecimiento tan singular, los patrones llegasen a estar dispuestos a alternar con los trabajadores: «Terciaban en las conversaciones el caballero con el roto, el extranjero con el chileno . . .»¹¹⁹.

Esta literatura se coloca al nivel de lo que ha sido en la política contingente la explotación de la leyenda de un Portales desdibujado, extraído de su época y al que se ha tenido la precaución de expurgar de su esencia. Esto es algo así como el segundo asesinato de Portales, directamente a cargo de la oligarquía y de sus politiqueros. En el colmo de todos los colmos, una corriente fascista, ajena del todo a las tradiciones de nuestro pueblo, llegó a editar una revista pelucona con el nombre de **El Estanquero** y sus re-

¹¹⁷ «Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia», por Magdalena Petit. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1967. Página 66.

¹¹⁸ «Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia», por Magdalena Petit. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1967. Página 237.

¹¹⁹ «Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia», por Magdalena Petit. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago de Chile, 1967. Página 238.

dactores quisieron amparar tras la efigie de Portales la adhesión al nazismo.

Objetivamente, se enfrentan como dos concepciones antagónicas e irreconciliables la genuina de Portales y la de estos «portalianos» de nuevo cuño.

Portales hizo una religión de la ley y tales «portalianos» son proclives al abuso de casta, la sedición antidemocrática y la arbitrariedad fascista.

Portales cayó víctima de una horrenda campaña de odios incubada en los salones de los terratenientes y dichos «portalianos» se han especializado en desatar campañas similares o aún más feroces contra Balmaceda, Aguirre Cerda o Allende.

Portales sentó el principio de que las fuerzas armadas fuesen ajenas a la contienda partidista, obedientes al poder civil y dedicadas en un alto nivel profesional a la defensa de la soberanía y de la seguridad de Chile, mientras los pretendidos «portalianos» dedican sus esperanzas al gopismo.

Portales defendió a la Patria del cerco reaccionario y combatió celosamente por su autodeterminación, en contraste con los que se dicen «portalianos» y son instrumentos de conspiraciones de las empresas supranacionales tendientes a ahogar el progreso, la independencia y la transformación revolucionaria de nuestro país.

Portales se opuso intransigentemente a la Doctrina Monroe, al Panamericanismo y a la dominación norteamericana sobre América Latina, en tanto que esos des-caminados «portalianos» son agentes serviles del imperia-lismo yanqui y entre ellos pululan los instrumentos de la C.I.A. y los títeres del Pentágono.

Portales fue inflexible, severo y hasta tiránico contra terratenientes en fronda, a diferencia de los que han entendido ser «portalianos» apoyando o ejecutando cobardes masacres del pueblo.

Para Portales lo primero fue Chile, mientras que sus seguidores oportunistas, llegan a soñar en un baño de sangre que arrase con la obra del pueblo chileno.

Portales fue un político y los supuestos «portalianos» actúan como politiqueros.

Carlos Marx en **El XVIII Brumario de Luis Bonaparte** hizo un esclarecedor análisis del golpe de Estado del que fuese designado, por Víctor Hugo, como Napoleón le Petit, y por el propio Marx como Crapulinsky, y que se caracterizó, sirviendo de precursor al fascismo, por el empleo del lumpen y el agrupamiento, tras las banderas de la propiedad, la familia, la religión y el orden, de los caballeros de industria, los profanadores de la familia, los más ajenos a todo sentimiento cristiano y la demás escoria de la sociedad burguesa. En las primeras líneas de ese libro que reviste en estos años singular actualidad, Carlos Marx colocó una afirmación que también pudiera aplicarse a los imitadores de Diego Portales: «Hegel hace notar en alguna parte que, en la historia universal, los grandes hechos y los grandes personajes se producen, por así decir, dos veces. El ha olvidado añadir: la primera vez como tragedia, la segunda como farsa»¹²⁰.

¹²⁰ «El XVIII Brumario de Luis Bonaparte», por Carlos Marx. Editorial Claridad. Buenos Aires. Colección Ciencias Sociales, 1928. Página 19.

DESDE LA MUERTE de Portales han transcurrido 136 años y no en el vacío. Su época quedó atrás, ante la marcha impetuosa de la Historia. Tan atrás como para que los reaccionarios invoquen su nombre en vano. ¿Qué resta de él? Hay en su dinamismo de hombre de acción pasos firmes hacia adelante, un estilo combativo y sarcástico muy propio del chileno y, sobre todo, la audacia para «marchar según los tiempos»¹²¹.

Nada más absurdo que hacer de él un arquetipo. Tuvo los defectos de su clase y algunos más. Cuando estaba detenido por los cuerpos de ejército sublevados y que habrían de asesinarlo, escribió por imposición de sus captores una carta sometiéndose a ellos en que se echa de menos su proverbial altivez y aún ese documento han tratado de interpretarlo sus interesados adoradores como modelo de conducta. La verdad es que disuena con el orgullo que mostraba en el ejercicio inflexible del poder. Así podría citarse numerosos episodios en que no estuvo a su propia altura. Nada de ello disminuye, sin embargo, la importancia trascendental de lo que hizo. Chile era la más lejana y atrasada

¹²¹ «Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen VI°. Don Diego Portales». Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1937. Página 107.

de las colonias españolas y, porque no miró hacia el pasado, llegó en el siglo XIX a cierto nivel de desarrollo que lo colocó en primer plano en América Latina. Esa es la lección y uno de los que supieron poner a este país en movimiento se llamó Diego Portales.

Desbrozó un camino. Las ideas sociales vinieron después de él.

Quizás si el mayor elogio a Diego Portales lo haya escrito, sin nombrarlo, el general José de San Martín. En 1830. Bolívar al morir confesó estar atormentado por el pensamiento de que había edificado sobre arena movediza y arado en el mar. En 1842, San Martín escribió al general Pinto: «Velo no sólo con el mayor placer, sino con orgullo, la marcha próspera que sigue Chile. He dicho con orgullo, porque al final los trabajos empleados y la sangre que se ha vertido por la independencia de América, han sido, si no perdidos, por lo menos malogrados en la mayor parte de los nuevos Estados, excepto su patria de Ud., que con su **gros bon sens**, como dicen los franceses, ha sabido alimentarse no con ilusorias teorías y si con derechos positivos». En 1846, el mismo San Martín le agregó, en otra carta, al general Pinto: «Su afortunada patria ha resuelto el problema (confieso mi error, yo no lo creí) de que se pueda ser republicano hablando la lengua española»¹²². Entonces predominaban en el mundo las monarquías. El propio San Martín había considerado, en algún momento, imposible dejar de tener también monarquías en América Latina. La línea invariable e intransigentemente republicana de O'Higgins, los Carrera, los Rodríguez, Freire y Portales, los caracteriza y une, a pesar de sus diferencias y de las luchas en que a veces se enfrentaron mortalmente entre sí. Ser republicano era entonces ser revolucionario y cada uno de ellos

¹²² «Portales», por Francisco A. Encina. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1964. Segunda edición. Tomo 2. Página 180.

lo fue, con plena convicción, nutrida en la ideología de los Enciclopedistas, de Rousseau y de Voltaire. Desdeñaban a los imbéciles que incurrieron en la estupidez de acusarlos de estar influídos por «doctrinas foráneas».

Poco después de que San Martín escribiera las palabras trascritas, tuvo lugar en Francia la revolución de 1848. Dos de los testigos de ella, los chilenos Francisco Bilbao y Santiago Arcos, al regresar a la tierra natal predicaron el socialismo utópico y dieron vida a la Sociedad de la Igualdad, primer tipo de organización revolucionaria popular chilena en que intervino la clase obrera, junto a la pequeño-burguesía avanzada. Fuera de Santiago, se constituyó una sola filial en provincias de la Sociedad de la Igualdad. Ella la formó en San Felipe el más cercano e íntimo amigo de Portales, Fernando Urizar Garfias, que en 1837 se había erigido en su vindicador. Los historiadores conservadores ven en ello una supuesta inconsecuencia. No hay tal. Urizar, al fundar la filial de la Sociedad de la Igualdad, germen del que sería medio siglo después el Partido Socialista Francisco Bilbao, uno de los precursores del Partido Comunista de Chile, probó que la Historia no se detiene.

Durante un siglo y un tercio pareció que el último magnicidio en la historia de Chile sería el asesinato del ministro de Guerra en campaña Diego Portales que, como jefe de las fuerzas armadas, tenía la responsabilidad de una expedición militar resistida por la oligarquía. En 1970 hubo otro crimen político similar, de una inaudita cobardía, perpetrado por caínes. Esta vez no hubo sólo un general Viaux que escogiese el papel del coronel Vidaurre. Además, la oligarquía no mostró ahora confianza en algún Florín de ocasión, sino que empleó directamente a alguno de los suyos para que operasen junto a delincuentes comunes y a traidores de las fuerzas armadas a fin de asesinar el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, en un

intento para impedir el establecimiento del gobierno popular elegido por el voto de la ciudadanía. Si en el homicidio de Portales quedaron en la sombra algunos de los hilos manejados desde el extranjero, en el homicidio de Schneider se comprobó, a través de los memorándums de la empresa norteamericana I.T.T.¹²³, que estábamos frente a una conspiración antichilena, hasta el punto que uno de los espías pagados por el imperialismo adquirió a su nombre dos pasajes de avión y traspasó ambos a los autores materiales del asesinato emparentados más directamente con la oligarquía, para que huyeran antes de ser descubiertos.

Pero, tanto en 1837 como en 1970 fracasaron los propósitos de los conjurados. El sacrificio de Portales no detuvo la marcha de la Historia. Tampoco la inmolación de Schneider. Uno y otro vencieron después de muertos. Chile, como nación, los reivindicó.

¹²³ «Documentos secretos de la I.T.T. Fotocopias de los originales en inglés y su traducción al castellano». Empresa Nacional Quimantú. Santiago de Chile, 1972.

DESPUES DEL 11 DE SEPTIEMBRE

HASTA AQUÍ llega este libro. Usted, lector, ya lo ha conocido íntegramente. Fue escrito antes del 11 de Septiembre de 1973. Los nuevos acontecimientos, también, tienen que ver con su tema; pero, sobre la relación de ellos con la vida y con la muerte de Portales, está usted mismo llamado a meditar y a sacar sus propias conclusiones.

Lo sucedido ahora es algo más brutal que cualquier otro intento reaccionario anterior. Sería equivocado presentarlo sólo como un nuevo capítulo del alzamiento del general Tomás de Figueroa en la Patria Vieja contra el primer gobierno independiente, de la fronda de la Patria Nueva contra O'Higgins, del motín de Vidaurre contra Portales, de la guerra civil contra Balmaceda, de los complots contra diversos gobiernos. Es eso y mucho más. Únicamente cabría la comparación con los años siniestros de la Reconquista, con Osorio, Marcó del Pont y San Bruno. Y aún ella resulta pálida.

♦ De lo que se trata es, lisa y llanamente, del fascismo.

Lo que se ha instaurado a sangre y fuego es la tiranía terrorista de los elementos más regresivos entre los explotadores de Chile, de aquellos más reaccionarios, criminales y rapaces. La Junta Militar es el instrumento. Detrás de ella

están la I.T.T., la Anaconda, la Kennecott, la Esso Standard Oil y la Pepsi-Cola, empresas multinacionales, y los clanes de la oligarquía financiera criolla de los Edwards, los «Piraña», los Yarur y los Sumar. Pueden ser muy brutos los integrantes de la que pintorescamente se autodenomina, por un sugestivo complejo, «Honorable Junta»; pero, detrás de ellos se encuentra el poder de sus amos, de los gerentes que les encargan las tareas más sucias, las misiones más repugnantes, las declaraciones más bestiales.

Esos potentados financieros odian toda la obra creadora de nuestro Chile. Se le erizan los cabellos cuando hablan, despectivamente, de «la política», aquella política chilena en que fueron las primeras personalidades, asumiendo partidos en el siglo pasado, los padres de la Patria.

Los public relations fotografían a Pinochet bajo un cuadro con el rostro de Portales. No es para hacer más manifiesto el contraste entre la imbecilidad del gorila y la inteligencia del ministro republicano. Pretenden demoler a lo menos 140 años de la vida de Chile, en un insensato afán de volver hacia atrás la rueda de la Historia. Intentan colocarle a un Chile adulto el calzado y el vestuario que le quedaban bien cuando niño. Pero el tiempo, la vida, el desarrollo de las fuerzas productivas y las luchas del pueblo no han transcurrido en vano. En el Chile actual han dejado sus huellas y son visibles los aportes de muchas generaciones. Los acontecimientos a que se refiere este libro tomaron el curso expuesto en él, entre otras razones, porque la gesta de Lautaro y la epopeya mapuche condicionaron nuestra Historia, así como por la diáfana claridad con que O'Higgins abrió las páginas de la Independencia. A la vez, más adelante de Portales pasaron muchas cosas, en etapas superiores. Personalidades como Vicuña Mackenna, Santa María y Balmaceda tuvieron que ver con el Chile pujante que creció en forma vertiginosa durante el siglo pasado. El

Partido Radical, tan entrañablemente vinculado a la educación, a la minería, al ascenso de las capas medias, encabezó con la presidencia de Pedro Aguirre Cerda el gobierno de Frente Popular, dando un gran impulso a una nueva etapa de industrialización, y con Juan Antonio Ríos el gobierno de Alianza Antifascista, que aseguró la explotación nacional del petróleo. En medio de las conmociones de la crisis económica de comienzos de la década del 30 de este siglo, surgió el Partido Socialista, con una bandera revolucionaria latinoamericanista. En la burguesía chilena, a medida que se alejan los días de 1891, por un lado se estructuró una oligarquía financiera y por otro lado surgieron corrientes reformistas, manifestadas en el primer gobierno de Arturo Alessandri, en el segundo de Carlos Ibañez y en el de Eduardo Frei. Son hechos objetivos de trascendencia inmensa y conmociones sociales profundas la reforma agraria y la reforma universitaria. A comienzos de este siglo inició su obra inconmensurable Luis Emilio Recabarren, el fundador de la prensa obrera, del movimiento sindical unitario y clasista y del Partido Comunista de Chile. La clase obrera es el gran protagonista, el centro de reagrupamiento de las fuerzas progresistas y el motor de los cambios que se abren paso en los últimos decenios, soportando tantas veces el fuego graneado de las represiones y ahora el fascismo. La grandeza de Salvador Allende reside, primordialmente, en haber tenido una concepción lúcida y concreta de la coalición antiimperialista y haber demostrado una lealtad inquebrantable a esta línea patriótica.

A Chile no lo podrán destruir. Terminaba el último capítulo de este libro evocando el asesinato del general Schneider. Sin embargo, ahora se puede ver que ese episodio era, sólo, una especie de maniobra preparatoria de un magnicidio superior, de la declaración del Estado de Guerra contra el pueblo con el asesinato del Presidente

Salvador Allende y de un número de patriotas que, bordeando los 30 mil, excede notoriamente las bajas chilenas en la Guerra del Pacífico. No sólo se asesina y se tortura, sino que sobre todo se denigra, se calumnia. La Junta quiere imponerse con balas y con canalladas. Desarrolla una campaña interna y externa de odios e infamias, desesperada por echar abajo física y moralmente a la democracia chilena y sus valores. Sin embargo, nadie cree en sus embustes, el ejemplo de los mártires es semilla fecunda y en cada familia, población, barrio, aldea, fábrica, mina, asentamiento, fundo, taller, escuela, donde hay chilenos se van estrechando las manos, uniendo en la base, concertando criterios, coincidiendo en que deberá llegarse a gestar un gobierno democrático, mayoritario, responsable, amplio, pluralista y de cambios.

Por el momento, aparecen militares por todas partes, sacando la cara, disparando sus armas y vomitando calumnias contra los chilenos, aunque no se trata de un gobierno castrense propiamente tal, sino de una especie de «mercurocracia» que dispone como de títeres de los elementos uniformados. Se asesinó al Presidente de la República, se encarceló a los Ministros de Estado, se disolvió el Senado y la Cámara de Diputados, se proscribió a todos los partidos políticos declarando a unos prohibidos y a los demás en inactividad, se clausuró las Municipalidades designando como Alcaldes a dedo a sátrapas locales, se colocó fuera de la ley a la Central Unica de Trabajadores, se incineró los registros electorales tratando de que no se pueda volver a consultar a la ciudadanía, se atropelló e intervino las Universidades, se ha impedido toda reunión o elección en los sindicatos, en las juntas de vecinos, en los clubes deportivos y en las demás organizaciones y hasta la celebración de festejos familiares. Se desprecia al pueblo y se declara que los chilenos no tenemos derecho a regirnos por nos-

otros mismos. La norma es aplicar en todos lados la disciplina de los reclutas en los cuarteles. Sin embargo, hay quienes a su vez mandan a los mandones.

No se ha dignado moverse de Estados Unidos y sigue allá de vicepresidente mundial de la Pepsi-Cola el que tiene en sus manos los hilos, Agustín Edwards. Su paradisíaca isla de recreo en la región de los lagos, en el Sur de Chile, no se propone ocuparla, y la presta como propina a las familias de los almirantes que obedecen sus dictados económicos. En Santiago, su diario, **El Mercurio**, que lleva como nombre y emblema el del dios de los ladrones, marca la pauta edición tras edición, traza la línea, dice lo que debe hacerse y los generales y almirantes se le cuadran. Lleva el mismo nombre y es el heredero directo de aquel otro Agustín Edwards, su bisabuelo, que contribuyera a financiar el derrocamiento de Balmaceda y encarcelara en las bóvedas de su Banco el corazón de Portales. Uno de sus administradores, el que estaba a cargo de la mayordomía del diario **El Mercurio**, Fernando Léniz, fue uno de los dos únicos Ministros civiles incorporados al primer gabinete de oficiales de armas y asimilados, y nada menos que Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción. Fijó exhuberantes tipos de cambio, subió los precios de lo que consume el pueblo, declaró plena «libertad de mercado» en beneficio de los monopolios, esquilmó a las masas, pauperizó a los trabajadores, todo ello con una sonrisa angelical, dejando las misiones más desagradables en manos de generales o coroneles, a los que hacía fruncir el seño, algunos de ellos, por ejemplo, encargados de colocar la Corporación de Fomento al servicio exclusivo de los clanes de la oligarquía financiera y de devolver las grandes empresas que integraban al área social a los imperios de los Yarur, los Sumar y los propios Edwards. Más tarde, los Edwards, otro de los grupos aliados de los Edwards, el de los Pirañas y sus

adláteres de la plutocracia, colocaron a sus manipuladores bursátiles, y a otros gerentes en los Ministerios de Hacienda y de Economía y en el Banco Central. Están haciendo la América. El índice de cotizaciones de la Bolsa de Comercio saltó ya en los primeros meses en un 4.000 % y los precios promedios de la propiedad rural 3.000 %, mientras el poder adquisitivo de la masas se redujo en esos meses iniciales al 40 % del que tenían durante el gobierno del presidente Allende. Es el paraíso de los monopolios, que disponen, para anunciar penurias, del general Pinochet, el almirante Merino, el general Leigh, el general Mendoza. En 1975 redujeron más del 10 % el Producto Geográfico Bruto. Sólo promueven el saqueo.

En los comentarios políticos semanales de **El Mercurio** y en sus editoriales se manifiesta, eso sí, a cada paso, un motivo de alarma. Reconviene a la Junta Militar haciéndole ver la «necesidad de organizar una base de sustentación de su gobierno», de «poner término a la falta de participación social», de organizar, en suma, «un movimiento cívico-militar». Pinochet repite como loro que debe formarse tal «movimiento cívico-militar», y ello no sucede. Es que están aislados, rodeados del hielo, sin respaldo.

Se trata de un neofascismo, un fascismo de penetración, accionado desde Estados Unidos. Sus postulados consisten en pagar indemnizaciones antijurídicas a los monopolios que explotaban las minas de cobre de Chile, haberles entregado la administración y los organismos de abastecimiento y de ventas de dichos minerales, a través de hombres de paja «chilenos» de la Anaconda y de la Kennecott; preparar la desnacionalización del petróleo, estudiando contratos de concesiones y, por el momento, anulando los convenios vigentes de aprovisionamiento del país, a fin de pagarles a los monopolios supranacionales 300 millones en exceso durante 1974; privatizar la Compañía de Cervecerías

Unidas, que integraba el área social de la economía, convirtiéndola en subsidiaria de Pepsi-Cola; restablecer la dominación de un importante sector de la vida del país de la I.T.T. ¿Cómo pudiera motivar esto a los chilenos? Por eso, su única base de sustentación es la fuerza bruta. No necesitan de la elocuencia histriónica de un Hitler o un Mussolini y recurren hasta a un Pinochet, porque en todo caso saben que no hay masas engañadas. Tienen que conformarse con disponer del terror, las torturas más sobrecogedoras, la aplicación por mayor de la «ley de fuga» y de los «suicidios», los campos de concentración.

Hay en este drama más de un aspecto que le presenta como una especie de ensayo de ese nuevo tipo de fascismo. El Pentágono se comprometió y se sigue comprometiendo con él. El 11 de Septiembre una escuadra yanqui acompañaba en la costa chilena a la Armada en sublevación. Parece que entusiasmo en círculos castrenses norteamericanos la idea de promover en un país una conspiración política, económica, social y subversiva con los recursos de grandes monopolios, atizar divergencias entre los demócratas, financiar provocaciones que entreguen la imagen de caos institucional, poner este dispositivo a las órdenes de grandes monopolios y llegar a la suplantación del gobierno por los mandos de las fuerzas armadas, declarándose en guerra contra el propio pueblo con vistas a aplastar toda forma de representatividad y erigir en el conjunto de la nación un régimen de cuartel que sólo responda a un puñado de magnates financieros. ¿No llegará a surgir la tentación de aplicar la receta en la propia metrópolis?

Desde ya, al son de marchas prusianas, en medio de invocaciones a la Providencia en el mismo estilo con que Hitler auscultaba la astrología, y de fatigosos textos «geopolíticos» al estilo nazi, comienza la sede de la Junta Militar en Santiago a ser un centro de intrigas contra la paz en

América Latina, galvaniza brotes fascistas a diestra y norte, plantea sin originalidad la constitución de «ejes anticomunistas».

Vuelve así, como en los días del «Pacto Antikomintern», incubándose ahora en un escenario de prueba, la ilusión en más vasta escala de los círculos más agresivos del imperalismo de poder detener a balazos la marcha de la Historia. Hay que ponerles camisa de fuerza. El pueblo de Chile asume la tarea de restablecer en nuestra patria la libertad con la solidaridad de todos los que en el mundo aman la paz, la democracia y el progreso. Está preparado por la experiencia que acumuló, de acción unitaria, en medio de miles de pruebas, a través de toda su historia. Más que nunca, corresponden a hoy los versos con que Pablo Neruda, en su **Canto General**, evocando a Luis Emilio Recabarren, reafirmó, en otras circunstancias difíciles, su fe en este pueblo:

«Cuánta sangre sobre la sangre,
cuantas luchas sobre la tierra.
Horas de espléndida conquista,
triumfos ganados gota a gota,
calles amargas, derrotadas,
zonas oscuras como túneles,
traiciones que parecían
cortar la vida con su filo,
represiones armadas de odio,
coronadas militarmente.
Parecía hundirse la tierra.
Pero la lucha permanece.»

Si estas páginas, a pesar de ser tan débiles, lograron salvarse de las hogueras fascistas, con mucha más razón lo conseguirán la clase obrera y el pueblo de Chile, que son inmortales.

INDICE

Capítulo	Página
Prólogo a la presente edición	5
Una explicación previa	11
Dos Portales	15
La estatua	17
Un hijo de la independencia	23
Un burgués	32
El libelista	42
Descreído	48
Su liberalismo	52
Su nacionalismo	57
Hombre de su época	71
Servicio público	92
Un Chile moderno	97
La superioridad de Vicuña Mackenna	104
La leyenda	109
La politiquería	124
Del pasado al futuro	132
Después del 11 de Septiembre	136